

# *Cees Nooteboom* Hotel nómada

El Ojo del Tiempo **Siruela**



*Cees Nooteboom*

**Hotel nómada**

Traducción del neerlandés de  
Isabel-Clara Lorda Vidal

**El Ojo del Tiempo Ediciones Siruela**

# Índice

## HOTEL NÓMADA

En el ojo del huracán

Cuando el mundo aún llevaba un gorro de bufón

Eddy Posthuma de Boer

*Lady Wright* y Sir Jawara, una travesía en barco por Gambia

Mali, tierra lunar

En los confines del Sahara

Bolivia amarga

El sabor del destino

Teotihuacán, las pirámides del Sol y la Luna

Mi cuaderno de notas y un epílogo desde Gantheaume Point (la biblioteca de Borges)

Hotel Nootboom 1

Hotel Nootboom 2

Notas

Créditos de las ilustraciones

Créditos

# HOTEL NÓMADA

## En el ojo del huracán



«El origen de la existencia es el movimiento. Esto significa que la inmovilidad no puede darse en la existencia, pues, de ser ésta inmóvil, regresaría a su origen: la Nada. Por esta razón, el viaje no tiene fin, tanto en el mundo superior como en el mundo inferior.» Estas palabras figuran en el *Kitâb al-isfâr; El Libro de la revelación y los Efectos del Viaje*, un extenso relato de viajes del sabio árabe del siglo XII Ibn ‘Arabi. Es un tratado de carácter místico, de honda religiosidad, en el que todo –Dios, el universo, el alma– se enmarca en el signo del movimiento, un movimiento que se designa a lo largo de todo el libro con el nombre de *viaje*. No soy musulmán, compré el libro en cierta ocasión en París porque aparecía en él la palabra *voyage* –en árabe *safar*, plural *asfâr*–, porque se trataba de una edición bilingüe y me encanta la escritura árabe, y también porque, mientras ojeaba el libro en aquella librería parisina, me llamaron la atención un par de cuestiones del prólogo que interesan a cualquier viajero que se precie, viva éste en el siglo XII o en el XX. El traductor y prologuista, Denis Gril, comenta que podría haber traducido la palabra «efectos» por «frutos», para así subrayar los beneficios del viaje y también porque la palabra árabe *natâ’ij* sugiere, por su origen, la idea de «alumbrar», lo cual enlaza a su vez con los frutos anímicos y espirituales: el viaje, según el texto, responde a ese nombre porque alumbrar la verdadera naturaleza del viajero o, por decirlo de una manera más sencilla, viajar en solitario sirve para conocerse a uno mismo.

Pero hay algo más en este prólogo que me inspira, y que tal vez esté relacionado con mi fascinación por Santiago de Compostela. Me refiero al vocablo *siyâha*, peregrinación. La definición de este término reza: «parcourir la terre pour pratiquer la meditation – *i’tibâr*– et se rapprocher à Dieu». Lo de «rapprocher à Dieu» sería en mi caso pretencioso, pero si sustituyo la palabra «dios» por «misterio», entonces me atrevo a suscribirlo. ¿Qué quiero decir con esto? Un día, hace ya mucho –y sé lo romántico y anticuado que suena lo que voy a decir, pero así es como sucedió–, cogí una mochila, me despedí de mi madre, tomé el tren hacia Breda y una hora después –ustedes saben lo grande que es Holanda– me encontraba en la carretera cerca de la frontera belga con la

mano alzada, y, en realidad, esto es lo que he continuado haciendo desde entonces. Lejos de mí cualquier meditación, cualquier pretensión metafísica en aquella época; este tipo de cosas no vienen hasta más tarde. De hecho, sucede como con las ruedas de oraciones tibetanas: el movimiento se adelanta al pensamiento. Dicho de otro modo, desde entonces no he parado de moverme por el mundo y, con el tiempo, he ido acompañando mis viajes con ideas, ideas que, si ustedes quieren, pueden llamar meditaciones.

No es éste el momento para hacer un ensayo sobre la esencia del viaje, pero hay dos cosas que creo que merece la pena destacar: quien viaja continuamente nunca para en el mismo sitio –visto desde su perspectiva– y, por lo tanto, siempre está ausente –desde la perspectiva de los demás, de los amigos–. Y es que, para ti mismo, estás en efecto «en otro sitio», es decir, *no* estás, aunque en realidad *sí* estás, es decir, estás en ti mismo. Este razonamiento puede parecer una simpleza, pero es que se tarda un tiempo en comprender que es así. Porque siempre existen los demás que te abordan con su incompreensión. No sé cuántas veces he tenido que escuchar el dicho de Pascal: «Las desgracias del mundo se deben a que la gente no es capaz de permanecer veinticuatro horas seguidas en una habitación». Con el tiempo he ido comprendiendo que no eran ellos sino yo el que estaba siempre en casa, es decir, en mí mismo. Sin embargo, el acto de viajar se veía confrontado una y otra vez con las preguntas de los que se quedan en casa. En cada entrevista se me formulaba, de un modo compulsivo, la misma pregunta en tantísimas ocasiones que ya ni recuerdo con qué mentiras eludía la respuesta. «¿Por qué viaja usted? ¿Por qué viaja usted tanto?» Y añadían, en tono acusador: «¿Acaso se trata de una huida?». Preguntas estas con las que mis entrevistadores pretendían y pretenden demostrarme que lo que yo hago es huir de mí mismo. Ello suscita en mí la imagen de un yo diabólico, patético y desgarrado que me obliga continuamente a emprender el camino hacia el mar o el desierto, porque la respuesta verdadera –que tiene que ver con el aprendizaje y la meditación, con la curiosidad y el asombro– carece de la espectacularidad deseada. En 1993 redacté el prólogo a un librito titulado *El rey de Surinam*. Contiene mis primeros relatos de viajes, escritos en los años cincuenta, en la época en que navegaba como marinero hacia Surinam, y empieza diciendo:

Viajar también es algo que hay que aprender, es una permanente transacción con los demás en la que, al mismo tiempo, uno está solo. En ello reside también la paradoja: uno viaja solo en un mundo dominado por los demás. Ellos son los que poseen la pensión en la que pretendes alojarte, ellos son los que deciden si tienes plaza en el avión de un vuelo semanal, ellos son los que son más pobres que tú y creen poder sacarte el dinero, ellos son los que son más poderosos que tú porque pueden negarte un sello o un papel, ellos hablan lenguas que tú no entiendes, ellos son los que se sientan a tu lado en un transbordador o en el autobús, ellos son los que te venden alimentos en el mercado y te envían a la dirección correcta o equivocada, a veces son peligrosos aunque la mayoría de las veces no lo sean... Todo esto es lo que tienes que aprender: lo que debes hacer y lo que no debes hacer jamás; cómo tratar con las borracheras de los demás y

con las tuyas propias, cómo reconocer el significado de un gesto o una mirada, porque, por muy solo que viajes, siempre estarás rodeado de otras personas, de sus miradas, de su acercamiento, de su desprecio, de su expectación, y es que cada lugar es diferente y las cosas nunca son como estás acostumbrado a que - sean en tu propio país. Aquellos primeros viajes inauguraron el lento aprendizaje de lo que más adelante me sería necesario en Birmania y Malí, en Irán y Perú, pero ni eso sabía yo entonces. Bastante tenía con no dejarme derribar por la oleada de impresiones, me faltaba tiempo para pensar en mí mismo, viajaba y escribía como quien no sabe aún viajar ni escribir. Por aquel entonces yo sólo sabía mirar y tratar de envolver en palabras aquello que veía. Todavía no había elaborado teorías acerca del mundo con las que interpretar la confusa realidad que percibía a mi alrededor. Todo aquello de lo que entonces aún no era capaz puede observarse en estos primeros relatos.

A lo mejor es cierto que el verdadero viajero se halla continuamente en el ojo del huracán. El huracán es el mundo, el ojo, aquello con que el viajero contempla el mundo. La meteorología nos enseña que en el interior de este ojo reina la calma, tal vez la misma calma que en la celda de un monje. Quien aprenda a mirar por este ojo, quizás aprenda también a distinguir lo esencial de lo fútil o, cuando menos, a ver en qué se diferencian y en qué son iguales las personas y las cosas. Según Baudelaire, los viajeros parten por partir y lo hacen cargados de falsas ilusiones. Los viajes dejan en el hombre un poso de «amarga sabiduría» al enfrentarse con un «mundo, pequeño y monótono, que ayer, hoy y mañana nos devuelve la imagen de nuestro propio ser: un oasis de horror en un desierto de hastío». Visto desde esta perspectiva, cabría decir que quien huye de la realidad es aquel que se queda en casa sometido a la rutina de la vida diaria, porque no puede soportar la amarga sabiduría que proporciona el viaje. A mí me da igual quién sea el héroe, lo importante es que cada cual siga los dictados de su alma, cueste lo que cueste.

Hace mucho tiempo, cuando aún no podía saber lo que sé ahora, opté por el movimiento, y más adelante, cuando ya sabía mucho más, comprendí que este movimiento me permitía encontrar la calma indispensable para escribir, que el movimiento y la calma, en cuanto unión de contrarios, se equilibran mutuamente, que el mundo –con toda su fuerza dramática y su absurda belleza y su asombrosa turbulencia de países, personas e historia– es un viajero él mismo en un universo que viaja sin cesar, un viajero de camino a nuevos viajes; en palabras de Ibn ‘Arabi: «En cuanto ves una casa, te dices, aquí me quedo, pero, nada más llegar a la casa, ya la estás abandonando para partir de nuevo». En cierta ocasión escribí un poema sobre el camino concebido como destino, llamada o seducción, con la intención de reflejar este eterno movimiento cíclico, por lo que lleva el título de

El Camino

*Yo soy el camino.*

*Estoy como una flecha  
indicando a lo lejos,  
pero en la lejanía  
me pierdo.*

*Quien me siga  
hacia allá, hacia acá, hacia aquí,  
ha de ponerse en camino  
a la fuerza.*

*En camino y perderse.<sup>1</sup>*

[1996]

## **Cuando el mundo aún llevaba gorro de bufón**

–¿Y cómo llego hasta allí?

–Si zarpas de esta bahía al rayar el alba y navegas rumbo a la luz del sol naciente, siguiendo la línea de la costa, perderás de vista, al poco, nuestro puerto. No te confundas: la montaña que ves al fondo de las colinas no viene hacia ti de verdad. No te alejes de la costa y déjate guiar por el viento que en esta época del año suele soplar desde el sur. En un momento dado llegarás a las rocas, que te parecerán un rebaño apiñado de bueyes. Una vez allí te diriges a...

Con estas palabras debió de representarse el primer mapa.

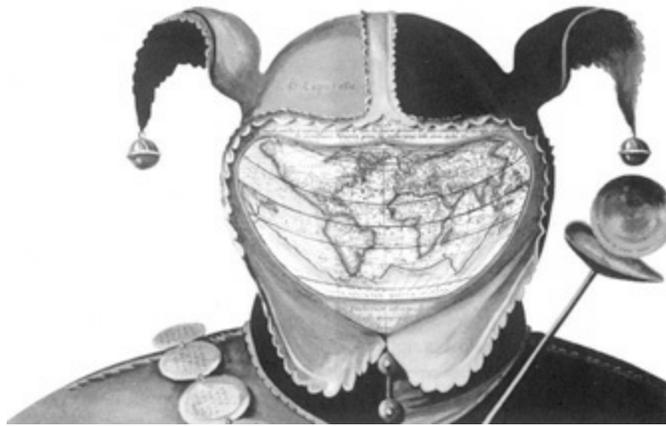
El segundo fue dibujado en la arena o grabado en la roca.

–No lo entiendo.

–Te lo dibujo.

Claro que esto no ocurrió de verdad, o tal vez sí. Una línea irregular trazada con un palo sobre la arena húmeda y palabras junto al dibujo, palabras que representaban acantilados, estrellas, arrecifes, fondeaderos, corrientes, que hablaban de lo que podía significar el comportamiento de los pájaros, de lo que el color del agua indicaba sobre la proximidad de un río, palabras repetidas siglo tras siglo en puertos y barcos. Acompañaban la azarosa aventura de hombres que se alejaban cada vez más de sus costas, que navegaban rumbo al agujero negro de lo desconocido y que regresaban, si es que regresaban, con nuevos mapas lingüísticos, escritos en el libro de su memoria. El cálculo de la distancia, el temible viento huracanado, la posición de las estrellas eternas, el consuelo de un día cálido y el ciclón devastador..., tan expresivos son estos mapas transmitidos por vía oral que hasta el día de hoy los practicantes de vela pueden seguir con ellos el rastro de los viajes de Ulises. El mundo aún no estaba atrapado en la telaraña de grados de longitud y latitud, constreñido entre las líneas, finísimas y rectas, que recorrían los imprevisibles mares con el rigor de la geometría. Allá donde la costa se hacía invisible, donde la infinitud de los cielos se reflejaba en la infinitud del mar, empezaba el territorio donde uno podía caerse del mundo, un espacio vacío que aún nadie había alcanzado. Hace unos cuantos años visité el punto occidental extremo de la isla de El Hierro, la isla más occidental del archipiélago canario, el punto más lejano del mundo conocido hasta que Colón se adentró en la infinitud en busca de Asia. Los españoles, con gran efectismo, hincaron en este lugar una enorme cruz, y, el día en que

estuve allí, la naturaleza colaboró dibujando una puesta de sol teñida de sangre y un cuervo posado sobre el brazo derecho de la cruz. A lo lejos navegaba una barquita de pescadores, y me embargó, recuerdo, un vago sentimiento de turbación, tal vez causado por aquella barca diminuta en aquel vacío inmenso, tal vez también porque fue aquí, en estas islas, donde Colón zarpó hacia lo desconocido. Por aquel entonces al mundo le faltaba media cara. Cien años después, un artista y cartógrafo desconocido fue capaz de dibujar el mundo en forma de una cara embutida en un gorro de bufón, una cara que todavía hoy reconocemos. Para Colón, sin embargo, la otra mitad de la cara estaba aún vacía. La isla de El Hierro, que alguna vez debió de localizarse justo encima de la línea perpendicular equidistante de los dos cascabeles del gorro de bufón, estaba, por aquel entonces, situada en el extremo de la mitad izquierda de su mapa. Al lado del mapa tuvo que haber un compás, una regla, una brújula, y, fuera, el mar, cuya carta aún no había sido trazada y que, por tanto, en la carta portulana de 1339 del mallorquín Angelino Dulcert (Dolcetti), aparece todavía como una llanura de pergamino, parda y vacía. Ahí, donde el mapa se acaba, se cortan también las líneas loxodrómicas, que, con la impasibilidad de las ciencias puras, parecen impacientes por adentrarse en ese oscuro territorio de historias y leyendas. Existe una correspondencia entre la emoción que me embargó en ese punto físico del espacio en que me encontraba entonces y lo que sentí ante la imagen de aquel mapa tan primitivo, en el que el mundo resulta apenas reconocible. Los países nórdicos parecen ocultos en una niebla de misterio, como si desde las fragmentarias noticias de Estrabón y Tácito sobre estos territorios no se hubiera llegado mucho más lejos. Las costas de Italia y de España sí son reconocibles como *forma*, pero en la reproducción que tengo yo del mapa se necesita una lupa para reconocer los nombres, escritos en filigrana, que bordean dichas costas. El mar Rojo es rojo como la sangre, el Rin fluye desde Bohemia hacia el oeste, al lado de Nubia hay un elefante blanco... para abarcarlo todo hay que darle la vuelta al mapa. Los nombres están invertidos los unos respecto a los otros, como si el cartógrafo hubiera querido expresar con ese triángulo la esfericidad de la tierra. Ciento cincuenta años después, un mapa genovés, con el emperador de china boca abajo debajo del rostro de lo que tal vez es el Viento del Norte, convierte al mundo en un óvalo plagado de animales mitológicos, edificaciones, monstruos marinos, reyes y enigmáticos textos, pero, al mismo tiempo, este mundo representado de un modo tan irreconocible está rodeado de un océano cuya hipotética inmensidad ofrecía la posibilidad de navegar vía el oeste hacia Asia. Cuarenta años después Colón realizaría esta travesía y, por el camino, se toparía con América.



Borges, en uno de sus relatos<sup>2</sup>, nos sorprende con la vertiginosa idea de un mapa tan desmesurado que coincide con el tamaño del propio país. Pero, dado que la gente de ese país en que se desarrolla la historia descubre que un mapa de estas características resulta inútil, es expuesto a las «inclemencias del Sol y de los Inviernos». Al cabo de un tiempo, no quedan del mapa sino «despedazadas ruinas, habitadas por Animales y por Mendigos». Y sin embargo, tras esta forma suprema de locura, se atisba una pregunta fundamental: ¿hasta qué punto puede un mapa del mundo o de un territorio representar la realidad? Por lo que respecta a aquellos maravillosos mapas antiguos de los primeros grandes cartógrafos, conocemos hoy la decepcionante respuesta. Los continentes tenían en realidad otras formas; los animales mitológicos que emergían del mar o vagaban por los desiertos no existían; el mundo era un cuento, una fábula, una ilusión que en cada mapa se tornaba más real, y por tanto, diferente. Y, sin embargo, la ilusión de la falacia nunca desaparece del todo. Cuando yo era niño, colgaba en mi escuela un mapa de las Indias Neerlandesas Orientales. La zona neerlandesa de Borneo, hoy Kalimantan, estaba coloreada de un verde oscuro, y recuerdo que, años después, mientras mi avión se disponía a aterrizar en la selva idénticamente verde, tuve la impresión de que aquel antiguo mapa escolar, cuyo tamaño aumentaba a gran velocidad, se me echaba encima, hasta que, una vez en tierra, su extensión acabó por coincidir literalmente con la del mundo. Todo cuadraba; al fin y al cabo éste es el siglo XX. Nada se había abandonado al azar o a la fantasía. Con todo, la humanidad siempre sentirá nostalgia por aquellos tiempos en que los mapas eran obras pictóricas aderezadas de emperadores, grifos y unicornios, unos mapas en que las rosas de los vientos florecían en mares aún vírgenes; tiempos aquellos en los que cada barco arribaba a puerto con una carta náutica diferente de la que disponía al zarpar, en los que los misterios solían ser durante mucho tiempo más grandes que su revelación, y en los que el mundo aún podía ir ataviado con un gorro de bufón.

[1998]





## Eddy Posthuma de Boer

### La primera foto de Dios

*Éste era yo después de aquel primer día.  
Yo solo, con mis piedras de piedra.  
Yo solo, con mis cielos de cielo.*

*Aquel día yo era todavía feliz,  
la tierra todavía solitaria y yerma.  
No fue hasta más tarde que creé los árboles,  
los animales, el ejército y ese fotógrafo.*

*A menudo siento nostalgia del día  
en que lo creé, mi primera criatura.  
Él y yo juntos en mi creación,  
yo con mi chaquetita morada entre  
[mis cielos de cielo,  
él con su ojo como un espejo  
sobre mis piedras de piedra,  
y nada más.*

### Madre Tierra

*Acabo de barrer el mundo,  
le he quitado el polvo  
le he perdonado las heridas*

*le he curado los pecados.*

*Soy la madre tierra  
todos los dioses han desaparecido  
ahogados perdidos consumidos  
en residencias de ancianos e iglesias.  
Sólo quedo yo,  
para cocinar, confortar, barrer.*

*Alguien,  
señor fotógrafo,  
debe hacer el trabajo sucio.*

Mientras miro las fotos de *Ante el ojo del mundo* [Amsterdam 1996], de mi amigo el fotógrafo Eddy Posthuma de Boer, con el que he viajado entre los años sesenta y ochenta por todo el mundo, me vienen a la memoria unos versos sobre Basho, poeta clásico japonés: «La contabilidad del universo tal como se presenta a diario». Algunas de estas fotos las llevo tan grabadas en el alma que a menudo siento como si hubieran sido impresas sobre mi persona en lugar de sobre papel. Se hicieron en mi presencia; yo vi la transformación en un solo segundo de una persona en fotografía, y sé que de otro modo ese segundo se hubiera disuelto en la inmensidad del olvido en que transcurre nuestra existencia, porque sin el olvido nos volveríamos locos. Borges trata este tema en un famoso relato, «Funes el memorioso». El pobre Funes no es capaz de olvidar nada, ni una rama, ni una hoja, ni la forma de una nube que una tarde o una mañana vio en algún lugar, y acaba muriendo de lastre, de exceso.



Me he preguntado con frecuencia adónde van a parar las imágenes, esos millones o miles de millones de imágenes que vemos a lo largo de nuestra vida. Pueblan nuestros sueños, las empleamos como referencia, como material de reconocimiento, como

memoria comprimida, como experiencia y guía. Y, sin embargo, al mismo tiempo dejamos que fluya sobre nosotros, como una esclusa abierta, una infinita cantidad de imágenes que ya nunca retendremos como imagen independiente. Lo irrevocable de esta experiencia tiene el sabor de nuestra mortalidad, pero su naturaleza misteriosa se debe también a otra razón. ¿Para qué sirve esta profusión de imágenes? ¿No podríamos vivir con menos? ¿Tiene algún sentido delimitar nuestro entorno? ¿Acaso ve *menos* un monje cuya vida transcurre entre las paredes de un monasterio? No, es posible que el monje vea otras cosas, pero no podrá cerrar los ojos, como tampoco podemos los que vivimos en el mundo.

Eddy Posthuma de Boer viaja desde que le conozco, y de eso hace ya muchos años. Nos conocimos en los cincuenta. Él me fotografió como un ser que hoy apenas reconozco, a eso me refiero cuando digo hace muchos años. En los sesenta emprendimos nuestros grandes viajes: Brasil y Bolivia, Japón y Malasia, Gambia, Níger y Malí, y siempre mucha Europa. Decir que se conoce bien a una persona es difícil, pero pueden ayudar los mercados de camellos, los aeropuertos africanos, los aduaneros desconfiados, los hoteles de mala muerte, los barcos que uno pierde en el último momento, los tipos poderosos con ganas de fastidiar, el peligro de las calles y los largos silencios en el interior de extrañas galerías.

¿Son éstas experiencias negativas? No, naturalmente que no, pero viajar no deja de ser una prueba de fuerza, sopesar lo que se puede hacer y lo que no, saberse dependiente de personas y circunstancias, tener la paciencia de aceptar que en ese otro mundo las expectativas y los criterios de uno no se corresponden siempre con la realidad y que el miedo en sus múltiples manifestaciones puede formar parte del viaje. En Bolivia, la carretera por la que pasaste ayer hoy se ha hundido; el DC-3 hace un ruido muy sospechoso mientras sobrevuela el árido territorio del desierto; la cabeza de ternero sobre el regazo del vecino de autobús cerca de Goulimine no huele precisamente a perfume al cabo de un par de horas; y la sola imagen de una cámara profesional es o era capaz, en algunos países, de excitar los ánimos de los militares hasta grados altamente imprevisibles. Tal vez son situaciones incómodas, pero en realidad carecen de importancia. No se olvidan, pero tampoco aparecen registradas en las fotos y la mayoría de las veces ni siquiera en los artículos.

Solemos olvidar lo desagradable. Pero de lo que se trataba era de la contabilidad de lo visto, lo cual me remite a la pregunta formulada anteriormente ¿por qué algunas imágenes se conservan y otras no? ¿Qué convierte a mi compañero de viaje en el excepcional fotógrafo que es? He pasado tanto tiempo con él y hemos vivido tantas experiencias juntos que debería saber la respuesta a esta pregunta, pero no, curiosamente no es así como funcionan las cosas. Las decisiones íntimas son invisibles, y es a este tipo de decisiones a las que me refiero: el instante en que mi acompañante, interrumpiendo una conversación, me dice «un momento», toma en sus manos una determinada cámara y no otra, retrocede unos pasos, se sube encima de algo y filma unos cuantos corderos envueltos en una nube de arena levantada por una ráfaga de viento.

Cuando más adelante veo la foto reconozco la *signatura*, el sello personal que la

convierte en una foto intransferiblemente suya, el instante observado que a punto estuvo de esfumarse y que, como en una película de dibujos animados, fue rebobinado justo a tiempo ante el agujero negro del pasado. Hace años que no he visto esta foto y sin embargo me la imagino con toda claridad. La verdad es que no sé muy bien por qué me viene a la memoria esta foto y no otra al referirme a la *signatura*, seguramente por lo insólito de la reacción de Eddy, él, que habitualmente es tan tranquilo, que parece vivir en una calma serena y, además, irradiarla. Su manera de ser tiene algo de confortante y mágico, no sólo para el compañero de viaje que se entusiasma con facilidad cuando cree haberse topado con algo interesante, sino también para el sujeto fotografiado, gente muy diferente en diferentes países. Basta fijarse bien para verlo. Durante un segundo, la gente es rozada, tocada, por esa gravedad y esa calma de Eddy. Sucede con una ligera sonrisa, y antes de que se den cuenta ya ha pasado. A través de los ojos del hombre que los fotografía, ellos mirarán a los ojos de otras personas que no conocen, tal vez dentro de un año o tal vez dentro de un siglo, cuando este mundo –sus ropas, el país en que vivían, todo– se haya vuelto irreconocible, excepto una sola cosa: la mirada de un ser que mira a otro ser, una transacción entre personas que trasciende su anonimato y su futura ausencia.

Así es como lo mágico entra a formar parte de la *signatura*. En el instante en que se dispara la cámara sucede de todo. La decisión de fotografiar a una persona, de captar su imagen en un lugar determinado, con un determinado enfoque de la cámara y una determinada luz, debe ser secundada por la decisión del otro de dejarse fotografiar durante ese mínimo segundo anterior a la adopción de una pose. En este sentido, puede que la *signatura* sea compartida, pero es más probable que la *signatura* del uno, del fotografiado, se convierta en un elemento de la *signatura* del otro, del fotógrafo.

La palabra *signatura* connota tal vez cierta vanidad, apropiación, querer estampar el propio sello para distinguirse de los demás. En este sentido, la expresión «captar la imagen» adquiere un tinte negativo. Resulta comprensible que en ciertas culturas la gente se resista a ser fotografiada por temor a que alguien se apodere de su alma, esa cosa volátil. Y esto no vale solamente para una vendedora en el mercado de Mauritania, sino también para personas como Balzac, quien, un siglo atrás, no se sentía muy cómodo con el nuevo medio, porque creía que la foto, digámoslo así, le desgastaba. Esta misma idea la volvemos a encontrar, aunque de otra forma, en Walter Benjamin cuando afirma que el aura del objeto «reproducido» queda dañada por el acto mismo de la reproducción. Pero yo me refiero más bien a lo contrario, al reconocimiento, casi inmediato, del ser más íntimo de la persona fotografiada, y a cómo ésta –en ese instante en que su imagen es captada en una determinada postura, al lado de tal o cual objeto o en un espacio vacío– expresa plenamente su naturaleza sabiendo o sintiendo que el otro la ha visto tal como es, como el ser que es para sí misma. Éste es el elemento mágico y trascendente de la fotografía, y para ello se requieren magos, alquimistas manipuladores del tiempo que, fijando nuestro yo dinámico en un doble estático, expresen algo de lo que somos, incluso cuando hace ya tiempo que hemos dejado de existir. Durante nuestros viajes, Eddy y yo hablamos muy poco de estas cosas, me parece a mí, e incluso ahora todas

estas especulaciones me resultan casi ilícitas, aunque no sabría decir exactamente por qué.

Resido actualmente en el Getty Center de Santa Mónica, donde he sido invitado a una estancia de medio año. Hace poco anuncié que vendría a visitarme Eddy y que éste deseaba echarle un vistazo a la valiosísima colección de fotos. A la pregunta de si mi amigo tenía alguna preferencia, respondí afirmativamente: los *vintage prints* de Ansel Adams y de Brassai.

Un instante como éste se torna casi sagrado: el conservador se presenta con las cajas en cuyo interior dormitan esas primeras impresiones. Se extraen con sumo cuidado de su mausoleo, se les retira el papel de seda, y ahí están, las primeras impresiones realizadas por el maestro en persona, algunas incluso de principios de siglo, de este siglo ya tan largo. Observo con qué parsimonia y atención examina Eddy las fotos, con una mirada que es una forma de pensar. Apenas dice nada. De cuando en cuando comenta algún detalle de tipo técnico, pero se guarda para sí todo lo que las fotos puedan tener de filosófico, como algo que deba preservarse.

Más tarde, en mi habitación del piso décimo con vistas, Eddy me hace, como siempre, una foto, casi como quien te estrecha la mano. No le conozco sin cámara. La cámara es un miembro más de su cuerpo, el gesto de disparar fotos parece formar parte de su motricidad natural. Eddy está de paso camino del desierto. Un tiempo después me llama por teléfono y me habla de un solitario motel cerca del Valle de la Muerte, con un par de habitaciones y un *indian chief* en la galería que no abre la boca, y mientras él me describe la escena yo veo el silencio. Ahora Eddy está en Colombia y yo miro las fotos que me ha dejado.

Reconozco muchas de las imágenes que figuran en la primera parte del libro: el tuareg con su manto ondeando al viento frente a la mezquita de Mopti, un edificio salido de un sueño; los dos niños rodeándose con el brazo, y al fondo la misma mezquita, que aquí parece flotar en la luz. Es mi propia vida la que regresa a esas fotos: el pastor con su manta oscura una gélida mañana en Galicia; la extática llegada a una aldea en algún lugar a lo largo del río Gambia... Hicimos la travesía río arriba con el *Lady Wright*, un viejo *tramp*; es de madrugada, velos de neblina flotan sobre el agua quietísima y a través de los árboles, y entre el agua y los árboles, toda la aldea espera el acontecimiento semanal: la llegada del barco procedente de Banjul. Es una multitud silenciosa. Hombres, mujeres y niños aguardan de pie como si acabaran de ser creados justo antes de que el barco ataque. Y así es como aparecerán en el libro mayor de la contabilidad infinita de nuestro tiempo: una comunidad en una aldea a orillas de un río, Gambia, África, 1975, anotado, guardado. «Tout graphème est d'essence testamentaire», afirma Derrida, y lo mismo cabe decir de estos textos escritos con luz, la luz de la fotografía, porque también ésta es testamentaria, en el doble sentido de testimonio y herencia.

Esta idea es aún más evidente en la segunda parte del libro, la que versa sobre personas en circunstancias extremas. Fue un encargo que el fotógrafo se hizo a sí mismo, decisión esta sobre la que me habló muy escuetamente, apenas en una oración subordinada. Eddy y yo nos llevamos algo más de dos años. Al igual que yo, él ha vivido

la guerra, demasiado joven para participar (o verse obligado a participar) en ella, demasiado mayor para no ver lo que sucedía a su alrededor. Conserva en el recuerdo las imágenes de las razzias y de los niños que no regresaban a la escuela después de un fin de semana, como, por ejemplo, Harold y Paul Duizend. Más adelante, Eddy buscó sus nombres en la lista de personas fallecidas expuesta en el Museo Histórico Judío y supo que sus amigos habían perdido la vida el 2 de julio de 1943 en Sobibor.

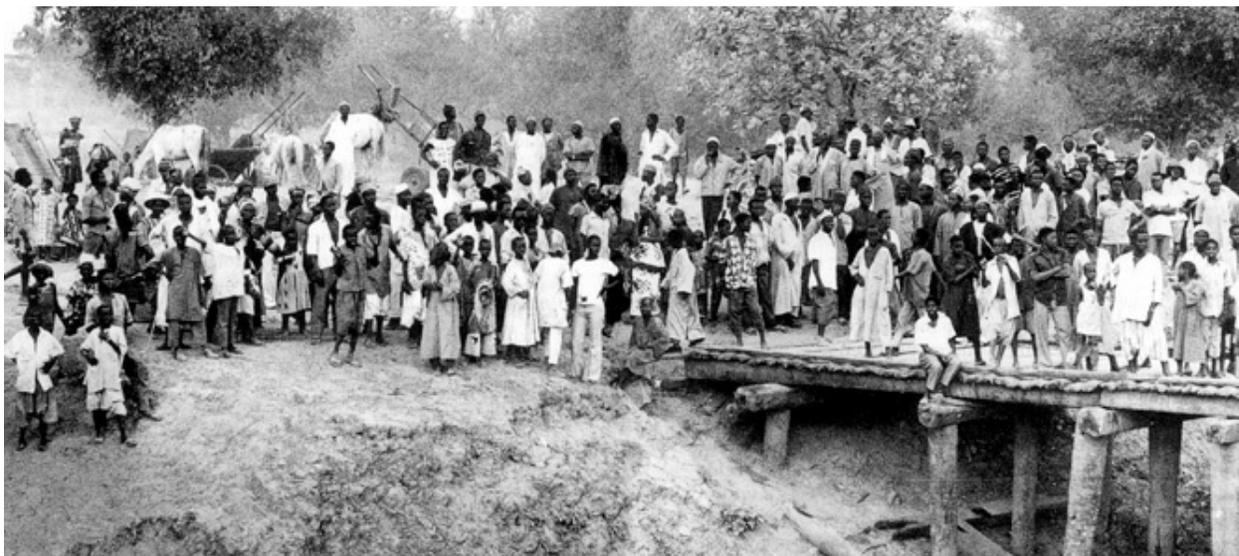


La línea que lleva de este suceso a las fotos de la segunda parte del libro es muy clara. «La fotografía –dice Eddy– es el medio por excelencia para hacer algo de provecho, para mostrar a los demás el sufrimiento de la gente y, sobre todo, de los niños.» Desde hace unos años, mi amigo viaja a lo que podría llamarse con justicia los parajes del horror: un campo de refugiados en la antigua Yugoslavia, un hospital en Bagdad y, luego, más campos y campamentos de acogida, Karachi, Colombia, Ruanda, Haití. En estos lugares la palabra maestría se te muere en la boca, claro está. Se impone el eterno dilema entre estética y sufrimiento: ¿puede afirmarse que una foto que expresa horror y tristeza es «bella»? No, uno prefiere en tal caso desviar la atención hacia el análisis de las habilidades técnicas, y, sin embargo, la imagen del reparto de alimentos en un hospital de Tayikistán irradia una belleza especial. También estas fotos, y quizás más que otras, pertenecen inexorablemente a la imagen cotidiana del mundo: el dolor, el miedo, el sufrimiento, como parte insoslayable de nuestra existencia.

Sólo un maestro puede quitarnos el aliento con su obra, un maestro que pone todos los recursos de su prodigiosa habilidad al servicio de lo que quiere expresar y enseñar, alzándose así contra la negación, contra el olvido. Mirad, éste era el aspecto que tenía nuestro mundo en la segunda mitad del siglo XX, éste es el aspecto que tendrá para siempre.

[1998]

## *Lady Wright* y Sir Jawara, una travesía en barco por Gambia



### 1

Para despejar cualquier malentendido: Gambia es un país homónimo del río. Pertenece a África, sí, pero son tantos los países africanos de los que no hemos oído hablar ni sabemos ubicar... Este país del que nadie ha oído hablar yace como un extraño enclave de habla inglesa en el sur del Senegal de habla francesa y está formado por un río muy ancho con dos márgenes, como es habitual. En esas márgenes, y en ocasiones hasta en el mismo río, vive la población de Gambia, unas cuatrocientas mil almas, aproximadamente la misma cantidad que tendría Surinam de no estar en proceso de despoblación. Gambia es un país caluroso y su gente vive del cultivo del cacahuete: pregunten si no a la casa Calvé<sup>3</sup>. Por lo demás, es una nación independiente –si es que tal condición existe en este mundo–, carece de ejército, lo que es poco usual, y de televisión, lo que procura mucha paz; circula un único periódico con tres ediciones semanales y existe un parlamento que se reúne cada dos meses, toda una democracia. Revistas extranjeras no se encuentran salvo en estado amarillento extremo; la radio emite en wolof, mandinga, fula y, según dicen, en inglés, de modo que quien desee despedirse temporalmente del mundo ya sabe adónde ir. Hay carreteras con apenas 200 metros asfaltados, los kioscos de prensa son inexistentes y, fuera de la capital, que es ciudad costera, no hay hoteles. En una libra inglesa caben cuatro libras gambianas o dalasi; un dalasi equivale a cien butut.



He regresado del viaje y siento un amago de nostalgia. «¿Por qué fuiste allí?», me preguntan los amigos una vez han entendido dónde he estado. Ése es precisamente el quid de la cuestión: no fui allí, fui a parar allí. Mi intención era visitar el Sahara español. Confiaba en que me tendrían preparado en un ministerio de Madrid el salvoconducto requerido in situ por las autoridades militares. Pero no, no estaba, ni lo estaría de momento. Marzo es un mes frío y desapacible en Madrid. ¿Qué hacer?

Mi primer destino, el Sahara español, había sido anulado. Mi intención era visitar ese territorio a propósito de las reivindicaciones que Mauritania hacía del mismo. Con el objeto de conseguir un visado mauritano, me había visto en la obligación de asistir a una larguísima conferencia acerca de la luz en Rembrandt pronunciada en la embajada de Bruselas por un mauritano con la vestimenta progre de rigor, el cual, por lo que pude oír, no había descubierto la pólvora. El hombre me pidió que evocara un instante al gran rey africano Tutankamón.

*¿Sí? ¿Lo veía delante de mí? ¿Sus nobles facciones? ¿La genuina majestuosidad de su semblante? ¡Bien! Pues compárelo con el gran monarca de ustedes, el que también se hacía llamar el rey Sol, sí, ése: ¡Luis XIV!*

*¡Pero, señor, si ése orinaba en Versalles detrás de los sillones..., el Trianón apesta aún hoy!*

En fin, la cuestión es que, a pesar de la luz de «Rambran», no obtuve el visado, dado que el mauritano consideró que mi pasaporte estaba «demasiado lleno».

Le dije que su respuesta me sonaba a rollo burocrático, y él me replicó que eso lo habían aprendido de nosotros. Pero, cuando al día siguiente regresé a la embajada de la República islámica con un flamante pasaporte –tan vacío como una cuna antes del nacimiento del primer hijo– recién recogido en la embajada neerlandesa, el visado me fue denegado de nuevo. Esperé largas horas, en balde.

En Madrid empieza a llover. El Sahara no me quiere, Mauritania no me quiere, y aquí hace frío. Mi avión hace escala en Las Palmas. Le echo una ojeada al mapamundi

colgado en un escaparate de la British Overseas Airways. A mi lado, un vendedor de lotería proclama a voces que ésta es mi última oportunidad. Sí, eso mismo siento yo. En Holanda, las decisiones más acertadas se toman a las seis menos cinco, y en España a las ocho menos cinco (el horario de cierre de los comercios). Me hace mucha ilusión ir a África. ¿Habrá mañana un vuelo de Las Palmas a Dakar? (Una vez ahí ya veremos cómo seguir. Dakar fue en su día mi primera experiencia africana. ¡Nostalgia!) Sí, señor, salen dos vuelos para Dakar. Pero los dos están completos.

Mirando el enorme mapa veo a través de mis lágrimas, justo debajo de Dakar, otro lugar. ¡Bathurst! ¿Bathurst? ¿Salen también vuelos para Bathurst, señorita? Hoy en día se llama Banjul, señor. Ah. ¿Salen también vuelos para Banjul? Sí, señor, un vuelo semanal, de la British Columbian, desde Las Palmas, mañana mismo. La suerte está echada. La señorita organiza por teléfono –en este instante son las ocho menos un minuto– un nuevo episodio de mi vida. Sin ella nunca habría llegado a leer el *Gambia News Bulletin*, ni habría comido *peppered oysters*, ni habría conocido a Mr. Dembo, ni habría sido arrestado bajo un calor de 40 grados por no bajarme de la bicicleta con la debida prontitud al pasar por mi lado Sir Dawda Jawara. Y todo ello sin mencionar el *Lady Wright*.

En Europa hace frío y los días siguen siendo oscuros. Menos de veinticuatro horas más tarde, un avión vuela sobre el territorio prohibido y calcinado del Sahara, y en él me encuentro yo. El aparato desciende a lo largo de la línea de la costa de África hasta un lugar donde anchos ríos cruzan una llanura infinita, y es allí donde aterrizamos a la vez que cae la noche tiñéndolo todo de negro. Tengo la impresión de que las luces del aeropuerto titilan de una manera extraña y, una vez en tierra, advierto que no me he equivocado. Se trata de lamparillas de aceite que despiden un resplandor azulado. Bienvenido.

Árboles, las sombras sacerdotales de los baobab, un grupito de hombres negros junto a una verja, un coche de bomberos que avanza a nuestra misma velocidad, las azafatas escocesas escamadas de blanco que ahora parecen de otro mundo, el aire *climatizado* del aparato que en breve cambiaré por el clima templado de la noche tropical. Soy consciente de que no sé mucho de Gambia, salvo que la reina Victoria, que tampoco visitó nunca el país, lo consideró «such a darling little place», y que, según mi vecino, que tampoco ha puesto jamás un pie allí, no existe más que un hotel en la capital que sea «un poco decente». De modo que decido ir allí y, tras la batalla del pasaporte y la batalla de la maleta, emprendo el viaje a Banjul en un Renault 4 azul celeste. Soplos de aire frío y caliente entran alternativamente en el coche; las noches junto al mar, aprendo más adelante, pueden ser muy frescas. Ha oscurecido ya, veo corros de gente en torno a pequeñas hogueras, conjuntos de árboles negros entallados en la noche negra, nada más. Esta mañana a las seis estaba todavía en Madrid; sé que ninguno de mis amigos y parientes sabe que me encuentro en este curioso lugar y eso me procura una sensación de placer. Estar un poco ausente resulta agradable. Ir sentado en un taxi como un señor fatigado en un país que nadie conoce te hace sentir como si estuvieras interpretando un

personaje; has tenido que sustituir de improviso a un actor y aún no te sabes el papel. Papel que el conductor intenta cambiar en ese mismo instante, pues opina que no debo ir al Atlantic Hotel que me han recomendado, sino al Apollo, que es mucho más barato. Visualizo cucarachas, mosquitos y noches de insomnio, de modo que me empeño en que me lleve al Atlantic. «Apollo, small prices», insiste el taxista, «many white people». Sabe con qué bueyes ara, pero yo sospecho que está conchabado con el Apollo, de modo que no me dejo convencer. Al día siguiente, cómo no, me mudo al Apollo, motivo por el cual el hombre se ha reído de mí muchas veces, y es que en Banjul te encuentras siempre con los mismos taxistas.

El negrísimo individuo que está detrás del mostrador irradia una extrema frialdad. Sí, aún quedan habitaciones libres. Cuando le digo que el precio me parece caro (*¿No tiene usted una habitación más barata?*) me replica que siempre me queda el recurso del Apollo. Pero yo me he propuesto dormir aquí esta noche. Mientras el recepcionista copia con trazo lento los datos de mi pasaporte, veo en un recipiente de madera una copia a ciclostil: «The progressive newspaper, n.º 664 (WE PURSUE THE TRUTH, published twice weekly, price 13 bututs)». Realizo mi primera adquisición gambiana y al rato me encuentro entre las desnudas paredes de piedra de mi habitación de piedra, escucho la monótona balada del aire acondicionado y leo una protesta airada por el hecho de que «nuestros amigos surcoreanos» no han sido invitados a presenciar el desfile del día de la Independencia, lo cual «contraviene todas las reglas de etiqueta tratándose de un acontecimiento histórico de tal magnitud». *Verbum sat sapienti*, con estas sugerentes palabras concluye el artículo, y, aunque ignoro si la mayoría de los lectores las entienden, una cosa está clara: sigo encontrándome entre la raza humana. Siempre, estés donde estés, las personas se descalifican las unas a las otras por el motivo que sea.

Me lavo para quitarme el polvo acumulado de tres países y salgo afuera. Un rumor de agua y un olor como de ciénaga, de pantano. A mi izquierda fluye el río, que en este punto mide varias millas de ancho. No se ve ni una sola luz. Paseo, paseo. Marine Parade. Government House, un fantasma colonial blanco. Dos vigilantes negros me indican que no está permitido pasar por delante de la casa y que debo tomar un sendero de arena próximo al río. El club de tenis, Albertmarket, Nigeria Airways, Mahoney's Cinema, una película con John Wayne. Por qué no. Buckle Street, Orange Street, Lemon Street. Oigo mis zapatos taconeando en el asfalto entre el sonido de babuchas que se deslizan, el susurro de sandalias y el suave chasquido de pies descalzos. Grupos de hombres con grandes tableros de damas y tablas reales están sentados o tumbados en la calle bajo la tenue luz. Sus bocas murmuran una lengua extraña que me excluye: soy extranjero, una vez más. *Hey friend!*, exclama un muchacho respondiendo a mi saludo. Paz y silencio. De vez en cuando un charco de neón muestra algo más –H. R. Carrol & Co., Shyben A. Madi & Sons, lóbregos comercios atestados de telas y maletas–, pero, en la mayoría de los interiores, la luz amarillenta crea un ambiente vago y difuso en perfecta

concordia con mi estado de ánimo. Mañana todo adquirirá su propio rostro. Por las calles cada vez más oscuras encuentro con dificultad el camino de vuelta al hotel. En la ducha, mi cuerpo de cuarenta y un años realiza un salto mortal hacia atrás sobre algo grasiento y acaba tirado sobre el borde de piedra de una bañera. No hay sangre, nada roto. De modo que no estoy aquí por casualidad, no, he venido aquí con un propósito. Leo un poema de Tibulo («Do not hurt me Goddess, I have done nothing to deserve it») y me voy a dormir. Fuera oigo unas voces que no suelo oír y me dejo llevar por ellas como en un barco de vela.

Café, un poquito de azúcar y unas miguitas de pan, buganvillas, frangipani, hibiscos, acacias coqueteando en la terraza, el verde resplandor del río, así empieza el día. ¿Y ahora qué? Estoy aquí sin misión alguna, con el solo encargo que me he hecho a mí mismo de estar aquí. Pero ¿qué significa estar? Estar como siempre, sólo que en otro lugar, y con todas las cámaras y los magnetófonos conectados en la despensa vacía donde los recuerdos se elaboran con imágenes y sonidos.

Y, sin embargo, conviene conferir algún método a este lujo. Deambular bajo el calor por las pocas calles de la capital y acumular experiencias sensuales es una sensación maravillosa, sí, pero con el tiempo no permanece sino el recuerdo de las experiencias íntimas y las presunciones que les son propias. Hay que buscar, pues, un método, como por ejemplo éste: periodista extranjero desea entrevistar al presidente. La utilidad práctica inmediata de esta idea es dudosa: nadie en Holanda perdería el sueño por una entrevista con un presidente desconocido de un país desconocido.

En efecto, la larga marcha por la destartada caja de la escalera de un aparato burocrático puede aportar inesperadas perspectivas, siempre que no se empiece por arriba. Así pues, ese viernes por la noche doy mi primer paso en el camino que deberá conducirme al presidente, a quien finalmente no lograré ver, aunque tampoco era ésa mi intención. El objetivo secreto es el espectáculo que uno vive mientras está de camino. Sin embargo, para que el método tenga éxito, se impone una condición: hay que mostrar un ferviente deseo de ver al presidente, pues, de lo contrario, los suplicios sufridos por el camino no serán debidamente recompensados.

En Gambia el turismo extranjero se reduce a los suecos. En la agreste costa atlántica, a 20 kilómetros de la capital, un sueco emprendedor ha levantado tres hoteles de escasa altura sobre los que un avión suelta semanalmente su cargamento de compatriotas. Éstos pagan unos 500 euros por un vuelo de ocho horas y dos semanas de estancia. Las consecuencias que ello implica para Gambia no se han hecho esperar. Para disgusto de los ingleses afincados en el país, la mayoría de los cuales lleva ya un cuarto de siglo o más en África, a cualquier rostro pálido se le aborda invariablemente en sueco: *Hey du Svenska!* Además, las señoras suecas, que por cierto son mayoría, muestran una marcada preferencia por intimar con los muchos jóvenes gambianos que rondan por el hotel y sus alrededores. Estos contactos fomentan la fraternización, por no decir la

paternidad, pero los guardianes de la moral local ven en ello una grave depravación. Sin embargo, para los muchachos en cuestión significa un sobresueldo, amén del acceso fácil a los clubs nocturnos pertenecientes a los hoteles. Así es como el gran mundo ha llegado a Gambia, cosa que no complace a todos, o dicho en palabras del taxista: *Him no good. Gambia girl no go with him. She know his family. Is no good, Swedish girl she do not know. She come she go.*

Especialmente destinado al turismo sueco, se ha montado también un mercadillo donde se exponen y venden telas de colores, camisas y sombreros. Entre toda esa alegre algarabía se alza un kiosco donde una señora, bella y lenta, se ocupa de la «Information». Compro el plano de la ciudad, el mapa del país y un librito sobre los diez años de independencia, además del himno nacional («For the Gambia, our homeland/ We strive and work and pray/ That all may live in unity, Freedom and peace each day») y un libro sobre pájaros. Lo que no puede hacer la señora por mí es ponerme en contacto con el presidente, para ello debería acercarme al ministerio situado en la plaza McCarthy. No está lejos, pero el día avanza y el calor parece aumentar a cada minuto. Sombra significa que el sol no te quema la cara y nada más, y la carga de paños calientes sobre los hombros se hace cada vez más pesada. En las escaleras del ministerio, una multitud de gente vende pajaritos de plástico, cigarrillos, nueces de cola, cacahuets y naranjas ácidas. Todos gritan a tu paso: *Hey du Svenska!* El ambiente es animado. La plaza como tal es un verde mar de césped inglés, un infinito campo de críquet rodeado de edificios de madera de estilo colonial. Entorna los ojos, viajero, cambia al sepia, y tendrás la impresión de estar regresando a los viejos tiempos: los jugadores de críquet se dispersan por el campo, estamos en 1920, 1910, 1890, algunos uniformes han cambiado, se han añadido rostros blancos, pero, por lo demás, todo permanece igual. Los wolof, mandingas, fulas, sarakolé siguen pareciéndose a sí mismos; el penacho del yelmo del gobernador ha desaparecido, pero el calor, el río, las tribus y la miseria siguen allí.

Llego a la ventanilla pasando junto a dos Mercedes negros con banderitas y un policía cuyas rodillas negras asoman por encima de unos calcetines largos azul marino. ¿A qué ventanilla debe uno acudir en Holanda para entrevistarse con la reina? Mientras cavilo sobre este asunto bajo el sol, alguien me hace señas para que entre. Allí dentro reina el caos, de eso no cabe la menor duda, lo reconozco en el acto: me recuerda a mi propio cuarto de trabajo. No hay nada en su sitio, los periódicos revueltos, ni un armario decente, imposible encontrar nada, todo traspapelado o amontonado en pilas, cartas y formularios sobre sillas y mesas o tirados por el suelo. Hay tres personas trabajando –así es como lo llamo yo también–. Una de ellas remueve inútilmente un montón de cartas viejas; una joven, cuya belleza me deslumbra al instante, le habla en tono cantarín al teléfono en cuyo interior se oculta sin duda un amante. De momento no sucede nada más. Me aparto a un lado, un par de periódicos más allá («Peking lends Gambia 28 million Dalasis») y aguardo el devenir de los acontecimientos. El ventilador del techo hace revolotear las cartas sueltas, y la gente que va entrando me mira como si estuviera considerando comprarme, y desaparece a continuación sin haber hecho nada. Poco a

poco me invade la sensación de que todo es irreal. Yo no estoy aquí. Interpreto un papel en la obra de un Pinter africano para la que me han contratado por mucho dinero. En breve habrá un intermedio, todos nos pondremos en pie, estallará un aplauso e iremos a la cafetería a tomar una cerveza.

Nada de todo eso. Detrás del despacho más lejano alguien despierta de un profundo sueño, cambia rápidamente algo de la teoría de la relatividad que tiene ante sí y viene hacia mí con paso distinguido.

¿Que qué quiero yo?

–Entrevistar al presidente.

Lo mismo hubiera sido decirle que venía a echar un vistazo al manuscrito de la *Novena* de Beethoven.

–*Oh, I see. Then you must speak to Mr. N’Jie.*

Pero Mr. N’Jie no está. Mr. N’Jie y yo somos vasos comunicantes: en cuanto a mí me vierten en su despacho, él sale borbotando. Y así es como se inicia una increíble charada de encuentros, citas, esperas en el pasillo, otro pasillo, y la nueva aparición de más señores, algunos de los cuales se llaman también N’Jie. Entretanto voy coleccionado hojas ciclostiladas y hago mis deberes. De haber tenido la situación una nota trágica, habría podido citar a Kafka, perdido por aquí en cien despachos. Pero no hay nada de trágico en todo esto, se trata más bien del comienzo excesivamente largo de una película sin intriga: voy vagando de una oficina a otra, deposito aquí y allá discretamente algunos billetes, escucho relatos de grandes sueños, aprendo a qué tribu pertenece cada cual – cosa que a menudo ni ellos saben reconocer en los demás–, entrego un cuestionario en inglés para His Excellency y así continúo desplazándome –hacia delante y hacia atrás, de un lado a otro– por el tablero del juego de la oca gambiano. Es instructivo. Poco a poco me olvido del mundo exterior, no existen más que esas calles calurosas y polvorientas, el comedor del hotel Apollo, mi habitación de piedra con vistas al río, por el que navegan barcos de velas triangulares cargados de cacahuets procedentes del interior del país. A ciertas horas me llega el mal olor del vertedero público, y cada mañana me despierto muy temprano, cuando los más madrugadores acuden a sacar agua con la bomba que tengo bajo la ventana.

Los periódicos en el British Council tienen más de un mes de antigüedad y el único libro sobre Gambia que he encontrado en la desntrida librería es el *Official Handbook of the Gambia Colony and Protectorate* del año 1906. No hay nada que no contenga este libro: los nombres de la gente, los precios, los procedimientos judiciales, los sueldos de cada cual..., absolutamente todo. Bajo el título «BUZONES» dice: «En la colonia y el Protectorado los buzones son inexistentes». Es una lectura de locos. Así funciona pues el reino del mundo. La casualidad no existe. En cierto momento alguien lo ha calculado todo. Un telegrama de Bathurst a Santa Helena cuesta 3 chelines. Jeremiah Collingwood –«Sergeant Major» de la policía «accompanied Sir Alfred Maloney, Sir James Shaw Hay and Sir Gilbert Carter on several missions in the hinterland»– lleva veintisiete años y cinco meses en la Colonia y gana 100 libras al año. Los barcos del gobierno colonial

reportaron 366 libras en el año 1903, 1 chelín y 1 penique menos de lo estimado. Una carta a Wei-Hai-Wei, las islas Caimán y Fidji vale 1 d., y los informes sobre los latigazos propinados deben entregarse por duplicado en el Admiralty. Trescientas sesenta y cuatro páginas de tiempo pretérito, todo verdad. Leyendo un libro como éste, pasas de la hilaridad a la melancolía y viceversa, pero, al mirar hacia fuera y ver la miserable ciudad enclavada en una especie de recodo del inmenso río, al pensar en esa única carretera asfaltada y en la escasez de prácticamente todo, te preguntas irremediamente qué habrán hecho los ingleses durante todo este tiempo. Y la respuesta seguramente es ésta: poca cosa, sólo cacahuets.

Ha venido el ministro de Asuntos Exteriores de Sierra Leona, y el gobernador del Banco Central ha acudido a una reunión de la Comisión Subregional de África Occidental de la Asociación de Bancos de África Central en Lagos. Foday Kabba Jatta de Sutokoba ha sido destituido como jefe del distrito wuii, en el Roxy ponen *Le sherif* con Virginia Mayo, y el sol se pone hoy, lo mismo que ayer y mañana, a las 19:17 p. m. He vuelto a comer en la mesa 13, en mi bicicleta alquilada me he acercado a la costa por la estrecha carretera que cruza los manglares, he nadado en el mar, he anotado el nombre de tres árboles (neem, casuarina, keseng-keseng), y he regresado al puerto a tiempo para ver descender las mil cornejas sobre el árbol, pelado a picotazos, en el que duermen cada noche. Un grupo de gente contempla un barco blanco extrañamente destartado. Se llama *Lady Wright*, está inclinado hacia atrás de una manera un tanto rara, tiene la pintura descascarada y se parece al *African Queen* de Humphrey Bogart. Un negro anciano, de porte majestuoso y el cabello adornado con guirnaldas navideñas plateadas, me llama desde la borda.

–*You want to come on the ship?*

–*Where does she go?*

–*Up the rivvah! To Bassé!*

De regreso al hotel le echo un vistazo al mapa. El río serpentea hacia el interior de África. Bassé está situado junto a la puerta de atrás de Gambia, a unos 400 kilómetros de Banjul.

–*Very, very hot* –dice Mr. N’Jie compasivo cuando le explico el motivo de mi visita.

De todos modos, lo que pido esta vez es mucho más fácil de conseguir que entrevistar al presidente. Lo de ahora se consigue con dinero. Al día siguiente por la tarde acudimos los dos juntos al Ports Authority. Este Mr. N’Jie es muy alto y tiene unas facciones muy marcadas y aristocráticas. Acaba de regresar de una visita oficial a Dakar. Comparado con Dakar, una ciudad mediterránea invadida por el turismo internacional –bulliciosa, sofisticada y demencialmente cara–, Banjul es un remanso de paz, lo que por cierto no le hace ninguna gracia a Mr. N’Jie. *They have lost their African character. They are like copies of the French.* El gran temor de los gambianos de habla inglesa es ser absorbidos por los senegaleses de habla francesa. Mr. N’Jie es un wolof y le pregunto si habla en

wolof cuando se encuentra con wolof en un ministerio senegalés. Sí, eso sí, porque los senegaleses son demasiado orgullosos para hablar en inglés. Es obvio que Europa ha imprimido aquí su sello.

El barco zarpará al día siguiente. Tarda unos tres o cuatro días en hacer la travesía –si los motores aguantan–. Del viaje de vuelta se encarga el «president of The Transport Union», Mr. Daddy Soul, y seguro que a mi regreso está ya solucionado el tema del presidente. Daddy Soul me hace pagar por adelantado una suma considerable de dinero, por cierto, si bien incluye el viaje en un Peugeot desde Bassé a Banjul y la posibilidad de detenernos donde a mí me plazca. La solemne reunión para alcanzar este acuerdo nos lleva una hora, aunque, eso sí, al final consigo el apoyo del sindicato en pleno. *You must buy something for the mosquitoes*, me aconseja Daddy Soul estrechándome la mano largo rato, *and you must take the medicine. Ah, and it will be very, very hot*. No hace falta que me lo asegure.



Al día siguiente, el mayor problema será subir a bordo. El barco se ha tornado invisible bajo una pirámide de carne humana mechada de equipaje. No hay pasarela, pero junto a la caseta del timonel se encuentra, como una baliza, el hombre negro de cabello plateado que tan amablemente me invitó unos días atrás. Me enseña a subir a bordo con un elegante salto de escuela de equitación. Me abro paso entre una sudorosa multitud, vociferante pero cordial, y subo a la cubierta de primera clase por una escalera no más ancha que una persona, pasando junto a cestos con pescado en salazón, colchones, cajas con sal, pilas de cerámica, niños, marineros, vendedores de nueces, sacos, objetos de madera, bicicletas y un gato. Arriba me espera Mr. Dembo, el *chief steward*, su cabello de ángel brillando bajo el sol. Me muestra mi camarote, cuyo tamaño es aproximadamente el de mi propio cuerpo. Las sábanas se han vuelto de color gris y están llenas de manchas. *Dey are clean sheets*, me anuncia Mr. Dembo satisfecho, y ¿quién soy yo para contradecirle? Un melancólico pitido recorre el embarcadero de madera y el barco hace un movimiento brusco, como si todo el mundo quisiera subir y bajar a la vez. Al salir fuera advierto que estaba en lo cierto: todo el mundo quiere subir y bajar a la vez. El barco ha quedado ladeado. Una parte de las cajas, cestos y sacos, apilados de cualquier manera, empieza a deslizarse hacia abajo. Pánico. A alguien le cae encima de la cabeza toda una cama de matrimonio. Desde la cubierta un grupito de blancos

contemplan, desamparados, el espectáculo. Acude gente de todas partes, cada vez más, mujeres con vestidos espléndidos rodeadas de racimos de niños, hombres que llevan a hombros un peso imposible de aumentar. No, mentira, aún podría aumentar mucho más.

Se aproxima un misterioso mensajero de los bajos fondos, alas de polvo en sus pies tallados. Agita un puñado de hojas de papel rosado. La multitud le deja paso y el hombre sube a bordo revoloteando. El capitán le echa un vistazo a los papeles y hace una señal: tres toques de corneta. En las entrañas del barco, las máquinas lanzan un profundo suspiro. Empezamos a vibrar. Todos los que no quieren viajar se apresuran a abandonar el barco. *Head slow starboard! Half ahead! Go two ahead slow. Steady as you go. Full ahead!*



La sirena suena cuatro veces, nos alejamos lentamente del muelle dejando atrás la multitud llorosa que va haciéndose cada vez más pequeña, hasta desaparecer de la vista como un conjunto de juncos humanos en una lejana orilla. Al soltarse la última amarra, el mundo también se deja ir. Un barco es un universo limitado con sus propios tiempos y leyes, y es este universo el que se impone ahora. A mi lado, en una silla de jardín tan desvencijada como la mía, está sentado un ilustre caballero del interior del país, cuyo dispar surtido de asombrosos tocados no dejará de sorprenderme durante la travesía. En ese momento lleva una gorra verde de cazador y, en los pies, unas babuchas amarillas. Su cabeza, ancha y mongola, está ataviada con el bigote de Pitágoras: un triángulo negro con el ángulo superior señalando hacia la nariz. Su sonrisa de caramelo no le abandona ni un instante. Lleva en brazos un transistor al que mimra como si fuera un niño rectangular. Un agente de policía en uniforme de explorador vigila nuestra cubierta para impedir el acceso a intrusos, gracias a Dios en vano. Las gaviotas chillan, ambas márgenes se desvanecen bajo una ligera neblina, veo sombras de piraguas bajo la orilla norte, la visión me recuerda a Turner. La calma descende sobre nosotros a kilos, el suave toctoc toc surcando las aguas, la tacita de té de madera de ébano de Mr. Dembo, la oscuridad que avanza... Mi alma se enrosca en su canasto y se inflama de satisfacción.

Cuando suena el timbre de aviso para la cena, consigo ver al fin a los pasajeros que me acompañan en este barco de bufones. Menuda mezcla de personajes. Una rubia *esthéticienne* danesa, provocadoramente bella. Su amigo, un tornero. Otros dos daneses

que llevan una triste existencia en Groenlandia, tanto que uno de ellos no para de reír de lo contento que está de saberse lejos de allí. Su compañero tal vez desearía reír también, cosa no poco difícil, porque tiene la cara como una salchicha quemada por el sol. La bebida nos unirá durante el resto de la travesía. Luego está Mother Denmark, una mujer creada con el material de tres. Su gigantesca figura infunde respeto incluso al capitán, que no es precisamente menudo. La mujer filma todo lo filmable y, para las horas oscuras, dispone de un magnetófono. Un ser feliz. Tres suecos completan la parte escandinava. Un alegre campista, que no habla ni una palabra de inglés, intima con una madre africana de no más de catorce años. Una señora del norte algo ebria que ha estado en todas partes y que en todas partes ha descubierto lo mágico y lo místico, sobre lo cual predica en un acento como el de Ingrid Bergman en *Orient Express* («Zous Zings can not be explained. You zee ze needul go zru ze hand and come out at ze ozzer zeid. No blud. No peen. It is madzjik»). Y, por último, un nórdico viejo y extremadamente gordo que no abre la boca en todo el viaje y no levanta la vista de sus novelas policíacas.

A mi mesa se sienta además una muchacha americana del Peace Corps que pasará los próximos dos años consumiéndose en un poblado junto al río, lejos de todo, con la idea de montar un laboratorio. La acompaña un gambiano cuya misión es enseñarle el mandinga. La muchacha es conmovedoramente seria y no para ni un momento de estudiar. Más adelante, cuando todos hayamos regresado, ella se quedará sola dentro de la olla de estofado de la aldea. Hasta Banjul le parecerá entonces una ciudad inaccesible y seductora. Las reglas del Corps la obligan a sobrevivir con la menor cantidad posible de dinero: 160 dalasis al mes. Su aspecto es el del principio de una novela con final trágico. Los dos estudiantes africanos, que realizarán únicamente medio trayecto con nosotros, desean justamente lo contrario: largarse cuanto antes, a Suecia si es posible. Pero aún hay más novelas a bordo. Después de haber tomado asiento todos, queda libre una minúscula mesa con dos sillas. Las sillas, inclinadas, están apoyadas contra la mesa y, cuando hace su aparición la pareja que va a sentarse en ellas, hasta un niño entendería por qué. Se trata del mundo pasado, inglés, naturalmente, grande, blanco, torpe y con una aureola de vida en el trópico. Él lleva uno de esos pantalones cortos tipo bermudas que le llegan hasta las enternecedoras rodillas. Los calcetines largos zurcidos reposan dentro de unos zapatos comprados en 1938 en Bond Street, el anillo con escudo heráldico luce en el meñique izquierdo en perfecto equilibrio con los zurcidos del cuello de la camisa. Ella, enfundada en un vestido estampado de flores, es una mujer fornida con una cara de esas capaces de mover montañas. Cuántos perros ingleses no han intentado hacerse con una cara de este tipo, pero sigue quedándole mejor a las personas.

Nada puede sucedernos ya: los cocodrilos se alejarán, el barco no se hundirá y tendremos té caliente a diario. Mr. Dembo sufre una metamorfosis instantánea y exclama: *Yes Sah! Very good Sah!*, como si quisiera demostrarnos que existen otros hombres blancos además de esa pandilla de bebedores de cerveza daneses y esnifadores de transistores.

La comida no nos la cobran, y hacen bien, porque no es muy abundante.

Probablemente, la mitad de la ración se vende en la cocina antes de que llegue a nosotros, lo cual no deja de ser una buena lección acerca de «how the other half lives». Tres pedazos diminutos de carne, una rodaja de piña para repartir entre cuatro, la parte de atrás de la parte de atrás de un pescado, y cuando los daneses piden más, se les sirve otra cucharada de arroz.

Con mi tacita de Nescafé en la mano, me paseo por la cubierta a trompicones. A trompicones porque las luces están todas apagadas. El barco navega en la más absoluta oscuridad, sin *headlight*, sin *searchlight*, nada. Al cabo de un rato descubro la superficie aceitosa del río y, más tarde, vislumbro incluso el reflejo de las estrellas en el agua. En el momento en que se abre la puerta del pequeño comedor y sale un chorro de luz, se oye arriba, en la caseta del timonel, un fuerte grito. El río está expuesto a la marea incluso en las zonas más interiores del país y no sólo esto: las invisibles zanjas y bancos de arena requieren un ojo de lince. En el silencio de la noche, los *groundnutters* y las piraguas que navegan también sin luz han de poder oír nuestro toctoc desde lejos y procurar alejarse. A bordo empieza a refrescar. Allá lejos, en algún lugar, deben de alzarse las márgenes del río, pero no se ve nada. La gente duerme por todas partes, en la cubierta de proa, en la cubierta de popa, en las pasarelas: madres con niños, comerciantes, cargadores, marineros, todo duerme. La única luz procede de una pequeña lamparita de carburo situada en la cubierta de popa. Allí, entre los fajos de durmientes, yace un hombre blanco con mucho cabello, su abundante melena graciosamente enroscada en un moño, como un personaje de *Masters of the XX th century*. El hombre no levanta la vista y yo no puedo llegar hasta él entre tantos cuerpos durmiendo. Los daneses fuman con sus nuevos amigos africanos inmensos canutos de marihuana cuyo fuerte olor me persigue hasta el camarote. La gente que duerme delante de la puerta me impide entrar.

No sé cuánto rato he dormido. Oigo el suave toctoc de los motores, pero no es esto lo que me ha despertado, sino un ligero crac como cuando alguien se muerde las uñas. Busco la luz a mis espaldas y aparto las sábanas empapadas de sudor. En el borde del pequeño y mugriento lavabo, una cucaracha rojiza del tamaño de un pulgar infantil me mira con expresión soñadora. «Hier stehen wir restlos vis à vis», pienso, y me imagino el crujido que hará el animalito cuando lo aplaste. De modo que no lo aplasto. A través del mosquitero que cubre el ojo de buey vislumbro la luz de la luna y los cuerpos de los tendidos en la borda. Y como yo, al igual que usted, soy la medida de todas las cosas, veo al mismo tiempo, infinitamente ampliado hasta su tamaño real, el mapa de África con este río trazado como un río real, y el barco, blanco y silencioso, surcando suavemente sus invisibles aguas y, a bordo de ese barco, como dentro del milésimo gajo de un pomelo, yo mismo y... la cucaracha. Le deseo al animalito buenas noches y vuelvo a apagar la luz.

Me despierto de nuevo y aún es de noche, son las seis de la mañana. Mi amiga la cucaracha se ha marchado y el barco se ha detenido. De modo que aquellos dos gritos

cortos no fueron un sueño. Oigo pisadas de pies descalzos sobre la cubierta, me pongo algo encima y salgo afuera. Hace casi frío. En la oscuridad, sobre un embarcadero destartado, vislumbro dos figuras grises envueltas en mantas. Un par de hombres desembarcan y se meten en el hueco de un ancho árbol donde arde una pequeña hoguera. Un anciano vende pescado seco que guarda en un cesto. Un muchacho desembarca y compra dos pescados. Sospecho que son más baratos que en Banjul. No se ve poblado alguno. La noche inmóvil se alza como un telón detrás de los hombres, un telón que habrá que levantar para poder salir de aquí. Una aguda voz africana da una orden y un niño, enfundado en un saco de yute, suelta amarras.

¿Dónde estábamos? ¿Albreda, Kerewan, Kemoto, Tendaba, Balligho, Yellitenda, Sankuya, Bai? El desayuno consiste en una versión local del pasado inglés: un trozo de beicon, pan chorreante de grasa cristalina y una mampostería de papilla de avena. Los daneses lo acompañan con una copita de coñac o una cervecita. Fuera, el día se ha ataviado con paisajes: vistas panorámicas a lo Ruysdael a través de muros Potemkin de manglares que te quitan la ilusión de estar navegando entre selvas. En la sabana vacía se alzan gigantescos baobab, en esta época del año pelados, con lo que es verano e invierno al mismo tiempo.

El ilustre caballero ha aparecido en cubierta enfundado en un batín carmesí y, sobre la cabeza, un gorro de lana blanco con borlas. Extiende en el suelo una alfombrita de seda de colores y se entrega al rezo matutino, de modo que yo sé enseguida en qué dirección está el este.

Ese día hará mucho calor. Vemos un hipopótamo, un pelícano, monos. Cada vez que nos detenemos, poblados enteros se vacían y acuden a nosotros. Ves a la gente emerger del paisaje vacío en largas hileras. Se produce un intercambio de saludos y chismorreos, se venden cocos y tapioca, y se entrega el correo, pues nuestro barco es la última oficina de correos náutica del mundo, con su propio funcionario y su propio sello. River Gambia. El hippy de la cubierta de popa, que se llama Lechinski y es de Montreal, se queja de que hace un calor de 40 grados y se resguarda bajo el toldo. A Miss Peacecorps le dice que lo que ella proyecta hacer es una gran equivocación y le expone las razones por las que sólo puede haber soluciones africanas para África. Pero es como si estuviera tratando de convencer a Florence Nightingale de que no se deben vendar las heridas de los soldados, pues lo único que consigue es que la joven se reafirme, con mayor entusiasmo si cabe, en su voluntad de contribuir a que África siga despertándose. Yo digo que África nunca se ha despertado: somos nosotros quienes la hemos despertado a sacudidas. Quién sabe, a lo mejor hubiera preferido darse la vuelta y seguir sumida en su profundo y plácido sueño.

Aquí –lejos de la fina capa modernizada y el miserable mundo artificial de la costa– es donde se siente plenamente la fuerza y la extensión de este continente. Avanzamos sobre él como una mosca diminuta. En el mapa, la distancia que recorreremos no es más que un milímetro, y sin embargo el recuerdo de la ciudad, del gobierno, de las calles y de las reliquias del colonialismo ha desaparecido ya irreparablemente: basta con respirar para

que esa tierra infinita nos engulla. Aquí y allá vemos un asentamiento, chozas de paja o tejados de cinc, hombres reunidos bajo un techo trenzado. Me gustaría saber de qué hablan. Al café le sigue la comida, a la comida el té. Con los prismáticos de los ingleses veo, en el tembloroso aire del atardecer, águilas pescadoras y garzas blancas. En los camarotes hace aún más calor que bajo el sol, y sin embargo en todas las cubiertas yace gente sumida en un sueño más alejado de la vida que cualquier muerte. Así transcurren los días hasta nuestra llegada a Bassé. Arribamos a puerto de noche, pero no desembarcamos.

A medianoche noto que unos piececitos de áspero tweed corretean encima de mí. No hay luz porque los motores están parados. Enciendo una cerilla, descubro una inmensa araña entre mis sábanas y subo a cubierta apenado porque todo ha llegado a su fin. El río sigue su curso hacia Fatoto, Senegal y otros países; nosotros regresamos a la costa. Nos reunimos por última vez, sumidos en una especie de ingenua melancolía. Lechinski dice que esa sensación de «eternidad» que le invade a uno en África se debe a la ausencia de cambios de estación. Lechinski desembarca al rayar el alba, su larga melena ondeando en la brisa matinal. Sujeta una bolsa en la mano y aún no sabe adónde va a ir a parar. La segunda en marchar es Miss Peacecorps. Se nos rompe un poquito el corazón cuando vemos dónde habrá de vivir los dos próximos años: unas cuantas chozas, unos pocos edificios, un trocito de carretera asfaltada, una polvorienta montaña de cacahuetes rodeada por una valla, un lugar arenoso y abierto junto al río. Hay gente esperando a los daneses y a los suecos, los ingleses permanecen a bordo, pero a mí no me ha venido a esperar nadie. Ningún Peugeot a la vista. Entro en el poblado. El calor empieza aquí mucho más temprano que en Banjul. Un mercado, el St. Josephschool, la comisaría de policía, una delegación de la Transport Union. El jefe es un hombre negro, alto como una torre. *Ah! You Mistah Bu! Daddy Soul, he telephone dis morning. Car come to take you, he break down, I can give you pick-up.*

Un pick-up es una camioneta descubierta, un verdadero infierno en estas carreteras, aunque, claro está, mejor que nada. Al conductor le pongo como condición que tiene que detenerse cuando yo quiera y le explico que he pagado un extra para ello. En menos de una hora estoy deshidratado y rojo del polvo. El ayudante del conductor va sentado conmigo detrás, en la caja de la camioneta. Tiene seis dedos en cada mano y una amable disposición de ánimo hacia el mundo. Juntos bebemos ginger-ale caliente y soda también caliente con sabor a hierro. Para él es una excursión cómoda, pues el camión va normalmente hasta los topes de gente. Llegados al poblado donde quiero detenerme, el hombre me hace de guía. Con qué rapidez transcurre todo. En un abrir y cerrar de ojos tengo delante de mí al cabecilla del poblado, que sostiene contra el pecho un libro abierto con letras árabes y lo señala con el dedo para indicarme que le eche un vistazo. A continuación damos una vuelta por el poblado, seguidos por todos los vecinos, que consideran mi presencia un incidente jocoso, y con razón, pues ¿qué hago yo en este lugar?

Unas muchachas extraen agua de la infinita profundidad del pozo, veo un árbol con

buitres y otro con cigüeñas, en el horizonte arden matorrales cuyo humo negro viene hacia nosotros. Tomándome suavemente del brazo, el cabecilla del poblado me enseña las chozas, frescas y limpias. Se me ocurre que la vida en un poblado como éste ha sido eternamente igual: el rico con su ganado; las castas –para nosotros invisibles– de cantantes, luchadores, herreros; negociaciones a la sombra de los árboles; las labores del campo, la caza; reunirse para contar historias... Jamás ningún gobierno francés o inglés ha sido capaz de introducir el más mínimo cambio en este mundo, y yo lo dejo atrás tal como lo he encontrado, inmutable y único.

Tan sólo ha variado mi persona: mi percepción ha aumentado la distancia, en lugar de disminuirla. Ellos no pueden ver mi casa, yo sí puedo ver la suya. De regreso a la carretera, mi amigo de los seis dedos va cogiendo plantas y ramitas para mí, me las deja oler y les pone nombres. Y yo no dejo de mirar hacia atrás a la gente que sigue ahí de pie y que me enfrenta a mi propio destino: un ser que nunca será africano, que nunca llegará a saber qué es sentarse de noche bajo los árboles y contarse lentas historias, que nunca vivirá en familia hasta la desaparición de todos y de todo.

Pero ¿qué quiero yo en realidad? Demasiado, como siempre, y eso no es bueno. Y es que vivir una sola vez es una terrible prisión. El teatro es al parecer el único espacio en el que los hombres podemos evadir la prisión.

Mi última parada es Mansa Konko. Nos han dicho que allí vive un médico de leproso holandés, a quien nos costará mucho encontrar. Un par de edificios bajos en un jardín pelado. Dos médicos rubios, de repente muy blancos, y un niño holandés. En la habitación más fresca de la casa están a 38 grados. Comemos sándwiches holandeses con queso. Es una comida pesada, dicen mis anfitriones, pero a mí me sienta de maravilla. Hubiera deseado seguir hablando con ellos un rato más. Contrastar mi ignorancia de visitante casual con la experiencia y capacidad de aguante de personas que llevan aquí años y que saben más que nadie cómo es la vida en este lugar, pero el conductor del pick-up no parece dispuesto a permitir que continúe la tertulia e inicia un concierto de bocinazos.

Consigo una entrevista con el vicepresidente el último día de mi estancia en el país. Aparte de esto, dedico mi tiempo a buscar señales del pasado, una de las cuales cuelga de la pared de la iglesia anglicana. «Sacred to the memory of Providence Doyery who departed this life (como si la vida fuera un objeto, ¿y si así fuera?)» Nov. 24, 1863, aged 47 y. He was a native of EBOE, a country in Guinea on the West Coast of Africa, was sold, captured and brought (en ese orden) to the Gambia in 1829 where he lived and died and was beloved by all who knew him.

*Weep not! The land to which I go  
is beautiful and bright.  
There shall no tears of sorrow flow  
and there shall be no night.  
Rejoice! We yet shall meet again*

*where none may say «farewell»  
and in the home of deathless love  
together we shall dwell.*

Es un día de muerte y maldición. Salgo de la fría y lóbrega iglesia, enfilo la calle bañada de luz y me encuentro con Daddy Soul yendo hacia el funeral de su tío, el orfebre. Una multitud de lo más variopinta se dirige a pie al cementerio situado junto al mar, pero yo busco otros muertos: un par de sepulcros de cemento en un jardincillo pelado, rastrillado meticulosamente por un hombre muy anciano que insiste en llamarme *massa*. La acacia deja caer sus hojas y él las amontona con el rastrillo, al igual que hizo otro jardinero con H. Best y George Piercez después de que en 1944 su avión se estrellara en este mismo lugar. «Thou shalt know hereafter», anuncia de un modo amenazador el sepulcro de estos dos hombres, y las hojas de la acacia siguen cayendo sobre «Lt. Col. RVM Garry» y «Wing Commander ROM Graham DFC» y, desde hace mucho más tiempo, sobre Margaret, «the beloved wife of Richard Pine Esq., formerly the Queen's Advocate for these settlements, who departed this life on the last day of the year one thousand eight hundred and forty two in the 27 th year of her age». ¡Telarañas, redes y mallas, todo ese polvo y escombros que dejan atrás los imperios cuando hacen el equipaje! Cajas de piedra con seres humanos en su interior e inscripciones por fuera, inscripciones polinizadas por el coral rojo de la *Russelia juncea*, sombreadas por las encarnadas hojas en punta de la euforbia, y, al final de todos los sueños, el hombre que rastrilla.

Entretanto ha llegado mi hora. He alcanzado esa curiosa mezcla de plenitud y pesadumbre en la que no le quedan a uno más que dos opciones: partir de inmediato o quedarse un año. Todo lo que se haga entre esos dos extremos no conduce a nada. Estoy sobrevolando el río, poderoso y ancho incluso desde el cielo, del que partí hace un par de días. Una hora después estoy en Dakar tomándome un Pernod entre gente con zapatos, y empieza a invadirme la nostalgia por lo que era caliente y lento y tranquilo, y que nunca podré olvidar.

## 2

El vicepresidente, Hassan Musa Camara, Minister for Local Govt., Lands and Mines, se parte de risa cuando se entera de mis tribulaciones para llegar hasta el presidente, de modo que le llama por teléfono en mi presencia. Se dirige a él con un apodo cariñoso, Eichi, cuyo significado no comprenderé hasta más tarde: es la pronunciación inglesa de las iniciales de His Excellency. Eichi también se parte de risa al otro lado de la línea, pero al día siguiente tiene que viajar a Moscú y yo vuelo esa misma tarde a Dakar, así que no hay nada que hacer. Los ruidos de la calle y su calor se me antojan de repente muy lejanos. Estamos sumergidos en los fríos lagos del poder, el aire acondicionado zumba, y

el vicepresidente –un gobernante al parecer enérgico– me hace una exposición acerca de los avatares que debe sufrir un país pequeño en el gran mundo. *We are a country which was given no chance to survive economically as an independent nation*, dice, si bien se muestra muy satisfecho con su primera balanza de pagos positiva, aun sabiendo que ésta se basa en un único producto precario: los cacahuetes. Eso es peligrosísimo. Si bajan los precios internacionales, Gambia se hunde con ellos en la miseria. Por otra parte, se han cometido muchos errores. No es que se haya derrochado en camas de oro, palacios de lujo, estadios deportivos o una representación diplomática desmedida. No, todo lo contrario. Gambia es un Estado práctico, con sentido común, que dispone de muy pocos diplomáticos en el extranjero, y que mantiene la calma en el interior del país. Según se dice ahora, el error ha sido conceder un excesivo protagonismo a la ciudad y su periferia, en lugar de prestarle atención al campo y, con ello, a la provisión de alimentos. Uno de los grandes proyectos actuales es enseñar a los gambianos el arte de la pesca, tanto en la costa como en el río (donde ahora faenan los japoneses). Pero sucede que los gambianos no son pescadores y se niegan a renunciar a su rebaño. El rebaño determina la riqueza y el prestigio de una familia y, por lo tanto, no está ahí para ser sacrificado. Este tipo de actitudes, determinadas por la propia historia del país, obligan a una importación excesiva de artículos de primera necesidad, como el pescado, la carne y los productos agrarios. La industria hotelera sueca –en realidad incipiente– reintegra mucho dinero al frío norte debido a la posición de monopolio que ocupan los touroperadores escandinavos, que en el fondo son también un monocultivo. Por otra parte, existe el temor de que esas señoras y señores emancipados, libidinosos y cargados de dinero corrompan el carácter «africano» de los jóvenes. Camara me dice que le sabe mal que la oposición se haya reducido al mínimo. El oportunismo político tiene mucho que ver con esto: la gente con talento se hace tráfuga cuando comprende que no va a pintar nada en los primeros años, lo mismo que muchos (incluido el presidente) cambian de nombre y hasta de religión cuando les conviene. A los cristianos se les deja en paz. Desempeñan cargos en la función pública, eso sí, pero para dedicarse a la política conviene ser musulmán y tener un nombre africano.

Le pregunto a Camara por el libro *Enter the Gambia, birth of an improbable nation* del escritor americano Berkeley Rice. Se trata de un libro prohibido en Gambia porque deja bastante malparados a los notables del país amén de burlarse de las elecciones rurales y de los debates parlamentarios. El vicepresidente se encoge de hombros, y cuando más adelante –ya en Holanda– consulto el libro que me presta la biblioteca del Museo del Trópico, comprendo por qué. Es fácil ridiculizar ciertos aspectos de ese país, por su primitivismo y todo lo demás, pero es ésta una forma arrogante y algo maliciosa de ver las cosas, propia de un niño rico y mimado.

Le pregunto qué organizaciones de ayuda internacionales actúan en Gambia y me menciona toda una lista, desde el Fondo de las Naciones Unidas para el Desarrollo (cuyo personal vive en un aislamiento espléndido, casi colonial, entre exuberantes jardines artificiales en las proximidades del Alto Comisariado británico) hasta la Agencia para el Desarrollo. *Todos nos echan una mano*, afirma el vicepresidente. Más adelante me pongo

a ojear unos cuantos papeles del UNDP <sup>4</sup>. Los temas son variados, desde «hotelstaff training, labour statistics y manpower planning, study basic environment, sewerage and drainage» hasta «exploitation of kaolin deposits». Llegan expertos, se conceden becas, y así prosiguen unos y otros su intrépida lucha al margen del gran mundo, sin ejército, sin dictadura, y sin excesivas pasiones. Éstas han sido reservadas para mí esta última tarde. Tengo que devolver la bicicleta de alquiler, con la que me he desplazado durante unos días. En la carretera principal que bordea el mar, justo a la altura del polvoriento depósito de cacahuetes, veo a lo lejos un pequeño revuelo. Un policía agita los brazos y yo me dirijo despacio hacia la cuneta para evitar unos baches. ¡Demasiado despacio! ¡Lástima! Un gran Mercedes negro, en el que no puede ir más que el mismísimo Eichi, atraviesa a toda velocidad el polvo de cacahuetes, y un minuto después estoy arrestado. El policía en pantalones cortos está furioso conmigo. Sí, es cierto que me bajé de la bicicleta al pasar «the President of this Country», pero NO CON LA DEBIDA PRONTITUD. 40 grados. Con la bici de la mano sigo al agente avanzando despacio por la arena. Una conmovedora escena holandesa que divierte sobremanera a quienes la contemplan. Después de soportar una larga espera, muchos gritos y una desagradable confrontación con los retratos de otros asesinos, quedo en libertad tras un atestado y una seria advertencia. La armonía universal ha sido restaurada: esta vez no sólo he sido yo quien ha escrito sobre ellos, sino ellos sobre mí. Dos días después veo en el calurosísimo aeropuerto de Dakar unos agentes muy distintos: unos pilotos rusos con los uniformes tachonados de medallas. Esta vez no vienen a buscarme a mí, sino a Eichi, quien está a punto de partir hacia Moscú en el pequeño avión con turbopropulsor enviado por Brezhnev.



Posteriormente busqué alguna noticia sobre su viaje, pero fue en vano. La prensa internacional en Moscú ignoró su visita, tal vez por lo difícil que resulta explicar dónde está Gambia. O bien, como dijo un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores de La Haya: *¿Gambia? ¿Gambia? ¿No querrá usted decir Zambia?*

[1975]



## Malí, tierra lunar



Es la noche del 19 de diciembre de 1968. Por el Níger todavía negro navega el *Général Soumaré*, un antiguo crucero alemán que en Malí se emplea, en época de lluvias, como barco de pasajeros para cubrir el trayecto entre la capital, Bamako, y las ciudades de Mopti, Tombuctú, Koulikoro y Gao, una travesía de semanas. Es de noche, pero los pasajeros aún no se han ido a dormir. Unos se han reunido en la borda, otros están sentados delante de las ventanillas de sus camarotes escuchando sus transistores o, mejor dicho, el silencio de sus transistores. Mientras en el resto del mundo la vida sigue su curso, los presidentes se dan la vuelta en la cama y en Europa se imprime la primera prensa matutina, en Malí –un país que muy pocos saben ubicar, una pobrísima república africana, calurosa y chamuscada, más extensa que Francia y Alemania juntas pero en gran parte desértica– tiene lugar una lenta y silenciosa revuelta. Sepan ustedes que los hombres taciturnos a bordo del *Général Soumaré* no son pasajeros normales, y los que esperan ansiosos en el muelle de Koulikoro no son familiares o amigos que han acudido a recibirlos. Es ésta la última noche de la presidencia de Modibo Keita, y él lo sabe, y lo sabe su séquito a bordo, y lo saben los militares que lo esperan en el muelle, y también lo saben los catorce oficiales que han esperado su oportunidad arriesgando sus vidas durante mucho tiempo. En breve, con esa velocidad como de murciélago propia del trópico, la noche se retirará y se hará visible el mundo, un mundo de aspecto árido, escasamente compasivo con los hombres y los animales, turbio como agua de río: una serpiente de color terroso repantigada en la desierta sabana. Pero, antes de despuntar el día, algo estremece los transistores. Lo oyen los hombres del barco, lo oyen los del muelle y todos los que están en tierra ya despiertos. El tañido de un instrumento de cuerda, una melodía que todo el mundo reconoce, y, a continuación, una voz también conocida por todo el mundo, la de Banzoumana, el cantante ciego, una voz durante años prohibida por cantar que algún día todos los poderosos serían vencidos. Sobre su instrumento circulan en Malí historias fantásticas. Al parecer es capaz de volar y, cuando Banzoumana duerme, suena solo. Una señal acaba de ser transmitida, y todo el mundo lo

sabe.

Ha concluido una etapa histórica. Al igual que Guinea, Malí siguió en su día su propio camino. Se apartó de la comunidad francesa, y con ello del franco centroafricano dependiente de Francia, distanciándose así de sus tradicionales socios. Optó por un socialismo radical y doctrinario, y se alejó de sus vecinos. Pero Modibo Keita ha llegado ahora al final de su travesía. Fue uno de los adorados padres de la Iglesia de la independencia africana, presidente de la imposible federación Senegal-Malí-Guinea, que ya en 1962 falleció de anemia. Empezó como simple profesor y, pasando a toda velocidad por la cárcel, la vicepresidencia de la asamblea nacional francesa y un secretariado de Estado, acabó ocupando el puesto más alto de uno de los países más pobres del mundo. La guardia de honor en el muelle hace el saludo presidencial. El pueblo lo vitorea. El presidente devuelve el saludo y se dirige a su automóvil. Saludo a la bandera, apretones de manos. Diez kilómetros más allá, el largo y negro coche con la banderita roja-verde-amarilla se cruza con un tanque ruso. Un pequeño teniente con uniforme de paracaidista se acerca al presidente, lo toma del brazo y lo lleva hacia un camión. Esa tarde, el teniente Moussa Traoré anunciará por los 30.000 aparatos de radio del país la caída del régimen. Malí, con apenas diez años de independencia, 4 millones de habitantes, 4.500 automóviles de turismo, un ingreso anual bruto de unos 138 euros por habitante, 7 dentistas, 108 médicos y 4.640 teléfonos, tiene en ese momento una deuda pendiente de 120.000 millones de francos malineses, de los cuales debe 32 a Rusia, 26 a Francia, 23 a la China comunista, 7 a Egipto, 6 a Ghana. Un franco malinés es el 0,01 % de un franco francés. El país se balancea al borde de la quiebra, el comercio es prácticamente nulo, los puestos del gran mercado están vacíos. Keita es empujado cada vez más a la izquierda por la fracción china de su partido –la Union Soudanaise–, pero, debido a la escasez de materias primas y de conocimientos técnicos, una excesiva y asfixiante burocracia y la fuga de prácticamente toda inversión extranjera, se ve obligado a pedir nuevos créditos y a tomar medidas cada vez más impopulares, lo que le sume en un trágico círculo de pérdida de poder. De modo que en 1967 el presidente decide, en contra de la opinión de los extremistas de la fracción china, volver a buscar una aproximación económica a Francia. Pero ni siquiera la devaluación del 50 % que ello implica puede ya salvar el barco. Tocado por el ofuscamiento dogmático, el fraude y una profunda insatisfacción de la población tanto rural como urbana (ya no queda mijo, ni té, ni combustible, ni cemento, ni dinero), el barco se hunde más y más. El parlamento se disolvió hace ya tiempo, los líderes de la oposición fueron asesinados bajo circunstancias jamás esclarecidas, y ya ni siquiera China aporta dinero para mantener el Estado a flote. El ejército, de 3.000 hombres, posee armas rusas, tanques rusos, instructores rusos. Los oficiales han cursado una formación francesa irónicamente completada con la experiencia en el campo de batalla de Argelia e Indochina. Los oficiales de más alta graduación mantienen una fidelidad ejemplar, no tanto al presidente como a su propia posición. La generación anterior es más peligrosa, pero Keita no puede prescindir de un buen ejército profesional, porque de vez en cuando tiene problemas con los tuareg del norte y del este,

un pueblo exaltado, independentista y agresivo. Dueños como son de sus territorios saharianos, los tuareg tienen poco respeto por los negros de ese Estado de invisibles fronteras, a sus ojos prácticamente inexistente, de modo que de cuando en cuando el ejército tiene que ponerlos en su sitio. Con todo, será este mismo ejército el que derribe al presidente, y en ello desempeñarán un importante papel los jóvenes tenientes. Los militares de la nueva generación –debido a su procedencia popular y su servicio en diversas guarniciones por todo ese extenso e infinito país– se han percatado de la insatisfacción, el malestar y la pasividad de la población, del vacío de los estómagos combinado con las palabras huecas. Han empezado a jugar lentamente al póquer con diferentes posibilidades, una muerte segura ante un posible fracaso y su propia impaciencia nacionalista. No se oponen al socialismo, como se demostrará más adelante, pero quieren rescatar a su país de las manos de esa camarilla incapaz ya de regir su destino. Ahora, dos años después, Modibo Keita se halla preso en algún lugar del Sahara, y Malí es gobernada por esos mismos tenientes golpistas. Uno de ellos murió justo después del golpe y quedaron trece, lo que convierte a Malí en el único país del mundo gobernado por trece tenientes. Sus fotos están por todas partes: trece rostros negros de treintañero, muy serios, trece hombres, con uniforme de paracaidista con manchas verdes, empeñados en sacar del fango a uno de los países más perdidos de África.

Dakar no está muy lejos, pero si te toca un vuelo azaroso –el avión hasta los topes, escalas en París, Burdeos, Las Palmas– llegas como un saco de alubias, extenuado, a pesar de haber escuchado por los auriculares, a una altura de 10 kilómetros, una composición del percusionista Peter Schat<sup>5</sup>. Ya conocía el aeropuerto de Dakar de otros tiempos. Suele hacer un calor asfixiante, pero esta vez corría una fresca brisa marina. La llegada, caótica. Para enfrentarse a los aeropuertos africanos hay que armarse de una serenidad vaticana. Ponerse nervioso no tiene sentido alguno, pues, una vez superadas todas las tribulaciones, consigues salir afuera y la gente parece quererte igual.

Todavía aturdido por el vuelo, te encuentras en un espacio alto y amarillo rodeado por una multitud ansiosa por cambiar dinero, cargar maletas, buscar pensiones, mientras un cordón de seguridad examina minuciosamente los pasaportes y formula preguntas. A continuación se abren las puertas de África. Bordeando el mar me dirijo en coche al hotel, situado a unos 15 kilómetros de Dakar. Es un hotel famoso en África, y, como todos los hoteles de Dakar, siempre está completo. Esta vez también. Oiga, pero si reservé la habitación hace un mes. No, no. Sí, mire, tengo el comprobante. Sí, comprobante. ¡Ja, ja, ja! Pero su nombre no aparece en el registro. Unas largas manos negras, muy bellas, recorren las páginas del registro, pero no me encuentran. Llamada telefónica, conversación, luego unos gritos, fuera susurran las palmeras y detrás de ellas el mar, y yo deseando acostarme. Lo conseguiré una hora después: en una auténtica cabaña, a 20 metros del Atlántico que brama como un reactor al despegar. Un sirviente con pantalón bombacho blanquísimo y babuchas a juego me precede a paso atlético por el oscuro camino. El aire es salado y húmedo, en algún lugar canta una rana, el olor a especias fuertes lo impregna todo, y yo me siento en África. Hay tantas estrellas que las

lucecitas de los barcos de pescadores que se divisan en el mar parecen también estrellas flotando en el agua. Siento entonces un arrebató de soberbia cósmica, una conexión metafísica con el exuberante firmamento, mitigada por tópicos como «esta mañana aún en Amsterdam y ahora ya...». Así que decido irme a dormir, un supermercado Stanley del siglo XX en una cabaña con ducha.

Al día siguiente, la mañana me depara antiguas imágenes. Los aparatos de aspersión mantienen el césped perlado y mullido para que gocen de él los pies blancos; me cruzo con una bellísima negra que lleva a un niño blanco llorón sujeto a la cadera; un hombre negro muy alto pasea a un perro llamativamente blanco... El mismo orden de siempre impera en el mundo. Cuando más tarde describo estas imágenes a alguien cuyos conceptos sociales se fundamentan más en los números que en los sentimientos, el tipo se encoge de hombros y me contesta: *¿Y qué quieres? En todos los hoteles del mundo hay empleados. En España son blancos, en África, negros.*

Esta mañana intento encontrar a un profesor en el IFAN (Institut Fondamental de l'Afrique noire) para que me instruya sobre Malí, pero no doy con él. *Tal vez por la tarde.*

La ciudad es muy bulliciosa. Voces y bocinazos en la alegre luz de la mañana, un mercado lleno de peces y colores, y luego, de repente, un nuevo amigo. Impecablemente vestido al estilo europeo, viene hacia mí radiante de alegría y me saluda: *¡Haa! ¡Bernard!* Me estrecha la mano, me da una palmada en el hombro, y se muestra incrédulo cuando le digo que no soy Bernard. *¿No? Pero ¿no te alojas en el Hotel N'Gor?* Sí, eso sí. *Entonces hablamos ayer, ¿no?* No. Pero él ya me ha tomado del brazo y me pasea por el mercado. Sí, el amigo es estudiante. Senghor es un gran hombre, naturalmente, pero como venga Pompidou, los estudiantes se declararán en huelga. El presidente se muestra demasiado amigo de los franceses. Mientras charlamos, el estudiante ahuyenta con ademanes imperativos a todos los muchachos que intentan venderme algo, me señala un instrumento musical supuestamente antiguo con unas láminas para los diferentes tonos –una especie de gamelán–, y me comenta que los europeos deben el piano a este instrumento. A todo esto, sigue llamándome alegremente Bernard, su paso danzarín y su mirada risueña en consonancia con el feliz acontecimiento. Y entonces llegamos a un bar donde mi amigo opina que debo tomarme un café, al tiempo que calcula que nuestro paseo ha costado hasta este momento unos 3 euros. El espíritu comerciante colonial holandés logrará rebajar la cantidad a 2 francos CFA, y el amigo se larga, rencoroso, a la caza de otro Bernard.

Me doy otra vuelta y compro unos poemas del recién fallecido David Diop («Escuchad las voces de cien pueblos que rompen sus cadenas,/ escuchad mi sangre tantos años desterrada,/ sangre que los salvajes han dejado secar en un ataúd de palabras,/ reencontrad el fuego que atraviesa la niebla,/ escuchad, camaradas de esta pasión de siglos, la llamada negra de África que llega hasta las Américas,/ es la señal del amanecer, la señal entre hermanos que alimentará los sueños de la humanidad»).

Y de Léopold S. Senghor («Tótem,/ tengo que ocultarlo en mis venas más profundas,/ el antepasado con su piel de tormenta perforada por rayos y truenos,/ mi guardián de

animales, debo ocultarlo para no romper el muro del escándalo,/ él es mi sangre fiel que exige fidelidad y protege mi orgullo desnudo/ del desprecio de las razas más afortunadas»).

Media hora después me encuentro en presencia de otros tótem; tótem Gitane, tótem Rafael Quinquina, tótem Pernod, tótem cuerpos blancos en bikini, tótem cangrejo y tótem ostra, todos juntos en un enclave con forma de terraza, construido a gran altura sobre unos palos en el Atlántico. A lo lejos, en una colina paradisíaca, tremola el palacio del presidente-poeta, el sol cayendo a plomo sobre él; en la playa yacen unos cuerpos negros, yo parto una gamba y leo en *Le Soleil* que un hombre joven se ha arrojado de un cuarto piso en la Avenue Lamine Guèye, que el ejército chino está consolidando su poder, que Power Mike, el campeón mundial de lucha libre, competirá en el estadio Demba Diop, y que el embajador de Guinea debe abandonar Dakar de inmediato.

Los que todavía están en la calle caminan más despacio. Por la tarde me acerco de nuevo al IFAN, donde esta vez sí encuentro a mi hombre. Por primera vez me enfrento a esa extraña desconfianza, como de telaraña, con la que tan a menudo me toparé en Malí. ¿Instrucciones? ¿Informes? ¿Quién le envía a usted? Finalmente, cuando se demuestra que he leído un artículo suyo en *Présence Africaine* y que un secretario de Chaban-Delmas<sup>6</sup> me ha dado su nombre, el profesor y yo nos dirigimos juntos en coche a una terraza. Observo ahora en mi cuaderno de notas que en aquel momento debió de pasar por allí una mujer con un gran pañuelo plateado en la cabeza, que un buitre oscuro planeaba sobre la playa –un ave rapaz, como nuestras gaviotas– y que una tela de un morado intenso colgaba de un par de rocas negras. Pero en realidad no recuerdo más que el final de la conversación, cuando el hombre se volvió hacia mí junto a su coche y me pidió *soyez discret* y luego, ya dentro del coche, por la ventanilla: *y no mencione mi nombre*. Pero, hombre, Holanda está muy lejos, y, además ¿quién va a leer una cosa así? *Sí, pero mejor que no*. Me ha facilitado una lista de nombres –ministros, tenientes, escritores– pero me pronostica que nadie querrá hablar. *Mi país vive un periodo de transición. Todo el mundo se fija en todo el mundo. Y todos se conocen entre sí. En los países como el nuestro la élite es escasa. Todo el mundo pertenece a la misma familia*. Me comenta además que, proporcionalmente, el intelectual africano goza de más prestigio que el europeo. *El pueblo africano siente una gran confianza y admiración por la educación de la que no ha podido gozar. Mi interlocutor es musulmán, tal vez del mismo modo en que usted es católico, y me cuenta que, pese a siglos de islam, el animismo se ha mantenido muy poderoso justo por debajo de la superficie. No olvide usted que, contrariamente al islam, el animismo ignora el pecado, un concepto que nos es ajeno. Aunque admira a Senghor, éste es para él un «negro blanco» y tacha el libro de su compatriota Ouologuem, *El derecho a la violencia* –una novela traducida en el mundo entero, una violenta mitificación personal de la situación en Malí–, de «libro europeo». Todo lo que en esta novela encuentre de erotismo es mentira. Eso es erotismo europeo. Para el hombre africano la mujer no existe, y eso les rompe a ustedes todos los esquemas acerca de lo erótico, ¿no es así?*

Otra noche cósmica en mi cabaña, y luego salgo hacia el aeropuerto, donde se ha

desatado el infierno. Ante el mostrador de Air Afrique, los gladiadores se han lanzado a la batalla. Todos quieren ser los primeros en facturar, lo que hace que todo vaya mucho más despacio. Es un verdadero pandemónium: la gente empuja, se golpea, los senegaleses pudientes ordenan a sus mozos gritar y liarse a golpes contra los demás. Se aproxima la hora de embarque y el pobre hombre blanco holandés no ha avanzado un paso. Siento un amago de pánico, porque no hay más que un vuelo semanal a Bamako. De modo que libero mis instintos y me pongo a empujar como todos los demás. Media hora después me he elevado por encima de la sudorosa, vociferante y belicosa multitud, he mantenido mi integridad física y estoy en posesión de un billete de avión. Un americano negro metido en carnes me aborda con el ruego: *¿Puede usted explicarle a ese hombre que no le he pedido que facturara mi maleta? Ese tipo lo que quiere es dinero y yo ya no tengo ni un puñetero céntimo.* El mozo, enfundado en su largo boubou marrón y sudando todavía del esfuerzo que le ha costado quitarme a mí de en medio, es la genuina imagen del Suplicante. De vez en cuando susurra: *dólar, dólar.* Está claro que esta escena poco tiene que ver con la imagen que han querido presentar los poetas de la negritud. Es un hecho que muchos africanos detestan abiertamente a los negros americanos, lo cual es un caso de perspectiva mutua alterada. El americano –sea negro o no– que pueda permitirse un viaje organizado a África tiene que padecer unas incomodidades para él inimaginables cuando se aventura fuera de las grandes ciudades. El turista afroamericano va dando bandazos entre dos extremos: por un lado, su sueño de ascendencia y, por otro, su sentimiento de superioridad burgués, difícil de reprimir, hacia individuos de su propia raza, a sus ojos «primitivos». Por esta razón, transmite a los africanos la imagen de arrogante, sea o no intencionadamente. A estos viajeros les resulta difícil dejarse servir por negros en compañía de blancos y sin dominar el francés, y en cuanto esto se prolonga en exceso se vuelven unos americanos quisquillosos. Yo, por mi parte, cargando con mis propios complejos, me abrocho el cinturón en el último asiento libre del Caravelle y me sorprende a mí mismo preguntándome si el piloto del avión es blanco o negro. ¿Qué es esto? ¿Miedo a volar o un amago de aprensión racista reprimida? En efecto, el piloto es negro, y estrellarse sobre África es mejor que morir asfixiado en un pueblo de las turberas. Tras un vuelo de un par de horas sobre un paisaje árido y pedregoso, aterrizamos en Bamako. ¡Eso es harina de otro costal! Mucho calor, en primer lugar. La tierra, seca y polvorienta. Y ese extraño silencio de un aeropuerto en el que no despegan más que un solo avión. Miras atrás y ahí está, ese artefacto en el que acabas de volar, un coloso prehistórico debajo del cual trajinan un par de personas. La mayoría de estos aviones prosiguen el vuelo hacia Ouagadougou, la capital del Alto Volta [Burkina Faso].

Un hombre menudo y rechoncho con una perilla Lumumba ha logrado ya formar parte de mi mundo. Es éste un arte que no todo el mundo domina. Sucede en Sudamérica, en España, en Marruecos, en toda África: alguien que se une a ti, que te adopta. Un personaje de mirada furiosa, que no dice ni una palabra, y que acaba convirtiéndose en un gran amigo. Yo esperaba un control más estricto en este país, al fin y al cabo de régimen totalitario, pero la mirada del teniente Moussa Traoré en el retrato oficial resulta

más melancólica que severa, de modo que toda la ceremonia de rellenar papeles y certificados de salud transcurre en un clima de apacible resignación. Diez minutos después estamos en un viejo Peugeot pintado de verde y gris. Ayer mismo estaba todavía en un país al que también llamaba África, y aquello aún tenía algo de seductor, de luminoso, de agradable. En cambio, esto de aquí es otro cantar. Veo desplegarse ante mí un territorio inmenso, conmovedor, una extensión vasta, maciza, árida y desoladora. Un paisaje del que emana por igual una poderosísima fuerza y una profunda melancolía. Una tierra lunar, pero con vida humana. Sí, es posible –pienso–, y, como todos los paisajes extremos, éste se anida en mi interior para siempre.

Llegados al hotel, el conductor me entrega su tarjeta. Yanussa Sagou, conductor, transportista, Oulofobougou, Rue 106 X 137, Bamako, République du Mali. No hay escapatoria. Caminar se hace difícil. Me dice que regresará por la tarde a las tres. El hotel es alucinante: una cajonera colonial de color sucio en una avenida de árboles altísimos. El vestíbulo es una especie de atrio en el que sucede de todo. Sirvientes en pantalones bombachos de color verde recorren el decorado esbozando una vaga y lenta sonrisa. La recepcionista negra ataviada con el traje nacional es también espectacular, y en las poltronas se sientan ese tipo de individuos que suelen hacer de figurantes en las películas malas cuando un avión de línea realiza un aterrizaje forzoso en algún desierto inaccesible. Los personajes son variopintos: dudosos comerciantes de máscaras, de aspecto mafioso, voluntarios para la ayuda a los países en desarrollo que han salido del *bush* para pasar el día en la ciudad, negros ingeniosos que acaban de enterrar otra nueva capa de máscaras recién fabricadas con un toque de ácido clorhídrico, dejándolas así listas para ser exportadas al año siguiente, un miembro de una misión comercial finlandesa, dos vetustas señoras australianas, y un teniente con uniforme de paracaidista con la camisa remangada y la mirada severa, miembro de la nueva élite. ¡El gran mundo! Mi habitación es gris y tiene el techo alto. En la pared, un cartel publicitario alemán anuncia «Adel verpflichtet» (Nobleza obliga), del techo cuelga una hélice gigantesca y, en la pared exterior, en un hueco hecho de cualquier manera, hay un aparato de aire acondicionado que se pone en marcha con un estampido tan ruidoso que nunca lo uso. Sobre la cama un jergón durísimo y, por lo demás, sólo el recuerdo de las noches calurosas de los colonizadores muertos hace tiempo.

Compro un plano, escapo de la mirada atenta de Yanussa y me dirijo a pie hacia lo que creo que es el mercado bordeando la vía del ferrocarril que viene de Dakar y que ha quedado cortada aquí en Bamako. Paso por delante de la leprosería y de un hombre ceniciento que yace como muerto en el polvo de la carretera. El calor empieza a apretar. Y es entonces cuando sucede. No sabría cómo decirlo de otra manera: estoy en el mercado y me doy de bruces contra el tiempo, contra una economía distinta, un código de conducta distinto, caigo de mi mundo pero no voy a parar al mundo de ellos, sino que me transformo en una especie terrible de *outcast*, un verdadero extraño. Me envuelve una atmósfera de Antiguo Testamento, no sé si me explico. Seguramente me refiero a que me siento transportado a otros tiempos, muy remotos, a un mundo que tendría que haber desaparecido ya, que ha dejado de existir hace tiempo. En ningún otro país había

experimentado una sensación semejante, siempre existieron escapatorias, referencias. Aquí no. Una multitud de mil cabezas extendiéndose a lo largo de kilómetros, moviéndose felizmente sobre sí misma, todo tipo de razas y atuendos, todo el mundo plenamente ocupado en algo, grupos de hombres con amplias capas y turbantes, ovejas que balan, patriarcas, mujeres con niños a la espalda, pescado seco, mijo, carrizo, extrañas piedras, salsas de color de barro, frutas, corazones, intestinos, especias. Siento que todo me da vueltas, literalmente, pero no puedo detenerme, me adentro cada vez más y más en este universo. Nadie intenta perseguirte, como en Dakar, para venderte cosas que no deseas. De no haber alguien sonriéndome de vez en cuando, habría llegado a pensar que era invisible. Ahora entiendo la expresión francesa «un bain de foule», me doy un baño de multitudes, me sumerjo en un modo de vida cuyas postreras sombras desaparecieron de mi mundo hace ya siglos. Antes de irme ya me invade la nostalgia. Nunca en mi vida había visto tanta gente hermosa; los andares de las mujeres recuerdan a las bailarinas balinesas, nadie viste al modo occidental, a mi alrededor resplandecen y ondean vivos colores. Junto a un carretón me tomo un Stork (*la bière adaptée au climat*) y comprendo que debo comprarme un sombrero –mi pobre cabeza blanca no había contado con esto–, pero no puedo conseguir más que uno vietnamita, trenzado con pajitas, acabado en punta y muy pesado, de esos que suelen llevar los chinos en las revistas europeas. Disfrazado de tal guisa, 006 regresa al Grand Hôtel y se toma su pastillita diaria contra la malaria.

Empiezan días de sentido y sin sentido. Se superponen diferentes escenarios. El primero es el del periodista que quiso demasiado, que quiso comprender el complejo entramado de los diferentes grupos de población y sus insalvables diferencias, que compró en París unos cuantos ensayos sobre los fabulosos y míticos imperios que ya existían en Malí durante nuestra Edad Media y de los cuales apenas han quedado recuerdos materiales, aunque sí muchos verbales. Quería comprender muchas cosas, sí, pero fracasa a causa de una excesiva documentación especializada y una escasa visión histórica. Entre los veintitrés (!) diferentes «pueblos» cabe destacar los bambara, los peul, los senufo, los tuareg, los moros, los sarakolé, los songay, los malinké. Todos ellos se dividen a su vez en castas jerárquicas. El origen familiar de cada individuo se conoce por su nombre, y los nombres, todavía en este siglo, revelan si se trata de una familia de luchadores, herreros, esclavos liberados o comerciantes. Al visitante superficial le resulta imposible captar todos estos matices, y, la verdad, no sé qué es peor: ignorar la existencia de todo esto o tener la desagradable sensación de que se le escapa a uno gran parte de lo que ocurre en esa sociedad.

Para los jóvenes intelectuales africanos éste es un difícil caballo de batalla. Por una parte, orgullosos como están de su propia historia –surgida de la diversidad, las luchas internas y las tradiciones seculares–, desean que ésta se mantenga viva y tratan de desmarcarse de la historia de Europa que sienten como una imposición y que les resulta mucho menos real que la suya propia –a lo sumo una lucha de intereses idénticamente cruel y tribal–, una historia que se ven obligados a aprender sólo porque Europa sigue

formando parte del clan de los poderosos. Por otro lado, hay aspectos de su propia historia con los que quieren acabar, en la medida en que aún forman parte de la realidad cotidiana. Pues ¿cómo construir un Estado moderno que a la primera de cambio embarranque en antiguas contradicciones y traumas? Como dice una publicación gubernamental de la República de Malí: «con el objeto de unificar y democratizar los usos y costumbres del país y de adaptar las estructuras sociales a la evolución moderna, el gobierno ha decidido recientemente acabar con las diferencias entre razas y castas en el interior de las fronteras nacionales». Seguro que tan fácil no es el asunto. Mientras paseamos por las calles y el mercado, Yanussa me va indicando, sin fallar nunca, el origen –reciente o lejano– de cada individuo con el que nos cruzamos. Y, tras repasar la guía telefónica en compañía de un escritor local, se confirma que todo son castas y razas. Aunque ello se conciba como algo anecdótico, perteneciente al pasado y sin consecuencias reales, al llegar a su propio nombre Yanussa me explica que éste (Diabété) significa «bardo», con lo que los demás pueden identificar su clase social, que todos los «bardos» tienen la obligación de ayudarse hasta la muerte, aunque eso hoy en día ya no es así, claro está, y sin embargo... El editorial de NTU (*Ntu* es bantú y significa «hombre» o «humanidad») lo expresa con más claridad: «Queremos romper con el método europeo que insiste en clasificar a los africanos en negros, bantúes, nilóticos, hamitas... estas distinciones son absurdas para nosotros porque no se fundamentan en un análisis profundo de la filosofía africana. Es una clasificación imperialista que no nos interesa. Lo que importa es nuestra postura común ante la vida, la cultura, las tradiciones...».

Entretanto, los buscadores de tesoros africanos y europeos prosiguen tranquilamente sus excavaciones. Si acudes al Instituto de África en Leiden y ves la increíble cantidad y variedad de estudios históricos, etnológicos y sociológicos que existen sobre el tema, la cabeza empieza a darte vueltas y más vueltas. En mí esa sensación se transforma en un *knock-out* de admiración cuando pienso que cada uno de esos estudios implica una actividad de años, que cualquier especialización, por mínima que sea, requiere una total identificación del autor con el tema y que eso, a su vez, supone una investigación larguísima y paciente sobre el terreno, a menudo en circunstancias precarias, desgranando significados y cavando en el inmenso tesoro de lengua, filosofía y tradición que es África. Ojeo unos temas cualesquiera de dos números elegidos al azar de *Cahiers d'études Africaines* publicados por Mouton en La Haya: «Psicosis y cambio social en los Tallensi de Ghana del Norte. El Estado norteafricano Tahert y sus relaciones con el Sudán al final de los siglos VIII y IX. Unidad y dualismo del concepto del Mal en los bantúes orientales. El carácter feudal del sistema político de los Mossi. Informe de la misión étnico-lingüística en el Camerún. Estudio psicopatológico de las migraciones en el Senegal». En otras palabras, puedes hartarte de comprar libros y quedarte ciego de leer pero, como seas un lego en la materia como yo, sólo te queda esto que siento ahora entre tanto documento: una sensación idéntica a la que experimenté de niño al caminar por primera vez sobre el hielo de los lagos congelados de Loosdrecht. Un mundo oculto que late bajo tus pies, con plantas, animales y misterios, con tantas cosas imposibles de descifrar y sin embargo poderosamente presentes.

El segundo escenario es mucho más absurdo. Hacer fotos en Malí requiere estar en posesión de una licencia, y más el fotógrafo profesional. Pero nosotros no tenemos licencia. Y trabajar sin ella entraña sus riesgos, uno puede acabar arrestado. Además, según los iniciados, sacar de la cárcel al infractor es un trabajo de chinos. De modo que, armados con brillantes instrucciones, iniciamos nuestra ronda por los despachos. En vano. Durante días nos iremos dando de bruces contra un muro de burocracia cortés y normativas absurdas, perdiéndonos en un laberinto de salas de espera donde nos asfixiamos de calor. La normativa –según nos aclaran unos señores peripuestos cada vez diferentes detrás de unos despachos cada vez diferentes– es herencia del régimen anterior, cuando se carecía de cualquier forma de libertad. Pero ¿ese régimen no desapareció hace ya dos años? Sí, pero la normativa sigue vigente. Todo el mundo está de acuerdo en que se trata de una situación absurda, en abierta contradicción con la voluntad expresa del gobierno de fomentar el turismo. Ascendemos cada vez más en la maquinaria burocrática: fumamos unos Dunhill con unos negros pequeños vestidos al modo occidental que hablan en alemán; fumamos unos Sobranie con unos negros grandes en boubous bordados que hablan en francés... Hacemos muchos amigos pero no conseguimos la licencia. Esa noche, mientras nos tomamos un whisky en el polvoriento bar del Grand Hôtel, recibimos una explicación: nadie se atreve a concedernos la licencia por temor al qué dirán, todo el mundo está alerta, todo el mundo quiere tener las espaldas cubiertas, *esta burocracia es nuestra maldición, impide cualquier tipo de actividad o progreso*. Y, a continuación, nos cuentan historias sobre las cosas feas que escribió un periodista italiano y los comentarios escasamente halagadores de los periodistas del Mercado Común Europeo.

En fin, ya no recuerdo muy bien cómo fue la cosa, pero un día cierto personaje regresó de un país extranjero y estampó su firma de oro, lo cual da paso al tercer escenario, el de Yanussa. A él le parece una bobada todo ese lío que se ha montado con el asunto de la licencia. De haberlo dejado en sus manos, el problema se habría resuelto hace ya tiempo. Nuestra idea de visitar un parque nacional alejado de la ciudad tampoco la ve nada clara. Suele acompañar ahí a los *toubab* (blancos), quienes se pasan el día esperando ver un elefante y, si no lo ven, porque no abundan, se ponen furiosos. *Mejor visitar el zoo, ¿no?* De modo que vamos al zoo, que está situado entre la ciudad y la colina presidencial. De camino, pasadas las últimas viejas casas coloniales, vemos carteles de vivos colores anunciando vuelos a Budapest, Berlín oriental y Moscú, un pequeño recordatorio para el presidente, que pasa por aquí a diario en un veloz DS Tiburón con la clásica escolta de motoristas de mirada seria. Como la ciudad es pequeña, le he visto pasar un par de veces, un hombre alto y atlético de ojos tristes. Los únicos clientes del zoo –que consiste en unas cuantas jaulas desvencijadas con unos pocos animales– somos nosotros y tres tuareg. A Yanussa no le caen demasiado bien los tuareg, y lo cierto es que imponen un poco, altos y ágiles como son, con esas amarillentas cabezas de águila debajo de los turbantes. Suelen acudir a la ciudad a vender productos de piel repujada y a comprar armas, pero hoy se han tomado la tarde libre para venir a jorobar a los animales. *Racistas, eso es lo que son*, dice Yanussa, *ils sont très, très*

*méchants y no fallan nunca.* Y cargando el peso del calor sobre nuestras espaldas como si de una mochila se tratara, continuamos el paseo. Pasamos junto a *Mali* el hipopótamo, *Sulawula* el mono rojo, *Srugu* la hiena manchada y *Bakorongourou* el gato salvaje. Tienen un aire melancólico estos animales, están en casa y sin embargo carecen de libertad. Reposan, fieros a la vez que abatidos, contra los barrotes oxidados, sentados sobre la hierba alta y seca que penetra en el interior de las jaulas. Quiero saber los nombres de los árboles, los señalo con el dedo y pregunto. *Un árbol francés*, me contesta Yanussa. *¿Y ése de ahí? También un árbol francés. Está claro que como naturalistas no llegaremos muy lejos.* Pasado un rato regresamos a la ciudad con la idea de visitar la pequeña mezquita del barrio de Yanussa, donde hacia las siete comienza la oración. Yanussa aparca el coche enfrente del edificio, y desde allí vemos cómo cada dos minutos reaparece una furgoneta de la que salen unos hombres mayores. La conduce el propietario del cine, un hombre piadoso, que a diario recoge voluntariamente a los más ancianos para traerlos hasta aquí. Algunos de ellos entran en la mezquita, otros, envueltos en sus amplias ropas, se sientan fuera en la arena y se saludan unos a otros con gestos parsimoniosos. Luego, de repente, aparece un hombre alto y delgado en una chilaba azul y se pone a cantar. La luz ha adquirido un tono ceniciento, la voz del orador taladra la noche, los ancianos avanzan por la arena moviéndose como cangrejos. Espiando por la puerta de entrada los veo rezar y postrarse. Le pregunto a Yanussa si no les incomoda nuestra presencia, y él me contesta: *Un verdadero musulmán no alza la vista durante la oración ni aunque se le ponga una serpiente delante. Chúpate ésa. ¿Y por qué se han quedado algunos fuera rezando en la arena? Porque no llevan la ropa apropiada.*

Cuando nos disponemos a marchar, Yanussa me dice de repente: *Jruschov les ha dicho en Moscú a nuestros estudiantes que el cielo no existe.* Le pregunto qué opinión le merece a él esto, pero, como única respuesta, se encoge de hombros y, de modo críptico, me dice: *Nous, les noirs, on se trompe trop vite.* Le pregunto qué piensa de los chinos, porque hay muchos. Como respuesta nos conduce hasta la puerta cerrada, barnizada con colores vivos, de la embajada, una puerta de decorado de ópera. No se ve a nadie. *Los chinos nos parecen feísimos*, dice Yanussa. *En el colegio, llamar chino a un niño es un insulto. Pero hay que reconocer que trabajan mucho. En Mopti construyeron un hotel en seis semanas. No se les ve el pelo a partir de las seis de la tarde. Andan siempre juntos. Los respetamos. Hacen mucho por nosotros. Los padres también. Los rusos no. Los rusos son unos explotadores. Nos desprecian.*

*¿Y los otros? Les autres? C'est bon. C'est le tourisme, c'est le commerce. Avant, sous Modibo, ce n'était pas bon. Pas de commerce. Pas de touristes, pas de travail.* Y, señalando con su dedo africano estirado justo entre mis ojos: *Et pas de travail. Pas d'argent. Y sin dinero no hay mujeres, mejor dicho, sin dinero no hay boda. Porque acostarse con una mujer sí es posible, pero no puedes llevártela de la casa paterna o ir a vivir a su casa si antes no has pagado una dote a la inversa. El gobierno ha establecido la cantidad en 100.000 francos = 2. 800 euros aproximadamente, pero – continúa Yanussa sombrío– puede alcanzar los 300.000.* Le pregunto si está casado. No,

está separado. Y, para colmo, cuando su mujer se largó de casa, tuvo que darle dinero. Yassima vive ahora con su familia. No tiene dinero para una nueva esposa. *Podría conseguir una muchacha campesina, pero ya sabes cómo va eso, te la llevas a la ciudad, la educas, y el día menos pensado aparece un tipo grande y bien plantado, y... si te he visto no me acuerdo.* En su tono percibo que habrá vivido esta experiencia en carne propia. Le pregunto si está solo ahora. No, tiene una amiga. Y si se queda embarazada, ¿qué hacen? ¿O acaso toma ella la píldora? *No, esas cosas no están hechas para nosotros.* ¿Por qué no? *Porque no. Ce n'est pas pour les noirs.* Y se acabó. Yanussa considera que debo ver los últimos rayos de sol sobre el Níger. Salimos de la ciudad, cruzamos el gran puente, Yanussa aparca el coche, y juntos paseamos por la arena bordeando el río. La gran rueda del sol se sumerge en la llanura solitaria; el río está bajo y quieto; nos sentamos, entre el palique de las gallinas de Guinea, sobre el caparazón de un barco puesto boca abajo. Más allá, unos pescadores trajinan con las redes; tres mujeres, cuerpos de bailarina etíope recortados contra la luz del sol, se lavan en el agua cada vez más negra; unos muchachos trabajan la madera de un barco mientras susurran en mandingo; un hombre envuelto en amplias ropas se arrodilla de espaldas al último espectro de sol y reza su oración junto al carrizo; una bandada de pájaros negros surca el cielo y desaparece en la llanura, y la llanura, a su vez, desaparece en la niebla.

Regresamos a la ciudad. Reina una paz dulce y profunda. En la gran plaza de arena que rodea la mezquita unos hombres envueltos en sus abrigos comen al amor de hogueras y antorchas. Le pregunto a Yanussa quién es esa gente y él me contesta: *No tienen familia con la que comer. Hombres en su mayoría jóvenes forman grandes corros, hacen música, cantan en voz baja, comen de unos cuencos unos trocitos de carne asada y arroz de color naranja. Vienen de fuera a trabajar a la ciudad. ¿Y dónde duermen? Donde pueden.* En la estación se repite la misma imagen. Gente sentada y tumbada en el vestíbulo y en los andenes. Un viejo negro hace sus necesidades de cara a la pared. El tren ya no continúa adentrándose en África, «end of the line»; además hoy no circula ningún tren, y tal vez no vuelva a circular ninguno más. El reloj se ha roto deteniéndose en una hora inexistente. Compro una cajetilla de Liberté y regreso al hotel.

El comedor está casi vacío, la comida es mejor en otros sitios. Mientras mastico mi *capitaine*, un pescado grande de agua dulce, me invade una serena melancolía. La verdad es que el local no puede ser más feo. Sobre el techo de fondo gris hay pintadas unas cabañas de negros bajo una luz nocturna, opaca e irreal, como una luna de neón bañando la cenicienta tierra. Las cortinas debieron de ser amarillas en su día, los manteles tienen un tono naranja desteñido, en las paredes sucias pende alguna que otra solitaria máscara cubierta de polvo, encima de cada mesa unas enfriaderas sin sentido, dos lucernas en las que apenas funciona una sola bombilla y las que funcionan tienen desigual potencia, sillas verdes y, a mi lado, contra la pared, una lámpara extremadamente naranja. En algún lugar, detrás de una columna, oigo una voz saliendo de una boca que mastica: *At the embassy they take American money.* Y así avanza penosamente esta noche apasionante.



Un par de horas después acudo a una cita con un joven escritor. Me reciben unos perros agresivos que necesitarán unos minutos para calmarse. En nuestro primer contacto telefónico, el escritor ya me dejó bien claro que no estaba dispuesto a hablar de política. Cuando llego a su casa, él no está. Su mujer, blanca, habla con desprecio de los demás franceses. *Siguen anclados en el pasado, como si no hubieran transcurrido los últimos quince años.* Nos tomamos unos whiskies en la penumbra de la galería, rodeados por los rumores y los movimientos de la noche cada vez más fresca. Le comento a la señora que compré en París un par de libros de su marido, apuntes de cuentos clásicos malineses, pero que hay mucho que se me escapa. Una hora después aparece él, un hombre de elevada estatura y vacilante mirada, y me saluda tímidamente con la mano. ¿Qué quiero de él? Si se trata de política no tiene nada que decirme. Y los que sí tengan algo que decir sobre este tema –aparte de los portavoces oficiales– serán personas que no corren peligro alguno y que, por consiguiente, *no tienen nada importante que decir.*

Más tarde logro sonsacar al joven escritor algo de información acerca de su vida: desempeñaba un alto cargo en el gobierno y ha sido despedido recientemente. A la mañana siguiente me enteraré de que esa noche han sido detenidos varios dirigentes sindicales. Mi anfitrión intenta hacerme comprender algo de ese mosaico laberíntico de castas y esclavos, todos ellos con sus propias normas y ritos. Aunque la esclavitud ya no existe, el nombre de una persona indica de cuál de las *cuatro clases de esclavos*

*desciende.* Así pues, el nombre del escritor, Diabété, revela que es un Nyamakala, y no un Noumou (herrero) o Laobé (carpintero), sino un Dialé, un bardo, un cantante, un poeta, un escritor. Los Dialé se sitúan inmediatamente después de la nobleza, la cual se subdivide, a su vez, en tres castas principales. En resumidas cuentas, se trata de un circuito de signos y significados, más complejo que el almanaque de Gotha o un catálogo de corbatas, al que poco tiene que envidiar el sistema de clases inglés. Diabété es un apasionado de la tradición oral de su país y en su tiempo libre recorre el campo para grabar en cinta los antiguos relatos. Siendo como es un Dialé, puede establecer contacto con todos los demás Dialés, entre los que hay aún muchas personas mayores que conocen esos antiguos cantos, algunos de los cuales datan de los siglos XII y XIII. El escritor me pone una cinta. Un instrumento de cuerda suena monótonamente en círculos, pero con variaciones constantes. Luego irrumpe una voz aguda de anciano cantando la epopeya del mítico emperador Sun Jata. Ambos escuchamos en silencio, aunque nuestra manera de escuchar es muy diferente. Yo no oigo sino la música, para lo demás estoy completamente sordo, parezco un papúa en una ópera de Alban Berg, me siento desesperadamente estúpido. No tengo acceso a nada de lo que oigo: cada palabra, cada sonido posee un significado y los significados se suceden continuamente, pero yo no soy más que un tipo sentado en una terraza que oye una melodía. En voz baja, Diabété empieza a traducirme la letra de la epopeya: «*A di benye labo a kala do/extrae las flechas del carcaj – K'a la birilan basilan lu kima/se cubre de ropa llena de fetisj – K'a n'i lo wéré da la/se ha adentrado en el campo – K'a dun wèrè kono wara nofè/se ha acercado al león – K'a bun bènyè la wara ba/ha arrojado su flecha al león...*». Y, cada vez más lanzado, Diabété se pone a contarme cosas, a dar explicaciones, a apuntar palabras, y yo, cuanto más comprendo, más consciente soy de lo que no sé, hasta que dejamos de hablar para seguir escuchando, en el rumor de la noche, esa voz que dentro de dos o tres generaciones ya nada significará. Una voz que para entonces sí que será verdaderamente antigua, un mito enlatado sobre un estante de un museo financiado por la Unesco, un recuerdo de África, de su gran época, de sus héroes sagrados, de su historia, hasta que la aldea de MacLuhan marque el tanto del empate, y aquello que alguna vez perteneció al pueblo no sea sino un juguete caro para una descendencia sorda.

Tras una emotiva despedida, me dirijo a la ciudad deambulando por oscuras avenidas, una ciudad que, en realidad, no es más que un conjunto de avenidas: un Baarn<sup>7</sup> tropical con algunos ministerios en estado ruinoso, embajadas ocultas en antiguas casas coloniales sitas en avenidas secundarias y un Instituto de Ciencias de la Educación frente a cuya puerta aguarda una furgoneta con militares armados. Tomo un taxi y pregunto si hay algún lugar donde puedo ver bailar. Sí, detrás de la gran mezquita suelen ensayar los alumnos que desean ser admitidos en el ballet nacional. Cruzo la puerta principal y, de camino al patio, percibo el sonido de los tambores. Como únicos espectadores, dos muchachos. La escasa iluminación procede de una bombilla en el extremo de un cable largo que sale de un edificio oscuro. En la tenue luz distingo a los bailarines.

No recuerdo cuánto tiempo estuve allí emboscado en la noche, sin que nadie se

percatara de mi presencia. Los ritmos se aceleraron. Los bailarines, muchachos y muchachas, golpeaban el suelo con los pies descalzos como queriendo apartar la tierra a patadas; recuerdo un jadeo amenazador, algo parecido a una potentísima fuerza animal, el pataleo de un solo cuerpo, furibundo y sudoroso, cada vez más trepidante, dilatándose y reduciéndose, ora dos serpientes hostiles, ora un bloque negro, sombrío e inexpugnable, no la abstracción de un baile, sino el baile en sí, puro baile, a cada movimiento el cuerpo estirando sus miembros hasta extremos nunca vistos, y en ese mismo instante siento un bofetón en la cara a la vez que una punzada de sublime nostalgia –Dios, qué palabra– sin saber de qué; una nostalgia tal vez de las posibilidades lejanas y perdidas de fusión con el propio cuerpo o de poder expresar con él plenamente la propia identidad, sin reservas ni complejos. Y, una hora después, me separo de mi cuerpo y logro verme a mí mismo: allí estoy yo, alguien que sabe cómo hacer una *sauce dyonnaise* y dónde comer el mejor pescado de Londres, que prefiere oír las suites para violonchelo de Bach interpretadas por Rostropovich antes que por Starker, que considera las primeras novelas de Vestdijk<sup>8</sup> mejores que las últimas, que ha visitado Venecia ya dos veces, que prefiere el *Handelsblad al Parool*<sup>9</sup>, y que ahora, de pronto, se siente como el sirviente desvalido de tiempos mejores. A modo de castigo pasaré toda la noche soñando con el baile en mi habitación templada, y no de manera placentera. El mercado, el zoológico, los soldados, los bailarines, todo pulula por mi sueño. Me despierto aturdido, me acerco al balcón, y en el silencio de la calle, bajo el leve vaivén de los tamarindos, veo pasar los furgones con soldados.

A la mañana siguiente me recoge Bernard d'Arras, director del UTA, un noble francés, alto de estatura, veinte años en África, donde quiere quedarse para siempre. Le pregunto si no le resultó un cambio drástico pasar de colonizador a simple conciudadano blanco; no, no le resultó difícil. Hay que saber adaptarse, me dice, y para demostrarlo se desliza, cual cortesano veneciano, entre pequeños corros de soldados armados con metrallas que montan guardia frente al Ministerio de Asuntos Exteriores. Objetivo: el teniente Filifing Cissoko, miembro del CMLN, el Comité Militar de Liberación Nacional, uno de los trece hombres que derrocaron el régimen de Modibo Keita y que ahora gobiernan el país. Sabemos que a las nueve se celebrará una reunión del comité, de modo que hemos calculado a qué hora abandonará el teniente el ministerio, y hemos acertado, porque de repente, sobre un descansillo de madera tambaleante, nos encontramos cara a cara con un gigante de ojos fríos de uniforme. Le cerramos el paso, lo cual le hace poca gracia. D'Arras, tan alto como el teniente, improvisa un gesto, entre la reverencia y el saludo militar, mientras repite «mi teniente» una y otra vez. Pero «mon lieutenant casts a cool eye» y, entre el aullido de sirenas, nos abandona al cuidado de su ayudante, el cual nos cita para el día siguiente. El teniente nos recibe con el ojo igual de frío y la voz igual de cortante. La entrevista será correcta y militar. Es éste un hombre de la generación «nada de tonterías». Le echa un vistazo al número dedicado a Tanzania de la revista *Avenue*, y mientras tanto yo le observo. Sobre su mesa de despacho una imagen de V. I. Lenin de color aluminio, de unos 45 centímetros de alto; sobre un saliente a la altura de mis

rodillas, tal vez olvidado por algún solicitante nervioso, un libro revolucionario de Kim Il Sung. No, una entrevista con el presidente es imposible. El presidente tiene la agenda completa hasta dentro de tres meses. Lo que sí consigo son los discursos del presidente, y con ello quiero decir *todos sus discursos*, incluso los pronunciados en la presentación de las cartas credenciales del embajador sueco. El teniente insiste en la idea de mantener la situación en el extranjero lo más abierta posible, y comprometerse lo menos posible. Su estilo es el de un hábil diplomático profesional y huele a *eminence grise*. En lo referente a la política interior del país: orden, construcción, una sola nación, una sola fe, un solo objetivo y la libertad de fijar prioridades según criterio propio, empezando por la reorganización del cuerpo de funcionarios, el cual, sumido en la *indolencia, el caos y la ociosidad*, no constituye una buena base para una economía *sana y dinámica*. Fin de la entrevista. El teniente parte hacia una reunión del comité de los trece, y yo acudo a visitar a un viejo fraile de Brabante que lleva más de cincuenta años trabajando en Malí.

El fraile, un hombre menudo y amarillento, luce una perilla Ho Chi Minh. Está muy al día en todo. Habla con soltura el bambara, el francés y el brabantón, lengua esta última que ha sabido conservar en estado puro durante largos años. Me ofrece «café holandés». Apenas puede oírme, cosa que en realidad no importa mucho, pues poco puedo decirle yo que pueda interesarle a estas alturas de su vida. Su vida es Malí. Me habla de Bamako *cuando aún no había nada*; de los jueces colonialistas franceses *que ni siquiera se percataban de que la gente rica, cuando algún pariente había cometido un delito, enviaba a juicio a algún sirviente pobre, pues ninguno de esos jueces hablaba la lengua vernácula*. Nos habla también de cómo fue él quien introdujo en Malí la lechuga y la charcutería inexistentes en los años veinte; de cómo salía a cazar búfalos con cañones, en compañía de los oficiales de Weygand, sin alcanzar nunca a ninguno. Una vida larga y extraña la del fraile, en un país que no está hecho para blancos. Llega su primo, un cura de la orden de los padres blancos de Lavigerie, portando un ejemplar reciente de *Sjaloom*, el cual deposita sobre la mesa de despacho con un gesto de abatimiento. *Si supieran*, dice como único comentario, y, antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, vienen a buscarle para visitar a un enfermo, un hombre cansado, con las sandalias blancas del polvo. Paseo mi mirada por esa solitaria habitación llena de libros holandeses e ingleses, y vuelvo a preguntarme por enésima vez qué es lo que impulsa a un individuo a elegir una vida de pobreza y soledad en un rincón perdido de África, en un país donde los resultados visibles serán siempre mínimos. El hermano no tiene problemas con eso. Brincando sobre su pie vendado me acompaña a la puerta del patio donde arde el sol y me grita al oído: *He vivido en Malí toda mi vida, seguramente moriré en Malí. No tengo necesidad de volver a Holanda. Allí ya no conozco a casi nadie*.

Ésta es mi última tarde en Bamako. Mañana partimos hacia Mopti, y luego hacia Tombuctú. Yanussa conduce sin rumbo fijo por las calurosas avenidas y yo ya no presto atención a nada. Mi última cita es con el representante de la CEE, un hombre menudo de pelo ralo a quien me encuentro sentado bajo un inmenso plano de Malí. *El país es capaz*

*de autoabastecerse en la alimentación, me cuenta, pero en nada más. Hay indicios de que puede haber petróleo y bauxita. Los rusos han buscado oro, pero la desafortunada situación geográfica de Malí hace que su extracción no sea rentable. El objetivo de la fundación europea de ayuda a los países en desarrollo (este año Malí recibirá 73 millones de dólares de la CEE, con una aportación holandesa del 10, 40 %) es tratar de incrementar el rendimiento de los cultivos existentes –algodón, cacahuetes, arroz–, alcanzar una mayor variedad de cultivos y ampliar el terreno cultivable. El representante de la CEE menciona un par de proyectos: la lucha contra la peste bovina, la asistencia técnica en la construcción de un matadero, proyectos de obras de irrigación en el lago Téli. Y, tras señalar sobre el plano infinito los pequeños puntos donde equipos de europeos llevan a cabo estos proyectos en colaboración con los malineses, añade que los beneficios revierten exclusivamente en el país, sin volver a Europa. Le pregunto qué hacen los chinos. Mucho, me contesta lacónicamente. Están construyendo una fábrica de piedra en Mopti y han enseñado a los malineses a cultivar té. Bajo su dirección, las botas de los militares han sido fabricadas por primera vez con piel del país. Tienen grandes proyectos para el cultivo de arroz, conviven con la población autóctona y, a cambio, no piden nada material.*

*Más adelante, alguien lo formulará más claramente: Un país como Malí es como una ficha de póquer perdida sobre la mesa de juego, pero de momento nadie tiene ganas de jugar. Ni los rusos ni los americanos están interesados en este país. Tenemos que apañárnoslas como podamos y por esta razón toda ayuda es importante. La exportación de ganado y de pescado de río constituye prácticamente la única fuente de ingresos. El país está condenado a vivir en la miseria, por mucho que se empeñe el nuevo gobierno en mejorar la situación. Hacen lo que buenamente pueden, pero no hay salida.*

A mi regreso al hotel encuentro una nota de d'Arras advirtiéndome de que Air Malí ha cambiado sus planes para el día siguiente, que el avión sale cinco horas antes de lo previsto y que vendrá a buscarme a las cinco menos cuarto de la mañana. Cuando me quejo de esto a Yanussa, éste me contesta con sorna: *Tu vois? C'est l'Afrique.*

A la mañana siguiente lo veré con mis propios ojos. Dos horas después de la hora de embarque prevista, el piloto y su tripulación almuerzan en la sala de espera. El día ha empezado con guirnaldas de color naranja agitándose en el aire. Sobre el hormigón espera el Antonov 24, un avión ruso, listo para llevarnos a Mopti. Por lo que se ve, irá completo: cuatro americanos muy viejos, tal vez ya difuntos, unos tuareg con amenazadores fusiles enfundados, mujeres con miles de pañuelos, y un francés, menudo y entrado en carnes, que trabaja aquí en un proyecto de construcción de carreteras y que me cuenta que Air Malí (tres aviones) ofrece a la tripulación el almuerzo porque de lo contrario no desayunarían y no estarían en condiciones de trabajar. ¿Por qué me invade en ese momento la sensación de que éste va a ser un viaje de verdad? Tras un minuto de vuelo, la tierra vuelve a mostrarse árida y yerma, y así se mantendrá. En el lugar donde debe ir el aparato de aire acondicionado no hay más que un hueco. Siento una corriente

de aire gélido en el cuello. Menos mal que la azafata, que lleva un vestido tejido a mano que le llega hasta los pies, tiene una carita redonda muy bella y unos pechos redondos igualmente bellos. Un par de horas después, tras una escala en Segu, llegamos a Mopti, donde nos espera Herman Haan<sup>10</sup>, que trabaja en su enésima expedición tellem<sup>11</sup> en el país de los dogon y aprovecha el día de mercado en Mopti para abastecerse. Esa misma tarde nos dirigimos en coche, vía Bandiagara, a Sanga, donde empieza el territorio dogon. Al principio la carretera es bastante buena, pero más adelante la pista nos hace botar como muñecos arrojándonos unos contra otros. Cubrimos de un polvo rojo y seco a las pocas personas con las que nos cruzamos, pero no parece importarles. Llegamos al campamento fatigados, ha sido un día largo desde nuestra partida a las cinco de la madrugada.

Mesas en el exterior sobre el suelo rocoso, habitaciones de piedra, ausencia de luz eléctrica, mosquiteros, todo ello reunido en una llanura bíblica. Un negro de gran estatura con un rostro de expresión altiva, casi oriental, recibe a Haan con un abrazo, y por primera vez oigo el saludo dogon o, mejor dicho, una sucesión de sonidos que los interlocutores se cruzan y cuyo significado no comprenderé hasta más adelante: ¡Hola! ¡Hola! ¿Cómo te va? Bien, estoy bien. ¿Y tu mujer? Bien, está bien. ¿Y los niños? ¿Y el mundo entero? ¿Y los animales? Tal vez lo importante de este saludo no es lo que se dice, sino el hecho de que todo el mundo se saluda del mismo modo, como si el encontrarse con otra persona fuera un acontecimiento muy especial, como si el hablar con el otro e interesarse por él fuera algo tan solemne que requiere ser expresado con fórmulas. Oí estas mismas palabras cientos de veces durante los dos días siguientes, y hasta llegué a sentir envidia: quería saber saludar como ellos. *Poh! Poh! Ya Poh? Ya poh! U Suah? Suah! Umana suah? Suah! Pégé suah? Suah!*, y así dale que te dale hasta acabar con un largo y satisfecho: *Aaaaah!*

Herman Haan nos acompaña a dar una vuelta por el poblado ogol. Fue aquí donde el cazador Ogotemmêli citó en 1946 al etnólogo francés Marcel Griaule –el cual llevaba ya desde 1931 realizando investigaciones por la zona–, y le expuso en treinta y tres días sucesivos la cosmogonía completa del dogon. Treinta y tres días que revelaron una manera de pensar, transmitida a través de los siglos, tan compleja y sorprendente que, en palabras de Griaule, «se refutaron todas las teorías hasta entonces vigentes acerca de la llamada mentalidad primitiva africana».

¡Qué tonto eres cuando no sabes nada! Voy paseando por el poblado: casas cuadradas de adobe rojo, extraños tejados de paja en punta como si llevaran un gorro de gnomos. Lugares sagrados, piedras de sacrificio, altares, zonas vacías por las que no se puede pasar. Nos detenemos ante la casa del poderoso hogon, el sacerdote del poblado. La comunidad cuida de él y, una vez que ha salido elegido, no vuelve a abandonar el patio. Ahí está, un muñeco negro azulado de piel curtida, en el que sólo se mueven los ojos, sentado medio desnudo contra ese muro de sangre reseca. Haan le saluda con las tradicionales fórmulas desde detrás del muro por encima del cual nos asomamos. El hogon no responde. Pasado un rato, lo vemos entrar en la casa. Nosotros seguimos allí plantados, rodeados por unos niños que nos observan en silencio con los ojos como

platos. En aquel momento el sacerdote vuelve a aparecer. Lleva ahora un manto ancho, de un color índigo, y sobre la vieja máscara de su cabeza se ha calado un gorro de un rojo chillón, una especie de gorro frigio. Las preguntas y respuestas surcan el aire, y cuando finalmente nos marchamos, notamos que nos persigue la voz aguda del anciano.

Cae la noche. Haan se marcha a su campamento en las rocas, que se encuentra a una hora de camino de aquí, donde le esperan los demás miembros de la expedición tellem. Quedamos en que su guía, Diankulo, nos recogerá a las seis de la mañana para hacer una excursión a la pared de roca. Esa noche, bajo la oscilante luz de la lámpara de aceite, leo algo sobre el dios Amma, el cual creó la tierra con forma de cuerpo femenino, su sexo es un hormiguero, su clítoris, una montaña de termitas. Después de haber creado la tierra, Amma quiere acostarse con ella, pero entonces, por primera vez, algo falla en el universo: la termitera se incorpora, muestra su virilidad, el clítoris es un falo, la copulación se detiene. Pero Dios es todopoderoso. Arranca de cuajo la termitera y posee a la tierra abierta. Y nace el chacal, símbolo de los conflictos de Dios. Una segunda unión dará mejores resultados. La tierra = mujer está ahora abierta, el clítoris = pene ha sido eliminado, el agua = semen divino penetra en la profundidad de la tierra, nacen unos gemelos, Nommo, los cuales aparecen en todas las manifestaciones artísticas de los dogon. Tienen el cuerpo verde y son ágiles, sus brazos carecen de articulaciones, de cintura para arriba son hombres, por abajo serpientes, y su piel reluce como la superficie del agua. Es la perfecta representación del doble, con ocho extremidades. Por esta razón, su número es el ocho, el número de la palabra. Nommo es de naturaleza divina, por cuanto ha sido engendrado con el semen de Dios, que es la base, forma y materia prima de la fuerza vital, fuente del movimiento y la resistencia. Y esa fuerza es el agua. Los gemelos son todas las aguas, pertenecen a todas las aguas, están en todas y cada una de las aguas.

Esa noche me duermo tarde sabiendo que al día siguiente tendré que recorrer un mundo del que sólo tengo una ligera sospecha.

Son las seis en punto cuando Diankulo llama a la puerta. Fuera la luz es plomiza. Diez minutos después estamos cruzando el rocoso altiplano. Hace frío. Aquí y allá se alza un baobab. A mis espaldas, en el poblado, oigo el ruido sordo y rítmico de mujeres apisonando el mijo. Los corderos balan, las gallos cantan. Camino en silencio detrás de Diankulo, que va apretando el paso. Media hora después no se oye sino el rumor del viento y unas lejanas risas ahogadas que, según mi guía, son de los monos. En el campamento ya está todo el mundo despierto, unos seis hombres –antropólogos, biólogos, estudiantes– en busca del misterioso pueblo de los tellem desaparecido en la nada, un pueblo que dejó aquí, en estas paredes de roca abruptas e inaccesibles, sus intrigantes torres de adobe, sus silenciosos ídolos, y miles y miles de esqueletos. Trepamos a la roca en cuyo interior la expedición lleva viviendo tres meses. En lo alto de la pared de roca, los investigadores han instalado con ayuda de una polea su *soft machine*, con la que se izan hasta una gruta situada más arriba que contiene miles de esqueletos, los cuales son seleccionados y medidos, y algunos de ellos hasta emprenden un viaje a Holanda, ¡oh, bendita ciencia!

Una hora después entramos en el valle, somos ahora un grupo de cinco. Herman Haan a la cabeza de la expedición, cual centurión romano, nosotros siguiéndole en fila india. Un día entero caminamos por angostos senderos, porque más allá de Sanga el mundo se acaba, los coches no pueden llegar hasta aquí. Conforme nos adentramos en el valle, los arbustos y árboles se vuelven más verdes. De vez en cuando se oye el gorgoteo de una fuente, a la que, según me cuenta Diankulo, acuden a beber a primera hora de la mañana los monos y otros animales salvajes. Veo una mariposa negra como la muerte flotando alegremente en el aire, pájaros del tamaño de mi meñique, invisibles tórtolas cuyo dulce arrullo rebota contra la pared. Durante un buen rato no nos encontramos con nadie por el camino, pero de repente surge ante nosotros la figura de un anciano envuelto en un manto blanco y apoyado en un cayado de patriarca. En el momento de cruzarnos con el anciano se desata la retahíla de saludos que aún perdura cuando él ha doblado el recodo del camino. La serie de fórmulas es prolongable hasta el infinito, y se me ocurre que me hubiera gustado preguntarle: ¿Y cómo están las nubes? ¡Bien! ¿Y los árboles? ¡Bien! ¿Y el universo? ¡Bien! Muchas horas después llegamos a un poblado pegado a la alta pared de roca como una lapa. El paisaje que nos rodea está dibujado con una precisión casi patética: rocas naranjas, hiedra, flores blancas, árboles con pequeñas hojas talladas en plata, y luego, muy al fondo, a nuestros pies, una llanura pálida y polvorienta que se pierde en el horizonte. Los ancianos del poblado nos reciben en la casa del pueblo, lugar de reunión y debate, un espacio bajo y abierto con un tejado muy grueso, hecho de paja seca y haces de leña, que reposa sobre unos tocones a los que el tiempo ha sacado brillo.

Debajo de mí, un hombre trenza mimbre, otro teje un tapiz blanco como la nieve. El silencio sólo es interrumpido por el ruido de un par de animales y la conversación en voz baja de Diankulo con los ancianos del pueblo. Un águila inmóvil planea sobre nosotros. Haan me enseña la forma de cuerpo materno que presentan algunas casas. Le pregunto por qué, a pesar del calor seco, se ve la sabana tan borrosa a lo lejos. Me explica que es arena roja procedente de una lejana tormenta en el Sahara. Hasta ese momento no había reparado yo en la impresionante verticalidad con la que se yergue sobre la tierra la pared de roca con su color encendido. Desde arriba veo por todas partes esas extrañas torres tellem, y me pregunto cómo en su día pudo esa gente llegar hasta ellas.

Las grutas donde los dogon entierran a sus muertos están situadas a un nivel mucho más bajo. Diankulo me cuenta que, cuando una persona muere, los cazadores rompen su arco y se meten brasas en la boca como señal de duelo. ¡Eso sí que es sentir dolor! El cuerpo del fallecido se lava con agua recién extraída del pozo. Le rapan la cabeza y le envuelven en una tela de algodón, los pies al descubierto. El cuerpo es transportado sobre una camilla hecha de ramas y se deposita sobre «la piedra de los valientes». Los supervivientes agradecen al fallecido lo que ha hecho por ellos: «Gracias por el mijo, gracias por la caza, gracias por el ayer, gracias por las buenas acciones». Luego se le deposita en la fosa, pero sus amigos no se quedan a su lado, sino que corren hacia su casa, donde irrumpen disparando fusiles y se ponen a librar combates fingidos mientras las mujeres entonan endechas blandiendo calabazas vacías, vacías, sí, porque el muerto ya no beberá nunca más. El espectáculo dura varios días. A continuación se inicia el

*dama*, ceremonia con la que se acompaña al alma del fallecido, que aún vaga por el poblado, a reencontrarse con sus antepasados, porque durante este viaje su alma –o *nyama*– es igual a las *nyamas* de todas las personas o animales que el fallecido ha matado durante su vida y, por tanto, vulnerable a la venganza de éstos. Sobre el tejado de la casa mortuoria se bailan danzas con máscaras: máscaras con alas, máscaras de antepasados, máscaras de leones, máscaras de guerreros. Todo ello ayuda al fallecido a recorrer su camino: el último acto de una comunidad en la que las personas viven juntas y, por lo tanto, no mueren solas.

Nos despedimos y proseguimos nuestro camino. El calor de la tarde aumenta. Me rodea una paz que experimento como un elemento tangible, como algo que puede tocarse por todas partes. El silencio es profundo. Sólo se oyen nuestros pasos y un suave jadeo mientras subimos lentamente otra cuesta. Es éste un valle mágico, un Shangri La real, y ahora que, transcurrido un tiempo, estoy en casa escuchando música dogon y mirando fotos en las que las personas se han convertido en lo que sus máscaras representan, me vuelve a invadir la misma sensación de felicidad, pero ahora mezclada con nostalgia, porque tal vez no regrese nunca más a ese lugar. Y si volviera, ¿sería lo mismo? ¿Cuánto tiempo más permitirá nuestro mundo la existencia de ese otro mundo? Lo único que amenaza la «integridad» de esa sociedad africana es que sea *vista* por nosotros, pues no sería la primera vez que con nuestra mirada se iniciara su descomposición. Mi nostalgia se debe tal vez al hecho de saber que ese mundo tiene los días contados. Advierto que ni siquiera puedo escribir sobre ello: cuando trato de decir algo sobre la «comunidad» que constituyen esos pueblos africanos, me enredo en la más despreciable terminología neocristiana y me convierto en un acólito del PPR en un día de elecciones. No tenemos derecho a hablar sobre la comunidad, porque ignoramos lo que es. Nuestros conceptos no son aplicables a una sociedad en la que éstos tienen un significado completamente distinto. Nosotros vivimos solos y ellos viven juntos, es decir, en uno de esos poblados no es probable que una anciana permanezca tres días muerta delante de la ventana de su casa. Aunque, claro, siempre habrá quien objete que eso es porque allí no tienen ventanas.

Cuando llegamos al campamento ya es de noche. Las dos últimas horas son fatigosas, la subida final de la pared de roca es dura. Necesitamos beber cada cuarto de hora. Pero aquí en Costa de Marfil no se me quita la sed, y eso que las botellas de cerveza Flag son bastante grandes.



En realidad, Malí se compone de una excesiva cantidad de países. Después de los decorados tropicales de Bamako –el paraíso perdido detrás de Bandiagara–, surge la imagen de Mopti: el ancho río de color cenagoso con centenares de troncos ahuecados, al fondo los remadores recortados sobre la vasta tierra blanquecina cual jeroglíficos sobre un pergamino vacío; una orgía de productos y trajes típicos en el mercado de kilómetros de extensión; mujeres con aretes de oro casi más grandes que su cara, *hadjis* rezando su oración junto a un camión, campesinos con capuchas negras a lomos de su asno como si otra persona tirara del animal, el imán saliendo de la mezquita ocre con dimensiones de catedral como si de una aparición se tratara, aguadores con sombreros vietnamitas, pedazos de pescado negro, trozos de sal escamosa y reluciente, filetes de carne parda y amarillenta cubierta de moscas, muchachas medio desnudas lavándose junto a barcos como góndolas, y más allá, mientras camino junto al río, pirámides de cerámica roja en grandes pilas, y, en un prado seco, unos buitres dando brutales picotazos al cadáver ya despedazado de una cabra... Y, después de todo eso, las noches en la montaña pelada del motel chino donde a partir de las nueve de la noche se impone, inexorable, la calma. Y ahí te quedas, solo, en compañía de un tubo de neón colocado horizontalmente en la pared frente a tu cama, un tubo que exhala blancura, la postrera manifestación de Dios.



Y, tras esta visión, el espejismo cubierto de arena de Tombuctú. El DC 3 vuela lo suficientemente bajo sobre Sahel para poder apreciarlo bien. El paisaje va perdiendo gradualmente color; el verde ha desaparecido hasta de los márgenes del río. La distancia que recorreremos en dos horas de vuelo equivale a un viaje de varios días en todoterreno. Los últimos dos días serán como jugar en un cajón de arena de un parque infantil. Todo es arena y todo tiene el color de la arena. No hay calles, únicamente playas sin mar. La

plaza de la Independencia parece un pequeño desierto, y el centinela que monta guardia ante el fuerte Scheik Sidi Bekaye, la metralleta colgando del cuello como una joya, está hundido en la arena hasta los tobillos. Hay arena en el pan y arena en el arroz. Hubo una vez en que toda Europa y todo el Magreb se estremecían de deseo al oír el nombre de Tombuctú. En tiempos del emperador Askia Mohammed Touré, estudiaban en este lugar veinticinco mil estudiantes; ésta era la ciudad de los sabios, la metrópoli intelectual del Sudán occidental. Pero ahora, quien se suba al tejado de barro seco de la mezquita divisará una ciudad de chozas y poco más. Fuera universidades, fuera el mercado entre el oro y la sal, fuera el palacio de piedra. El día en que este sueño se quemó aparece descrito en una de las crónicas más antiguas del Sudán, el *Tarikh el Fettach*. Estamos a 20 de octubre del año 1593. «Después de que el pachá Mahmoud convocara a la mezquita a todos los ulemas (doctores de la Ley), los soldados marroquíes ocuparon posiciones en todas las terrazas y salidas. Entonces tuvieron lugar una serie de acontecimientos por voluntad divina, acontecimientos de los que no se puede hablar porque el corazón no lo soportaría; hay que reconocer que fue el golpe más duro jamás sufrido por el islam.» Más de setenta ulemas fueron encadenados y transportados a Marruecos; no regresó ni uno, salvo Ahmed Baba, y a partir de entonces, según reza la crónica, la ciudad se tornó «un cuerpo sin alma». Los marroquíes (la mayoría españoles renegados) lo tuvieron claro: aniquilando la élite intelectual acababan con la ciudad, y así fue como el imperio Songay se hundió, literalmente, en la arena. Tombuctú se convirtió en el pueblo plúmbeo que es hoy en día, una lupa para el sol: cuatro todoterrenos, ocho mil personas, un cuartel, un gobernador militar y un campamento para turistas en busca de un mundo que ya no existe.



El viaje concluye de una manera casi holandesa. Hago una excursión en piragua por el río, cual condesa de Trutenheim en silla de manos, con un guía moro cuyo volumen recuerda al de Orson Welles. A este lado de la ciudad la tierra es pantanosa y, gracias a ello, su verdor es impresionante. Lirios de agua y nenúfares, azules y místicos, flotan en la superficie reluciente del agua –me viene a la memoria Frederik van Eeden<sup>12</sup>–; en la orilla, entre el carrizo, se ocultan garzas blancas, negras y grises. Los dos remeros arrojan sus remos al aire y la embarcación avanza envuelta en un silencio paradisiaco. El río se ensancha cada vez más, llegamos a un poblado de cabañas redondas de mimbre, veo a la

mujer más bella que he visto en mi vida y que no podré olvidar nunca, cientos de corderos blancos salen de los pólders, no sé dónde estoy, el Sahara se ha transformado en un paisaje holandés, remamos de vuelta, el sol es tan inmenso que parece que va a tragarse la tierra, los niños gritan desde las orillas: *Toubab, ça va?* Sí, todo va bien, yo voy bien, la noche va bien, el tiempo va bien, incluso se levanta una ligera neblina, las cigüeñas nos sobrevuelan como si pasaran hojas de aire, un granjero cruza a nado el río con su rebaño y, cuando llegamos al puerto, ha caído la noche.

A las seis de la mañana estamos en el aeropuerto preparados para salir, pero resulta que el avión sufre un retraso de veinticuatro horas. Será un día largo. Nos adentramos en el desierto acompañados del guía en busca de una caravana que no lograremos encontrar. Llegamos a un abrevadero de camellos donde unos bueyes sujetos a cadenas infinitas extraen agua de la tierra. Los pastores moros se muestran hoscos y no quieren hablar con nosotros; las mujeres se cubren la cara con el velo. En el campamento ya no queda té ni café ni cerveza ni agua mineral ni vino. Todos esos productos tendrían que haber llegado en avión, de modo que se han quedado en Bamako. La rana sigue en el plato de la ducha de mi habitación de piedra, la lagartija encima de mi cama, las arañas quemándose contra la mosquitera. Me paso la lenta tarde tumbado en la cama pensando en mi viaje y en el hombre que, antes de emprender mi viaje hacia aquí, me dijo en París: *¿África? Nunca ha sido nada, no es nada, ni llegará a nada. Yo antes también era un entusiasta de África, pero ya llevo veinte años visitándola, y no tiene solución. Su historia no consiste más que en sangre y muerte, y así será para siempre. Yo, sin embargo, no soy capaz de sentir esta desesperación o amargura. Cuando un avión sufre un retraso de veinticuatro horas, los viajeros europeos o americanos se sulfuran. El hombre blanco viaja por África consentido en su soledad y, por ser un consentido, su comportamiento es antisocial, de modo que no es capaz de ver más allá de sus narices. Los turistas, que acuden en hordas cada vez más numerosas a contemplar animales salvajes y máscaras que bailan por dinero, tampoco ven nada. Y, sin embargo..., y, sin embargo..., Lévi-Strauss lo ha formulado con más claridad: «Los etnólogos existen para dar testimonio de que nuestro modo de vida no es el único posible, de que hay otros modos que han permitido a los seres humanos llevar una vida feliz. Los etnólogos nos invitan a moderar nuestra presunción, a respetar otros modos de vida. Las comunidades investigadas por los etnólogos contienen lecciones que vale la pena escuchar. Son comunidades que han sabido hallar un equilibrio entre el hombre y el medio natural, un equilibrio cuyo sentido y misterio hoy ignoramos».*

La última noche me invitan a asistir a una boda mora. Pero ¡si yo no soy más que un tipo que está de paso! ¿A quién en Zwolle<sup>13</sup> se le ocurriría invitar a su boda a dos negros que estuvieran casualmente de paso? Bien. Las horas transcurren y la melancolía utópica desaparece con la música. Ya no pienso en nada. Las mujeres de oro y plata bailan, siempre los mismos movimientos de pájaro, la música traza sus monótonos círculos... Cuando, horas después, estoy sentado en la terraza del campamento, sigo oyendo los tambores, lo mismo, siempre lo mismo. La luna está en el cielo de espaldas, seguro que

una caravana se dirige a Tombuctú, un asno rebuzna, unos perros comienzan a aullar, mañana habrá otra persona sentada en esta silla, mañana volverá a hacer calor. Todo es como tiene que ser.

[1971]

## En los confines del Sahara

Cuando yo tenía unos seis años, delante de nuestra casa en Rijswijk se extendía un terreno algo salvaje que yo llamaba el Campito, un lugar misterioso. A mí me parecía una selva porque crecían unas plantas muy altas que hoy me llegan a la cintura. Es como si lo estuviera viendo todavía: un terreno lleno de peligros sobre el que proyectaba mis miedos y mis fantasías.

Ahora tengo la impresión de que el mundo entero se ha convertido en el Campito. Con el paso del tiempo, los miedos se han repartido entre mi casa y otros lugares, pero han adquirido, por así decirlo, un carácter mecánico. Han dejado de ser interesantes excepto como derroche de energía. El viaje estimula los ensueños y las fantasías, sobre todo allí donde lo visible no puede ser enteramente nombrado. Mi aversión por vivir entre lo innombrable me ha motivado a aprender lenguas. No puedo imaginarme viajar por España o Perú sin poder hablar con la gente o leer el periódico. Aun así quedan suficientes elementos misteriosos. Fue un tiempo después –durante mis viajes a África, y ahora, en este segundo viaje por el límite norte del Sahara– cuando empezó a resultarme excitante la condición de extranjero.

Es la misma excitación de antaño la que me embarga, aquella de cuando el Campito era el mundo: ver cosas que no alcanzas a comprender, signos que no sabes interpretar, una lengua que no entiendes, una religión cuya esencia ignoras, un paisaje que te rechaza, vidas que serías incapaz de compartir. Ahora experimento todas estas sensaciones como un placer. El shock que produce lo absolutamente desconocido es de una suave voluptuosidad. Si lo que quieres es integrarte en un nuevo mundo, hay mucho que debes dejar en casa. Tus máscaras ya no sirven. Para un bereber de Goulimine, tú podrías ser tanto de Ohio como de cualquier otro lugar, lo que significa que todos los matices que confirman nuestra identidad, conquistados con dolor y esfuerzo a lo largo del tiempo, se desvanecen. Por esta razón, el acto de viajar te instala en una especie de estimulante vacío, en un estado de ingravidez en el que, aun cuando no abandones del todo la actualidad, se te dispensa de mucho. Flotas por un territorio que te es extraño..., ves, miras, ves..., aquí y allá haces un añarazo en la indestructible superficie, desapareces de nuevo, y regresas más vacío aún pero con palabras.

En otros tiempos, esa sensación me la procuraba España. Pero, debido a mi aprendizaje de la lengua y a un cierto talento para la mímica, mi afición por España ha cambiado un poco: en España puedo posar como un español, entregarme al placer de ser

temporalmente otro, alguien que lee el periódico local en una terraza de Córdoba, lo cual no es sino una forma de desaparecer, que es en definitiva de lo que se trata. De este mismo modo leo el *Nice-Matin* en Cannes y me pierdo en el asfalto de la Croisette, o leo el *Corriere della Sera* y me quedo sentado en la Plaza Mayor de Catania durante tres o sesenta siglos.

Marruecos es otra cosa. Es el grado superlativo, un escalón más alto, ahí sí que, con toda razón, te llaman extranjero estúpido, aunque la verdad es que yo, condicionado por las leyes de la reciprocidad, tampoco llego mucho más lejos. Alcanzo ahí un grado de invisibilidad en el que lo visto desaparece, porque lo poco que soy capaz de ver pertenece a un mundo que en realidad no percibo, como tampoco oigo lo que la gente dice cuando habla, sólo una lengua que no entiendo, a pesar de que está hecha para entenderse.

Uno está presente y ausente al mismo tiempo, y así es como realicé mi segundo viaje por Marruecos. Un viaje como éste se empieza en un lugar donde todos los argumentos anteriormente expuestos no valen, en un hotel de folleto de viajes regentado por unos suizos siempre discretos, donde unos cuerpos europeos, en un clan cerrado y vanidoso, disfrutan del cálido sol de noviembre, se lanzan al agua artificialmente azul de la piscina y consumen sin parar servidos por veloces marroquíes que, despojados para mayor eficacia de sus tradicionales atuendos, recuerdan a esos camareros españoles e italianos, flacos y ágiles, que el europeo nórdico ya ha tolerado antes en su propio restaurante. Debido a este intenso contacto internacional, los camareros se sienten infinitamente superiores al pueblo, tribu o círculo del que proceden. Han dado su primer paso en la fantasmagoría del progreso. El gusano está en el interior de la manzana, y cada país tiene derecho a su propia manzana podrida.

*Goulimine.* Lo que más recuerdo del viaje a Goulimine, en el profundo sur, son los niños con las ardillas. Aparecen de repente, en las colinas, en un recodo del camino, sus cuerpos de niño integrándose en el paisaje como si formaran parte de la vegetación local. Sostienen en alto un objeto que se mueve. Me detengo y descubro que es una ardilla que han apresado y que pretenden vender. El animal cuelga sujeto a una cuerda que le aprieta el cuello, parece una letra arábiga realizada en piel, la larga cola arrimada al cuerpo, los ojos espantados moviéndose de un lado a otro. Más adelante, en el Atlas, veo un Volkswagen alemán desvencijado detenerse junto a dos de esos niños. Una muchacha rubia se apea del coche y se acerca a ellos. Cuando descubre lo que los niños venden, se queda un momento paralizada y a continuación se pone a vomitar contra la pared de roca de la montaña. Los chavales se echan a reír, porque no saben cómo reaccionar.

Goulimine, la ciudad de los hombres azules. Cuando al fin me acerco a ella, me embarga una cierta excitación. ¿Por qué? Será como Tombuctú, Zagora, lugares adonde los hombres llegan del desierto y desde donde vuelven a internarse en él. Nada diferente de lo que ya conozco. Creo que es el carácter extremo del paisaje que rodea Goulimine, la excepcionalidad de las vidas de sus gentes, lo que hace que un lugar como éste quede literalmente excluido entre la nada que lo rodea. Pero incluso hasta aquí ha llegado el

turismo. El beneficio de la excepcionalidad, de lo diferente, ha dejado de ser privilegio de los escritores. Entre lo diferente inimaginable, y auténtico, se ha interpuesto ahora la realidad imaginable, y falsa, de la sensiblería norteamericana dando la lata con sus objetos insignificantes.

Pero el mercado de camellos no es para nosotros. Hasta las nubes parecen haber salvado la plaza. Un espacio abierto, polvoriento, en realidad vacío, lleno de estiércol y de piedras. La rodean un par de eucaliptos malogrados, un conmovedor intento de supervivencia que rebota contra el ardiente sol de las dos de la tarde. Los camellos cambian de propietario entre bramidos, la pata delantera atada a la trasera; unos hombres en chilaba realizan recorridos de prueba por escaleras y curvas pronunciadas a lomos de amarillentos asnos. Dos relucientes misterios negros, con zapatos de plástico amarillos asomando por debajo de su oscuridad, con gorros puntiagudos y tapados con velos, están sentados en el polvo contra una pared y mantienen una conversación bajo todas esas telas que los cubren. En una esquina se venden cereales, «wheat furnished by the people of the USA, not to be sold».

Pasado Goulimine no hay nada. La carretera roja, que en el mapa conduce a Tan-Tan, cruza un terreno completamente blanco, pero Tan-Tan sigue siendo nada. Atraído por el vacío del mapa, sigo circulando un rato por esta carretera, luego la abandono y me interno en la árida tierra. Paso por delante de un esqueleto de cabra pintado de blanco y, cuando veo una caravana de camellos avanzando en un silencio absoluto, me detengo. Tenía el propósito de continuar el viaje de Tan-Tan a Tarfaya, y de ahí a El Aaiún, en el Sahara español, y a Mauritania, pero decido regresar al norte.

*Taroudant.* ya es de noche cuando llego a Taroudant. Murallas sombrías, belicosas, de metros de grosor, encierran la ciudad. No como en Aviñón, donde la ciudad ha reventado sus muros para extenderse por el otro lado –lo que convierte la muralla en una construcción innecesaria, un poco ridícula incluso–. No, aquí la muralla encierra la ciudad de verdad, un espacio para las personas, inexistente en el resto del mundo, un sólido castillo. El hotel es un pequeño palacio oriental, sin grandes concesiones al gusto europeo, de modo que se apodera de mí un orientalismo balsámico: empiezo a caminar más despacio arrastrando un poco los pies, y, bañado por la luz de la luna, me tomo un vaso de té bajo los hibiscos, junto a un estanque con azulejos. Desde algún árbol se oye el grito de una lechuza –alguien me comenta que es blanca–, un grito melancólico, como si estuviera confesando sus penas de lechuza a la luna.

A la mañana siguiente los gritos serán más fuertes. A las cinco de la madrugada empieza el canto del gallo de Alá, tan penetrante que me despierta de un sobresalto, una infinita llamada a la oración, una voz, torturada a la par que rutinaria, que se pierde en los infinitos giros de su grito. No hay manera de escapar de ella, el día ha empezado y Alá quiere que se le adore. Media hora después, cuando al fin ha terminado la salmodia del muecín, me vuelvo a sumergir en unos sueños indefinidos, fuera del tiempo y del espacio.

La mañana es fría y hay un poco de neblina. Salgo afuera y me adentro en la Biblia. El sol saliente prende fuego a la muralla ocre, los muchachos pasan ante ella con sus

corderos, sus asnos cargados de leña, bereberes de los alrededores transportan mercancías para el mercado. En los mandarinos susurran los pájaros al compás del martillo del calderero. Los hombres aventan el grano con las manos, hierran los caballos, una mujer pasa la lengua por su cerámica recién hecha, se pesan las especias una y otra vez con un peso ligero como una pluma, el encantador de serpientes ya ha congregado a su público, en la carnicería los pies de camello están perfectamente dispuestos en hilera, el arriero grita «¡balek, balek!» al pasar con su burro cargado con grandes pedazos de reluciente sal... veo un mundo que ya no existe... el olor de la carne sobre la brasa en cazuelas de barro, mujeres en largas túnicas negras ataviadas con fantásticas joyas separan el grano de la paja.

¿Qué es lo que me hace sentir tan feliz aquí? Tal vez sea el silencio, es decir, la presencia exclusiva de personas y animales. En una esquina del mercado están aparcados todos los burros. Dentro de un par de años serán motocicletas, más tarde, automóviles. Pero ese momento todavía no ha llegado. Mi sensación de bienestar podría deberse también a la transparencia, es decir, a ver cómo se fabrican las cosas. Herreros, curtidores, panaderos, todos reunidos en el mercado, escritores y narradores de cuentos, mendigos y carniceros, el universo entero encima de un terrón, un mundo encerrado en sí mismo, autosuficiente, un mundo en orden, ésa es la impresión que produce.

El narrador abre un boquete de ficción en medio de la multitud y lo hace sólo con la voz y la mirada. Los que le escuchan han dejado de pertenecer a este mundo. La extrema atención con que el público atiende es de una naturaleza tremendamente ingenua. La voz del narrador susurra, se detiene, corre apresurada, grita, se debilita..., y la gente le sigue, totalmente entregada. ¡Eso sí que es dominar el arte de la escritura! Me gustaría poder dejarme llevar por esta voz o ser sencillamente uno más entre el público. Pero lo único que consigo es un té de menta. Mientras camino por el laberinto infinito de la kasbah de regreso a la puerta de la ciudad, sigo oyendo a mis espaldas los tambores y el sonido, agudo y sinuoso, de la flauta del encantador de serpientes.

*Taourirt.* «El regreso a un lugar del pasado es posible, pero no, por desgracia, el regreso a un tiempo pasado.» Con estas palabras concluye el libro de P. J. Zwart *El misterio Tiempo*. En 1960 hice un viaje por Marruecos. En Marrakech tomé un autobús, por aquel entonces un medio de transporte extremadamente incómodo, con el que crucé el Atlas vía Ourzazate hacia el último puesto fronterizo con Mauritania, el oasis M'Hamid en el Sahara, donde el río Draa desaparece bajo la arena y donde la propia arena, algunos camellos y unos pocos bereberes emprenden la larga expedición hacia Tombuctú. Fue una maravillosa excursión por altas montañas agrestes, aunque el calor me resultó bastante desagradable, sobre todo por culpa de aquella cabeza de ternero que un hombre a mi lado llevaba encima del regazo. Bordeaban la carretera unas altas y extrañas fortalezas de estilo asirio, rojas y ocre, llamadas *ksar*, que imprimieron al viaje un halo misterioso.

Por aquel entonces yo aún no estaba condicionado por ningún conocimiento acerca de los bereberes, no era sino un simple espectador. Ahora que sé más de su mundo, en

realidad sé menos –como suele suceder–: un pueblo misterioso de origen desconocido, tribus con nombres como tachelheit y tamazirt, una lengua, el tifinar, escrita en un enigmático alfabeto que probablemente sólo Borges es capaz de leer, y cientos de teorías sobre el origen y la identidad de esos imaziren: ¿existían ya cuando Dido, princesa de Tiro, vino a fundar Cartago? ¿O fueron los gétulos quienes ayudaron a Aníbal a conseguir elefantes y púrpura? ¿O fueron los etíopes, como informa Skylax de Cartago? ¿O los lixitas de Hamon? ¿O fueron, como afirma Malik ibn Marahbet, «tribus himyaritas, coptas, amalequitas que procedentes de Siria se dirigieron conjuntamente al norte de África...»?

Antiguo, antiguo, éste es el adjetivo que más se impone, la lengua, los nombres, la historia abierta, las fortalezas, el desierto, la tierra pedregosa, los valles, un mundo aún envuelto en la cáscara de la antigüedad, razón por la cual ejerce una atracción casi prohibida: la secular sabiduría talmúdica, petrificada en los *mellahs* –los barrios judíos dentro de los muros de la kasbah–, los misterios cabalísticos, las narraciones bíblicas transmitidas por vía oral, fósiles de lenguaje, fósiles de gestos, el cayado del pastor, el arado del campesino, la voz del narrador, el fuego del herrero, la vigencia de las parábolas.

Estoy frente a la kasbah de Taourirt, en el mismo lugar donde estuve hace trece años. Por aquel entonces, un hombre anciano me guió por la kasbah, me mostró la sinagoga, una cueva de adobe en cuyo interior brillaba el oro; me enseñó, una tarde de un sol de justicia, un jardín oculto en el que las cañas se cimbreaban lentamente en el agua y las ranas croaban enloquecidas. El hombre cogió unas rosas de un arbusto y aplastó las hojitas en mis manos. Y, al salir del jardín, vi a una mujer enfundada en una larga túnica de colores claros, el centelleo de sus ojos negros, y una rosa que pendía de su frente. De todo aquello ya no queda sino el recuerdo.

Deambulo por las laberínticas callejuelas de arena, paso delante de infinitas paredes de adobe que se desdibujan las unas a las otras, desaparecen, vuelven a empezar, pero no logro encontrar el jardín. Los judíos se han marchado, la sinagoga ya no existe o no quieren enseñármela, y si he visto a la mujer, no la he reconocido. A quien sí he visto es a la muerte. En un rincón oscuro, frío y húmedo, gime una voz de polvo sucio –es lo único que me permite ver la oscuridad–, un ser humano del que no queda sino un fardo de ropa. Da toda la impresión de no pesar más de un kilo, pero la voz se queja y murmura y solloza quedamente, alguien, algo que se está muriendo, algo viejo apenas existente, una voz invisible sin cuerpo, un alma arrinconada por la gente. Me acerco, la voz se torna susurro, un estertor apagado, pero yo sigo sin ver cabeza alguna, y entonces viene hacia mí una mujer conminándome con señas a que me vaya, esta vergüenza no debe verla un extranjero.

*Tinerhir.* Taourirt, Tizi'n'Taddeght, Inassine, El-Kelaâ-des-Mgouna, El Goumt, Boumalne, Imiter, así se llaman las poblaciones que se cruzan para llegar a Tinerhir. Es un mundo yermo y solitario, y espero que se conserve así. Estos paisajes no contienen nada que sea placentero, seductor, agradable, excepto que a mí me resulta agradable, una especie de ejercicio artístico. ¿Qué se encuentra uno por esas tierras? Un buitre, un

vehículo militar, tres mujeres dobladas bajo el peso de unos sorprendentes haces de juncos que no pueden haber cogido en ninguna parte, aunque la verdad es, y eso lo explica todo, que no van a ninguna parte. Por lo demás, pasan camiones que te obligan a salir de la estrecha carretera y a meterte en el polvo de la cuneta y, de vez en cuando, grupos de hombres a lomos de burros o caballos, y luego, de repente, en una curva de la carretera, aparece un pastor de cabras, aunque sus cabras no pastan en el campo, que no existe, sino alzando la cabeza hacia unos árboles secos y espinosos. Me detengo frente al pastor, y nos miramos el uno al otro desde la distancia. Menudo espectáculo: él, con un cayado y un perro, todas sus cabras en el árbol; yo, en una carretera solitaria en un mundo disfrazado de luna. El pastor viene hacia mí a paso lento, se ríe con una boca con escasos dientes, y me dice algo que no entiendo. Nos fumamos juntos un cigarrillo y él le da unos golpecitos al coche preguntando: *¿De Francia?* No, de Holanda, le contesto yo. Y entonces, oh Dios, un terrible deseo le ilumina fugazmente el rostro, como si le hubiera dicho «del paraíso», y me pregunta: *Moi, Hollande, travail?* Él, con su cayado, con sus cabras, con sus largas piernas amarillentas clavadas en el suelo como si fueran de piedra. Me siento profundamente avergonzado y no sé qué decir, pero no importa, porque de todos modos él no me entiende, así que, emisario fugaz de un mundo codiciable, le abandono a toda prisa y reanudo el viaje.

Tinerhir. Desde la terraza del palacio en ruinas del antiguo pachá de Marrakech veo el crepúsculo que envuelve el mercado como un anillo. Abajo, en la gran plaza, abierta y llena de polvo, se alzan tiendas blancas. Por todas partes arden hogueras. Hombres enfundados en largas chilabas, blancas y pardas, forman corros en torno a los narradores, los caballos y los burros, y en los confines de este universo esperan los grandes camiones que llevarán luego a los bereberes a sus lejanos y perdidos pueblos, en las cumbres del petrificado Atlas sobre el que la luna es izada como un espejo. Voy bajando la cuesta. En el oasis reina la calma. A lo lejos, tambores, y aquí, el murmullo del agua, el frufrú de las palmeras. El romanticismo de la escena es apenas soportable: la blanca luz de la luna baña las ruinas ocres de adobe, y, en un cementerio, el campo arado de la muerte, trozos de piedra brotan de la tierra representando cada una a un muerto sin nombre. Parezco Novalis, avanzando como voy, cual alma en pena, por el crepúsculo teñido de luz de luna. Empieza a hacer frío, es como si las montañas lanzaran su gélido aire de piedra en dirección al oasis de terciopelo, sensual, oscuro y tibio.

En la plaza, los hombres sentados junto al fuego fuman y hablan. El herrero, en cuclillas dentro de su oscura cueva, tiene una mirada de espíritu maligno, las chispas le saltan alrededor de las orejas. De cuando en cuando, los ángeles de Jan Hanlo<sup>14</sup> pasan volando por el sendero de arena y exclaman, en un tono entre tímido y provocador: «¡bonsoir!». Se encienden las lamparitas de petróleo en las pequeñas tiendas; un hombre levanta dos patas de camello, las examina bajo la tenue luz y vuelve a depositarlas en el suelo; una cabeza de buey, desollada, es partida por la mitad, aún conserva los ojos, oscuros y serios, con una mirada casi tan triste como la del rey, aunque la suya no es triste, sino dura y vengativa.

La noche cae temprano. Apenas hay clientes en el hotel. Me sirven un *tajine* en

cazuela de barro, arroz con paloma y ciruelas asadas. Son las nueve, el camarero quiere irse a casa, media hora después todo está frío, desierto y silencioso. Desde mi habitación veo dos luces amarillas cruzando el valle; más allá del oasis arranca la yerma nada, lo sé, entreveo su sombra, es como si nevara luz sobre la llanura del Draa y ésta se hubiera transformado en luna.

*Marrakech.* En su espléndido libro dedicado a Marrakech, Elias Canetti relata un terrorífico episodio que tiene lugar durante su visita al cementerio de la *mellah*, el barrio judío. El autor es literalmente arrinconado y perseguido por una multitud enfurecida de tullidos, ciegos, locos, un cortejo apocalíptico de manos alargadas, un pueblo de mendigos al estilo de El Bosco.



Diez años después, esas gentes siguen en el mismo lugar, aunque ahora absolutamente inmóviles, una colección de almas abatidas sentadas a la puerta del cementerio, y no mendigan. El cementerio es un vasto orden de batalla de blancas tumbas, un gran campo blanco de piedra cercado por un muro; al fondo, las grandes cajas de bombones de los ricos.

Cuando me hallo a medio camino, viene hacia mí un hombre dando voces. No comprendo lo que dice, pero entiendo que quiere que me vaya. Yo no quiero irme, empeñado como estoy en visitar este cementerio tras mi lectura de Canetti. El hombre chilla y profiere amenazas, de modo que yo también me pongo a chillar, dos locos inofensivos enfrentados a la hora más calurosa de la tarde, patos graznando en el estanque de la muerte. La discusión dura hasta que llega su hijo, que se disculpa con el argumento de que su padre está loco e, insultándolo, se lo lleva. Entonces me quedo un rato solo, hasta que regresa el hijo y me cuenta que su padre y él son prácticamente los únicos que se ocupan de las sepulturas, ahora que muchos judíos se han marchado.

Leo los nombres en las lápidas, mi acompañante me enseña las sepulturas de los rabinos principales, altos armatostes esculpidos, listos para ascender al cielo. Reina un profundo silencio. Luego, mediante señas, me lleva hasta un edificio bajo, donde un hombre menudo, medio ciego, enfundado en una túnica ritual, me palpa formulándome una pregunta. *Que si tiene usted hijos*, me aclara el guía. No. Un velo de decepción cae sobre sus ojos vacíos. Quiere poner su mano sobre mi cabeza, se encienden velas, debo agacharme, de la boca del hombre salen a borbotones fórmulas mágicas que se derraman

sobre mí. Al fin vuelvo a participar en algún tipo de rito. Introduzco unas monedas en un bote de cobre colocado en un lugar alto, recibo unos empujoncitos más, y me interno de nuevo en la *mellah*, ahora bendecido.

Marrakech no es una ciudad, es un planeta independiente –una prostituta roja por casualidad divina, como decía un amigo mío–, arrojada contra las primeras colinas del Atlas, cuyas altas cumbres nevadas brillan en la lejanía. Es una ciudad en la que se puede leer como en un libro que durara años. Lo mejor es sumergirte en ella, caer en todas las trampas de su brutal y caótica historia, dejarte llevar a las tumbas de las dinastías –saaditas, almorávides, alauitas–, darte cuenta de que ignoras por completo la historia de Marruecos, olvidarte de todos los sentimientos de culpa en la feria eterna de la plaza Djema el Fna y reunirte allí con la gente bajo las lámparas de carburo, donde puedes comer por un par de dirham y mirarte luego el ombligo hasta trazar el mapa completo del interior de tu cráneo. La vida y la muerte son hermanos, dice el guardián de babuchas blancas de la Medersa ben Yusef, mientras pasa sus largas manos morenas por el mármol de las águilas heráldicas que coronan una especie de fuente bautismal y pronuncia con voz afectada los nombres del nombre: Abd el Malik Ben El Mansur Abi Amir, del siglo X. Atravesamos juntos la Medersa y, de repente, de un oscuro pasillo pasamos a un *cour* sobre el que se derrama la luz del cielo. Todo es decoración, suntuosidad, caligrafía, ornamento. Le pregunto al guardián qué significan las letras que se arrastran en meandros sobre las piedras rosadas, y él me contesta que se trata de una cita del Corán, un pasaje sobre la muerte, y mientras me toma de la mano y me mira intensamente con sus grandes ojos negros, me dice, aunque muy quedo: *La vida y la muerte son hermanos. C'est juste, le Koran, non?*

*Oui, c'est juste.* Y me devuelve de nuevo al tejido de piedra.

[1973]

## Bolivia amarga

Una distancia de 105 kilómetros separa São Paulo del aeropuerto de São Paulo. Hace un calor pegajoso. Compro una cajetilla de puritos que resultarán estar todos pasados: despedida de Brasil. Cae la noche y despegamos. El interior del avión es rojo oscuro y las azafatas visten una especie de traje inca: Aerolíneas Peruanas. Abajo, durante horas, nada más que noche y selva. Cruzan por mi cabeza los pensamientos habituales y me pongo a leer el dossier sobre Bolivia, una historia de sangre y números mal hechos. Un par de horas después, la selva de Brasil se ha convertido en selva de Bolivia. Los nombres y números del dossier se tornan más reales. Miro por la ventanilla, lo cual no tiene mucho sentido, claro está, y sin embargo diviso, a 8 kilómetros de altura, unas lucecitas. Luz en la nada. Debajo de mí, serpientes, indios, guerrilleros, pumas, Rangers. Una hora después todo esto ha quedado atrás. Entonces aparecen Perú, los Andes, el mar, Lima, el otro lado del continente. Después de haber pasado un par de semanas en Brasil, la gente te parece pequeña y fea; la lengua, dura. El aeropuerto es moderno. A continuación, 18 kilómetros de desconsuelo, y luego, la ciudad. La carretera que conduce a ella está sin asfaltar. Indios arrimados a las paredes en torno a hogueras. Vago un poco por la ciudad, pero ya no consigo fijar la atención en nada. Compro un periódico: «¡Regresa Haya de la Torre!». *Diario Popular* para todo el Perú. A la mañana siguiente todo ha adquirido el color de la arena. Más adelante, en La Paz, me pintan Lima como una especie de París, pero yo no sé verlo así. Probablemente, después de La Paz todo es París. La catedral que alberga el cuerpo disecado de Pizarro aún no ha abierto sus puertas. Pizarro el exterminador, el descubridor. El dilema colonial expuesto en un osario. La catedral, una barraca española de oro abandonada en un paisaje irreal. El taxi de anoche ya está esperando. Cinco, seis hombres han discutido por nosotros, arrebatándose los unos a los otros nuestras maletas; éste es el que ha logrado salirse con la suya. Aquí el tiempo no es dinero; sólo el trabajo es dinero. El diario matutino publica un anuncio a toda página de la International Petroleum Cy. Ltd. «No tenemos ninguna deuda pendiente con el Estado peruano». El taxi pasa por delante del palacio presidencial. Los tanques con los que los militares han tomado el poder siguen ahí estacionados. Lo primero que han hecho estos militares es expropiar una gran empresa petrolera americana: un presagio o un gesto de impotencia. Ya veremos.

Esta vez el avión es de la Braniff<sup>15</sup>. Pintado de un color naranja chillón, es un plátano obscuro en un aeropuerto vacío. El mar. A continuación, el desierto. Después, los Andes.

Todo árido y yermo. El abandonado imperio de los incas. Una masa de piedra fantasmagórica y trágica, no se ve más que esto. De repente aparece ante mi vista el lago Titicaca, de un azul aterrador, el lago más navegable del mundo, mayor que el mar. Empezamos a descender hacia el Altiplano boliviano. Una luna habitada por los indios a más de 5.000 metros de altura. Una piedra parda infinita. Tomamos tierra en el aeropuerto más alto del mundo, en uno de los países más pobres y tristes del mundo. Un país en el que, desde Pizarro, ha desaparecido una cantidad de plata por valor de 600 millones de dólares, en el que la renta media de la población es de unos 350 florines anuales, y en que un minero no vive más de treinta y cinco años. Un país en cuya tierra se pudre, en algún lugar, el cuerpo acribillado a balazos de Guevara, donde Debray<sup>16</sup> está preso en una casa de campo en Camiri, donde Patiño, por ser embajador titular en España, ganó 500 millones de dólares con sus minas de estaño sin pagar jamás impuestos. Un país donde muere el 30 % de los niños durante el primer año de vida, donde Barrientos<sup>17</sup> ha rebajado un 50 % los salarios de sus mineros, donde en 1952 estalló una de las pocas revoluciones sudamericanas auténticas, donde se ha acabado con el latifundismo mediante expropiaciones y donde más del 80 % del presupuesto nacional procede de una deficiente industria minera. Un país en el que más de la mitad de los alimentos deben ser importados y donde han tenido lugar ciento setenta y cinco revoluciones en ciento veintiséis años. Dos tercios de la población vive en el Altiplano, donde la esperanza de vida es de treinta y dos años. De modo que yo llevo ya tres años muerto cuando bajo la escalerilla del avión. El viento es frío, el aire enrarecido, la cabeza me da vueltas. La sangre de los indios que viven por aquí contiene un 40 % más de glóbulos rojos que la nuestra. El agua entra en ebullición a 80 grados. La presión atmosférica es en Amsterdam de 76 centímetros cúbicos y en La Paz de 49 centímetros cúbicos. La aduana se halla instalada en un pequeño edificio inverosímil. Una mujer fea de mirada iracunda remueve mi equipaje con sus manos de largas y afiladas uñas rojas. Fuera, unos niños indios descalzos y harapientos se pelean por las maletas.

Nos dirigimos a la ciudad en coche. Primero recorreremos aún un trecho del Altiplano, pasamos por debajo de un portal donde pone: «Coca-Cola: Bienvenido a La Paz», y, de repente, se alza ante nosotros, en un pozo entre cimas nevadas, la capital más alta del mundo apresada entre la piedra terrosa. El sol brilla, multiplicado por mil, en los tejados de hojalata ondulada. Indios frente a chozas de adobe. Estoy en Sikkim. Hasta la misma imagen de Latinoamérica se desvanece. Los anchos rostros, extraños e inexpresivos, más exóticos aún cuando llevan esos gorros de lana con orejeras, miran el interior del coche o a través del mismo. El conductor baja a toda velocidad las escarpadas cuestas. Veo mujeres con grandes fardos a la espalda y sombreros en la cabeza. Un muchacho riega de espaldas a la carretera. Desde aquí, los interiores de las chozas o las casas se ven como agujeros negros. Hay gente sentada contra la pared junto a cestas de zanahorias y frutas. El calor aprieta.

Media hora después hemos llegado a la ciudad. No es una ciudad grande, y, por lo que se ve, es fea, una fealdad nada interesante; la encierran unas montañas, cuyo inicio se ve siempre al final de cada travesía. Eddy [posthuma de Boer]<sup>18</sup>, que ya ha estado aquí

antes, me cuenta que la mayoría de los viajeros tienen que guardar cama un par de días para habituarse a la altura; muchos se pasan un día entero vomitando o se despiertan con palpitations. El paso del taxi a la acera se me hace larguísimo, porque de repente me doy cuenta de que no sólo vengo de Brasil, un continente más allá, sino también de Europa, un valle inconcebible e inexistente. ¿Qué he venido a hacer aquí? No soy un politicólogo ni un economista. Ni siquiera soy periodista. Me encontraba accidental aunque voluntariamente en Latinoamérica y elegí este país para escribir sobre él. ¿Por qué? Porque es el país más triste de las Américas, una trágica república que ha perdido todas sus guerras y en todas ellas se ha visto obligada a ceder territorio: a Brasil, a Paraguay, a Perú y, lo que es peor, a Chile, pues ésa era una tierra que lindaba con el mar. *Somos un mendigo ocupando un trono de oro*, me comentaría Barrientos más adelante con amargura, y llevaba razón. Un país que no es capaz de autoabastecerse, que está aislado, que se desgarr a sí mismo y que está ubicado en unas montañas arrojadas al cielo. Una colonia americana que detesta ser colonia americana.



¿Por qué eligió el Che Guevara este país? ¿Por la vulnerabilidad de sus fronteras con otros países? ¿Por su miseria total, de una desolación más intensa que en cualquier otro lugar? ¿Y cuál fue su error de cálculo, si es que lo tuvo? Conociéndome, sé qué me atrajo de este país. No hay lugar más mal parado. Ni más pobre. Ni más alto. Toda la historia de Bolivia es un vía crucis violento de crueldad, gestos ridículos, esperanza perdida, apatía y ansias de poder. Un malentendido.

Un par de semanas después, al abandonar el país, siento que, pese a todo, he aprendido a amarlo, pero entonces aún no había llegado a este punto.

Doy un pequeño paseo por la enajenación: inscripciones españolas con rostros asiáticos. Mi hotel está en la avenida 16 de julio, una avenida ancha, con baldosas, arriates en el centro, todo verde y cuidado. Una estatua de Colón con la histórica inscripción: «Vivir no es necesario. Navegar es una necesidad». No está mal para un país en el que nadie es capaz de hacer ni una cosa ni otra. Fuera Barrientos, viva Debray, muerte a Debray, viva Barrientos, no hay que andar mucho para encontrarse con todo esto. Los bolivianos son unos artistas del graffiti. Disponen de catorce partidos políticos, la mayoría de los cuales se autodefinen como revolucionarios, es más, como auténticamente revolucionarios. Todos juntos configuran un sistema, laberíntico para el forastero, de siglas escritas en las paredes. Incluso el propio Barrientos gobierna con un Frente Revolucionario. El vocablo *derechas* se entiende como un

insulto. No se emplea, lo cual no facilita las cosas. Me quedo dormido en una habitación vacía, tipo sala, pero me despierto al poco tiempo. Una bomba de agua ha reventado en mis entrañas, de modo que ahora experimento en carne propia lo que es vivir a 5.000 metros de altura. Nos darán unas pastillas. A mí me harán efecto enseguida, pero Eddy, que ha de cargar con la cámara, pondrá cara de santo martirizado un par de veces al día.

Ha caído la noche. Salgo a beber un pisco, en el bar de otro hotel. Hay mucha gente en la calle, pero los vendedores no pregonan sus mercancías. Sobre las montañas ahora invisibles destacan las luces de la ciudad como un adorno arrojado precipitadamente contra ellas. La casa de Dios está al lado del Ministerio de Energía y Minas. Un mendigo con la mano extendida yace en el suelo justo en la linde entre la iglesia y el mundo, y no hay nadie que se meta con él, porque los sábados se permite la mendicidad. Los demás días no veré a ninguno de ellos en la calle. Cuando más adelante me acerco a él, descubro que ya no es ni consciente de estar pidiendo limosna. No es más que su mano extendida.

Nos recoge un amigo holandés de Eddy en un todoterreno. Esto es un *hardshipcountry*. Los norteamericanos que vienen a trabajar aquí cobran un extra. Pero los norteamericanos prefieren no trabajar aquí. *Hardshipcountry*. Por esta razón muchos holandeses y alemanes trabajan para empresas norteamericanas. Ésta será una noche colonial o, mejor dicho, una noche tal como me imagino que fueron las noches coloniales. Fuera no se oye el canto del gecko sino el silencio profundo de la noche boliviana, la luna se oculta de repente bajo la nieve del Illimani, los cubos de hielo tintinean en el whisky, el silencioso camarero en chaqueta blanca sonríe tímidamente, el mundo ha dejado de existir. El anfitrión es director de una empresa minera. La otra cara del problema, cabría decir, si tal afirmación no pecara de simplista. ¿Hasta qué punto simplista? Tan simplista como los salarios de miseria, la falta de seguridad social, las vergonzosas condiciones de trabajo y una esperanza de vida de treinta y cuatro años; así es como lo veo yo. Tan simplista como la pésima gestión de las empresas bolivianas, la inconcebible corrupción interna, el precio del estaño que baja, la mejora progresiva de las condiciones de trabajo, el propio carácter de la gente; así es como lo ve el amigo holandés. Un diálogo de sordos, más adelante convertido en ritual, que sin embargo no entablamos esa noche. Esa noche la consagramos a su nostalgia –Leidsestraat y Broodje van Kootje<sup>19</sup>– o a su imagen idealizada de Lima, a la que me he referido antes. Tengo la sensación de haber regresado a Asia. Camino del lavabo vislumbro la sombra de una india con un niño sujeto a la espalda. Avanzada la noche, H., nuestro anfitrión, nos acompaña al hotel. Cruzamos el barrio residencial, desierto y silencioso. Un muro de varios metros de altura rodea la casa de Barrientos. El jardín de atrás dispone de una zona de aterrizaje para helicópteros. En esta república las cosas pueden ponerse al rojo vivo en cualquier momento. Pasamos por delante de un cuartel donde pone: «¡Hasta el mar!». La casa de campo de H. se encuentra a 1.100 metros por debajo de la ciudad, lo cual notamos a nuestro regreso. Esa noche apenas dormiremos. Al lado del hotel, en una plaza en obras, indios y cholos –mestizos– celebran una fiesta popular. Durante un buen

rato observo por la ventana abierta el hervidero de gente con plumas, plata y máscaras; la cabeza me da vueltas y siento que me traslado a un tiempo y un mundo desconocidos para mí. El tamborileo, unos quejidos agudos y el sonido presuroso de una flauta me perseguirán durante toda la noche.

Helos aquí, los descendientes de los incas y de las grandes civilizaciones anteriores, concienzudamente aniquiladas por los incas. Aún viven en Bolivia cinco millones de quechuas que hablan el quechua tal como lo hacían los incas. Desapareció el imperio que se extendía desde Colombia hasta Argentina y Chile, a cuyo mando estaba un solo hombre, el divino emperador-inca, tan divino él que no se le permitía llevar su traje de vicuña con piedras preciosas engastadas más que una sola vez. La prenda era retirada de inmediato para que nadie pudiera tocarla.

¡Qué choque tan fatal entre dos civilizaciones! Por una parte, el reino inca, una monarquía absoluta organizada en células de diez personas, cada una de las cuales debía responder ante una unidad mayor; un continente de agricultores que desconocía la propiedad privada y donde a cada hombre se le concedía una parcela de tierra de cultivo según el tamaño de su familia. Una tercera parte de la cosecha había que entregarla al Sol (el Estado), además de ayudar en las labores agrícolas a los mayores, enfermos y otros necesitados; otra tercera parte se la quedaba cada hombre para sí, y el resto se cedía al Inca imperial, quien gobernaba junto con la casta real y unos inspectores que visitaban continuamente todas las tierras. El camino que unía las fronteras del imperio fue el más largo de la historia, más largo aún que la vía romana militar entre Escocia y Jerusalén. Cada 2 kilómetros, los chasquis –mensajeros corredores– tenían su garita. Tiempo de transmisión de un mensaje: ¡2.000 kilómetros en cinco días! El latrocinio era una afrenta al Estado y se penalizaba con la muerte. Las clases altas recibían un castigo más severo que el pueblo llano. En aquel imperio de fabulosos monumentos, con una agricultura planificada y una rigurosa organización, aparece Pizarro con ciento treinta soldados de infantería, cuarenta hombres a caballo y dos cañoncitos. El último inca, Atahualpa, se encuentra en Cajamarca haciendo una cura de baños calientes de azufre. Ha vencido a Huáscar –su hermano y rival–, ejerce de Dios en su reino y se prepara para una entrada triunfal en Cuzco, la capital. Pizarro toma Cajamarca en ausencia del Inca y envía un mensajero con una invitación para Atahualpa. Éste se presenta con seis mil hombres desarmados, y en treinta y tres minutos se hunde un reino de siglos. El divino Inca, portado en su silla gestatoria de oro, se dirige a la plaza mayor de la ciudad. Alrededor del cuello luce un collar de esmeraldas. Entonces hace su aparición el eterno malentendido: el cristianismo. En esta ocasión será un fraile dominico, De Valverde, quien mantenga en alto el cruento símbolo de nuestra religión occidental. El fraile cuenta una larga historia de la que el Inca no comprende palabra, y así se anuncia el comienzo de la enésima masacre. Dos mil incas, desarmados, pierden la vida. El propio Atahualpa es apresado por Pizarro.

La afirmación de que ciento sesenta y siete españoles y cuarenta caballos vencieron al Inca sólo es válida para nosotros. A ojos de él, fue vencido por animales con pies de

plata (caballos, que los incas no conocían), animales que al mismo tiempo eran hombres y que de noche perdían su fuerza; si se alcanzaba al hombre sobre el animal, se acababa con la vida de ambos. O bien fue vencido por la leyenda de los dioses blancos que habían regresado a la tierra. En cualquier caso, no fue un poder lo que le venció sino la interpretación del mismo, idea esta que los incas comprendieron demasiado tarde. Aquello no fue un gigante con pies de barro, sino un gigante con una cabeza de oro. Al caer ésta, el cuerpo se tornó propiedad de cualquier máscara que los españoles quisieran imprimir en él. Atahualpa ofreció para su liberación un rescate de tal cantidad de oro que hubiera podido llenarse con él la habitación en la que permanecía confinado. Pizarro aceptó la oferta, envió a sus mensajeros y reunió el increíble tesoro. Con el tiempo, el tesoro se tornó en oro de sangre para los españoles, pues se les subió a la cabeza de tal manera que desatendieron la agricultura, lo que explica que, siglos después, España siga perteneciendo a los países menos desarrollados de Europa. En cuanto los españoles estuvieron en posesión del oro, Pizarro acusó a Atahualpa, en un juicio farsa, de idolatría y poligamia. El emperador fue condenado a la hoguera, pero, por mediación del dominico, quien naturalmente lo convirtió primero al cristianismo, la pena se le conmutó por otra mucho más humana: el último de los incas, emperador de un reino en el que el sol sí se puso, acabó sus días estrangulado con una correa de hierro.

El baile dura horas y horas esa noche. Las mujeres con sus faldas –llevan hasta siete– de colores chillones, los hombres con sus trajes plateados con perlas engastadas y esas plumas de más de un metro de altura sobre la cabeza enmascarada. Máscaras de animales, máscaras de demonios. Beben chicha, mascan coca, con su danza huyen de la gris y cruda realidad, retroceden en el tiempo hacia un pasado borroso en el que ha dejado de existir esa fina capa superior de sangre española. España conquistó un reino cuya gente no tenía la costumbre de pensar por su cuenta; España no vino para ofrecer algo sino para llevarse algo. Una combinación fatal de sumisión india y codicia y arrogancia españolas. Como consecuencia de ello se ha vivido una parálisis de siglos, el sueño profundo y humillante de un continente que ahora empieza a desperezarse. Los elocuentes oradores se han revelado como vulgares ladrones, las grandes palabras han quedado acalladas por preguntas sencillas y recurrentes, y, sin embargo, las estatuas de opereta de la independencia latina, que durante tanto tiempo enmascararon una nueva esclavitud, siguen aún hoy erigidas en las plazas de estilo español. Sólo que en algunas de ellas figura escrito el nombre del Che Guevara.

A la mañana siguiente tengo la sensación de ser un recién llegado. Paseo por el mercado bajo un aire ingrátido y un sol de justicia. Hay mujeres sentadas en cuclillas detrás de sacos y cestos. Frijoles, tizas de colores, extrañas raíces de color gris, piedras, cientos de clases diferentes de patatas, fetos de llama disecados, especias, hojas de coca, trozos de carne oscura. La gente habla en voz baja, nadie levanta la voz, domina el silencio y el agradable sonido de pies deslizándose por el suelo. De vez en cuando, una

de esas mujeres me tiende una raíz o un frasco con algo dentro. Al reírme yo, a ellas les da la risa tonta y miran hacia otro lado. Cada vez que Eddy trata de hacerles una foto, esconden la cabeza en la falda o se tapan la cara con el sombrero. ¿Cómo describir lo que se siente al caminar por este mercado? Una sensación de bienestar. Una anciana con una máscara india de bronce sentada detrás de una pila triangular de naranjas. A su lado, en el suelo, un niño inmóvil con ojos tibetanos mirando hacia ningún lado. El aire impregnado de olores suaves. Un murmullo de palabras incomprensibles, el quechua. A lo lejos, los blancos dientes de dragón de las montañas, mucho más altas que el Mont Blanc, mordiendo el sol. Una sensación de malestar. Moscas encima de la carne. Un niño al que lavan sin desvestirlo con agua de un cubito oxidado. Bajo los dientes de dragón, las paredes de roca terrosas, duras e implacables. Un anciano, cuyos pies parecen de piedra blanca, espera la muerte. Yace en la calle, en realidad ha dejado ya de existir. Veo unos cuervos, como rasgones en un cielo excesivamente azul, realizando movimientos extraños.



Las campanas de la catedral retumban. El mismo sonido que en las solitarias ciudades de provincia españolas. Amenazadoras, severas. Sin embargo, bajo las bóvedas oscuras apenas hay gente. En un rincón, una mujer, exaltada, despótica en español contra una imagen. Otra mujer, tendida en el suelo, besa al menos diez veces la herida de un santo con la sangre coagulada por el escultor. En otro lugar, un Cristo, barnizado más allá de su

pasión, brilla excesivamente. Frente a él, mascullando, sombrero en mano, el emperador Hiro-Hito tal como se presentó ante el general MacArthur. Al salir a la calle percibo el canto de unas voces blancas y agudas. El sol pica. Me siento cansado. H. me ha dicho que una tacita de té de hojas de coca alivia los efectos de la altura. Entro en un restaurante y pido un mate de coca. Me lo sirven con risitas contenidas, al parecer no es ésta una bebida para europeos. Unas hojitas verdes puntiagudas en una taza de metal. El agua caliente que vierto por encima no les da color. El sabor del mate es suave y amargo. Espero entrar en un estado vagamente angelical, pero no sucede nada, ni siquiera una hora después, cuando todavía estoy mascando las hojitas. Para entonces ya son bastante amargas. Y mi corazón palpita menos, aunque puede que me lo esté imaginando. Oigo un tamborileo. Una tropa de soldaditos rojos: indios en trajes de Liechtenstein. Trompetas. Decido ir tras ellos. Camino junto al segundo grupo, muchachos jóvenes con uniformes de un color parecido a los del ejército del aire, rostros de gesto duro bajo cascos norteamericanos. Sobre la cadera derecha sostienen una especie de mochila con las palabras, apenas visibles, U. S. Army. Los soldados enfilan una calle empinada, ahora sí me cuesta seguirlos. Un agente, colgado en lo alto de una especie de púlpito delante de una fachada amarilla, detiene el tráfico y la tropa prosigue su marcha hacia el palacio presidencial. Dos soldados montan la guardia junto al pie plateado de una farola con cuatro globos blancos. Alguien me cuenta que de esa farola colgaron a Villarroel, un predecesor de Barrientos, después de que fuera linchado por el populacho. En el despacho de Barrientos cuelga un retrato de Villarroel junto a uno de Busch, que se suicidó. Vuelvo a mirar la farola, pero no veo nada de particular. Debajo de ella los soldaditos rojos permanecen inmóviles, tanto como sus hermanos que están a tres metros de ellos. Se oyen unas cuantas voces de mando, los pequeños hombres dan grandes pasos levantando exageradamente las piernas, el reloj da las doce, y las piernas bolivianas regresan al cuartel luciendo U. S. Army. Cuando Eddy les hace una foto, una especie de húmeda y tímida sonrisa ilumina sus anchos rostros campesinos. Volvemos al hotel, donde nos recoge H.

Esa tarde estamos invitados a una barbacoa en su jardín. Asistirán, entre otros, un senador, un ex ministro de Asuntos Exteriores y un director de Minas. Calma serena en un césped verdísimo. El fuego crepita y huele a carne asada. Las mujeres forman un grupo aparte. Detrás de la alta pared de piedra, las montañas de piedra, aún más altas. De nuevo me invade esa sensación de excepcionalidad, de estar al margen de la sociedad local, que se debió de experimentar en las colonias. El criado indio, que se mueve como si no caminara, sirve pisco sour. Yo estoy encantado y siento curiosidad; otro efecto de la altura, seguramente. Se reinicia el diálogo de sordos, como dicen en Flandes. No sé más de lo que sabía ayer, pero tengo mi lista de preguntas. Advierto por primera vez en qué medida Castro y el Che –sobre todo el primero– son un punto de referencia absoluto. El segundo está muerto, se nota enseguida. En nuestra sociedad eso es un error imperdonable, ya se sabe. Resulta difícil de imaginar además que haya sucedido aquí, en este país. Más adelante, cuando lea a diario noticias sobre guerrilleros, comprenderé por qué. Todo queda muy lejos, en esas provincias de nadie, verdes y calurosas, de nombres

exóticos. Cualquier piedra de estudiante arrojada contra una ventana en La Paz resulta más real. Cuba, sin embargo, es otra cosa. Ha empezado bien, eso lo reconoce todo el mundo. Y además es necesario. Pero de momento no se consigue comprar ahí ni un miserable huevo. Los rusos tienen que mantener la isla económicamente, pero no son capaces. Etcétera. Cuando menciono un par de hechos relacionados con el bloqueo americano, me creen en el acto. Existe en efecto cierta simpatía por esa aventura. ¡Está tan lejos! Sí, pero a Bolivia que la dejen en paz. Extranjeros, intrusos, extraños, eso no puede salir bien. *Los americanos no lo tolerarían.* Tienen demasiados intereses aquí, como en toda Latinoamérica, por cierto. Una verdad sencilla expuesta de manera sencilla. Y por qué no. Si se razona desde los principios de la *free enterprise*, el derecho del más fuerte no deja de ser también un derecho, las inversiones son sagradas, flexibles pero en el fondo intocables, y el más débil no tiene razón. El precio mundial del estaño, la escandalosa gestión de las minas tras su nacionalización en el año 52, el derecho a obtener beneficios tras haber invertido..., todos esos temas salen a colación. Charlo con un viejo canadiense que lleva ya veinte años afincado en Bolivia. Ama el país. Cuando se entera de que soy periodista, me espeta: *Vosotros sois los que más daño hacéis. Si no prestarais tanta atención a esos estudiantes y guerrilleros, serían lo que son: nada. Nosotros trabajamos para este país, hacemos que la mina funcione. Cuando nos marchemos, todo se irá al carajo. «The main point is their basic dishonesty.» Falta de honestidad. No en el sentido de corrupción –que haberla la hay, y mucha–, no, sino porque se niegan a ver los problemas reales. Darle al pico, no ir al grano. Un ejemplo: si cuando entro en la mina con un ingeniero boliviano o peruano veo un clavo en el suelo, lo ilumino con mi linterna y no digo nada, él tampoco dirá nada. Pero yo no quiero saber nada de corrupción. Cada año vienen unos cuantos de esos tipos. Del ministerio, del sindicato. Piden una cantidad de pesos, amenazan con que habrá problemas. Pero yo no les doy nada. El Estado obtiene de mí lo que le debo, y nada más.*

Comemos carne del asador. La tarde avanza; las señoras pían en corro como pajaritos. Un norteamericano tocado con un gran sombrero tejano me dice: *Bolivia es un taco para vosotros. Pero deberíais saber todo lo que ha sucedido aquí. No puede ser de otra manera. Éste es un país pobre y subdesarrollado.* Le contesto que seguirá siendo así por mucho tiempo si la esperanza de vida media es de treinta y cuatro años, si el analfabetismo es general, si un tercio de la población continúa sin hablar español y si sigue faltando cualquier tipo de planificación dirigida. Hablamos del tema de la seguridad social y el norteamericano me cuenta que en la mina donde trabaja han instalado un hospital moderno precioso. *Si un minero padece tuberculosis o silicosis (dolencia originada por el polvo que se introduce en los pulmones y que causa la muerte de la mayoría de los mineros), lo diagnosticamos enseguida.*

–¿Y luego qué?

–Pues que tendrá que dejar de trabajar.

–¿Y entonces?

–Le damos un mes de paga por cada año que ha trabajado con nosotros.

—¿Y después?

—Eso ya es problema del trabajador. En Norteamérica es así también.

De nuevo se impone el derecho del más fuerte. Le calculo al norteamericano que si un minero de éstos lleva quince años trabajando (y ha logrado superar la edad en que fallece el promedio de la población), no podrá contar, enfermo como está, más que con una paga de poco más de un año. El norteamericano me responde que con ese dinero los mineros enfermos suelen comprarse un camión japonés para ganarse la vida de camioneros. *That's their greatest dream. But there are too many of them now.* La mayoría de ellos abre algún pequeño negocio. *Y no vayas a creer que pasan miseria.*

Un rato después, cuando alguien menciona el contenido de una columna publicada en *Presencia*, uno de los dos diarios nacionales, surge una cierta inquietud entre los presentes. En Perú, la junta militar ha expropiado una gran compañía petrolera norteamericana, y el columnista, Xavier, critica que otra compañía norteamericana, GULF, se haya apropiado de las reservas de gas bolivianas y esté negociando con Argentina un acuerdo desfavorable para Bolivia.

Más tarde leo el artículo: «El hecho de haber cedido este gas a GULF y, con ello, haber perdido una propiedad, supone una nueva dejación de una de las grandes riquezas de nuestro país. Riquezas que, en su mayoría, han ido desapareciendo en una lenta campaña de rapiña y explotación que se extiende a lo largo de nuestra historia como la peste. Resultado de esta campaña son nuestra dependencia, nuestro atraso económico, nuestro analfabetismo y nuestra miseria».

En París me habían hablado de *Presencia* como una publicación de orientación católica reaccionaria, afirmación a todas luces simplista, de las que suelen abundar cuando se trata de valorar asuntos que atañen a la *lejana* Latinoamérica. Fue, por cierto, la primera revista en publicar el diario completo del Che Guevara, y claro, no es lo mismo verlo en el país donde tuvieron lugar los hechos que en las sagradas salas de la librería Atheneum<sup>20</sup>.

Sin embargo, esa pequeña pieza de franquicia exalta los ánimos de lo lindo. Broncas y protestas. Alguien comenta lo mucho que han perdido las minas tras su nacionalización. Un grupo de gente grita a coro la suma de dinero que GULF ha invertido ya. Un hombre muy mayor de rostro curtido y con pinta de cowboy dice: *What they did in Peru is sheer robbery. They won't get away with that. They don't even talk about compensation.* Yo intervengo diciendo que eso no es así, que lo que sucede es que la compensación que proponen los peruanos es muy inferior al dinero que exigen en calidad de derechos atrasados. La opinión general dominante en el campo de césped es que seguramente los peruanos dejarán de recibir apoyo económico de los norteamericanos y que lo lamentarán. Culpa y castigo. La Alianza ha conseguido obtener y ha dejado de ofrecer.

H. quiere saber cuáles son mis planes. Le digo que me gustaría conocer a ese tal Xavier. Ningún problema, resulta que es un buen amigo de H. De otros, por cierto, también. De modo que existe una manifiesta división de opiniones. *Tú aún no conoces Bolivia*, me dice H. riendo entre dientes. Xavier se llama Jaime Bailey Gutiérrez y es el redactor jefe de *Presencia*. La tertulia del césped lo aprecia por su honestidad y se

pregunta cuánto tiempo será capaz de aguantar. ¿A quién más quiero entrevistar?

A Barrientos.

Eso no es fácil; lo que sí pueden organizarme enseguida es una entrevista con Siles Salinas, el vicepresidente. Su relación con Barrientos no es muy buena, porque éste suele quitarle protagonismo, de modo que seguro que querrá hablar conmigo. También quisiera ver a unos frailes holandeses afincados en Bolivia. Los presentes me prometen que organizarán todo lo que pido. Cae la noche desde las montañas, empieza a refrescar, las señoras entran en la casa. Yo aún me quedo un rato fuera, junto al fuego que se apaga lentamente, y procuro ordenar mis pensamientos. Dentro, en el bar, suena la voz de Sinatra y el mundo se transforma de nuevo en un pueblo. Es de noche cuando H. me acompaña de vuelta al hotel. De camino me señala un conjunto de casitas bajas, todas de la misma altura. *Las ha mandado construir el gobierno para los periodistas. Eso facilita las cosas. A nadie le gusta estar lejos de casa.* Junto al cuartel, el inútil cañón sigue apuntando a la carretera; a la entrada de la ciudad, unas tristes figuras silenciosas siguen sentadas contra las paredes. Intentan vender sus mercancías o ya no intentan nada. H. me cuenta que, un día que olvidaron comprar naranjas, se acercaron a una chola que estaba sentada junto a la pared con doce naranjas apiladas en un montón. *Pero la mujer no nos quiso vender más que tres.*

El tono asombrado de su voz alberga parte del dilema boliviano: que la mujer no se alegrara de venderlo todo de golpe, que no se apresurara a su casa a por más mercancía, que no intentara aumentar su margen de beneficios. *Esto aún tardará mucho en arreglarse*, añade H. casi lamentándolo. Me parece un hombre afable, aunque ignoro si lo es. Proviene de una familia obrera de Amsterdam y ahora es director de una empresa minera; es millonario o acabará siéndolo. En otros tiempos H. habría hecho sus negocios en las Indias Orientales. Me cuenta que su mujer lloró cuando llegaron aquí por primera vez. *Lo cierto es que antes era aún peor.*

Nos tomamos otra copa en otro sitio. Los sirvientes vuelan para H., mejor dicho, vuelan sus rostros, mientras sus piernas mantienen el paso andino, lento y grácil. Le pregunto a H. qué haría él si estuviera en el poder en este país.

Se me queda mirando un instante y, casi azorado, me contesta: *Crearía un gabinete de hombres de negocios. Lo vendería todo del modo más beneficioso para el país. Acabaría con toda forma de corrupción.* Y, tras reflexionar un instante, añade: *Enviaría al paredón a todos los corruptos, la corrupción es el gran cáncer de este país.*

Dos días después, H. me acompaña a visitar a los frailes. Son padres agustinos, la orden del colegio en que estuve interno de joven. Mi corazón palpita de esperanza. Cuando estamos a punto de llegar al convento, nos detiene un agente. Si mañana éste fuera depositado en Manchuria, nadie lo notaría. El etnólogo aficionado que soy ve canoas de madera cruzando el estrecho de Bering en épocas remotas y gente transformándose paulatinamente en pieles rojas que descienden poco a poco por las Américas en busca de su destino.

Una mujer yace en la calle. Parece muerta, pero no lo está. Se ha formado un corro de cholos a su alrededor que hablan como si comentaran el parte meteorológico. El agente le

pide a H. que lleve a la mujer al hospital, pero H. no quiere. El sol se refleja en el reloj que se acerca al ojo. Una cita importante.

La puerta de los padres agustinos se abre lentamente. Aparece el prior. Nos dejan pasar. El prior lanza una mirada a la calle. Yo digo: A esa mujer le pasa algo. Él dice: *Sí, esas cosas suelen ocurrir por aquí*, y cierra la puerta.

Una mujer con la cara de angustiada reanuda con el prior una conversación en tono suplicante y él nos hace señas para que sigamos avanzando.

*Problemas, problemas*, dice un instante después mientras viene hacia nosotros. Los padres van casi todos vestidos de seglar. Nos invitan a una copa y a un puro. La mayoría de ellos lleva ya mucho tiempo viviendo en Bolivia. Antes volvían a casa cada seis años, ahora cada dos. Además de ésta, tienen otras misiones en el país. Una en Chulumani, donde dirigen una cooperativa, y otra de camino hacia allá, donde un fraile trabaja en una mina de estaño. *Una misión dura*. Nos dicen que se pondrán en contacto con ellos por radio para saber si pueden recibirnos.

Vamos a comer. Todo tiene un aire muy holandés, pero se reza en español. El ambiente es más bien festivo, al fin y al cabo yo también he sido agustino. Cuando la conversación entra en el terreno político, los padres adoptan una actitud más bien prudente. Camilo Torres<sup>21</sup> no está presente. *Nuestro trabajo aquí se realiza centímetro a centímetro. ¿Cómo hacer una revolución con gente que no te entiende? El Che no hablaba ni siquiera el quechua. Barrientos sí. Éste le ha dicho a la gente que los extranjeros vienen aquí a quitarles el pedacito de tierra que obtuvieron tras la reforma agraria (la revolución de Paz Estenssoro, 1952). La gente se lo cree. Barrientos dispone de un ejército propio de campesinos. A éstos aún no les ha llegado la hora. A los mineros sí, a los estudiantes también, pero no son muchos, y además están divididos en foquistas (hay focos de incendio en toda Latinoamérica), maoístas, castristas, comunistas pro Moscú, democristianos revolucionarios al estilo Torres. Y muchos más. Pero a los campesinos aún no les ha llegado la hora. Son desconfiados, viven anclados en otra época. Eso tardará muchísimo en cambiar. Y entre los estudiantes hay mucho blablablá; además, todos reciben dinero.* Esto último será un tema recurrente durante las sucesivas semanas. Lo asegura Barrientos, lo asegura H., lo afirman los periódicos, y lo confirman los propios estudiantes. *Naturalmente que recibimos dinero de Pekín.* (La Habana, Moscú, Belgrado, Washington, La Paz.)

—¿Cómo recibís el dinero?

—¡Ja, ja, ja!

Uno de los padres estuvo en Cuba y comenta con todo detalle lo que sufrieron los propietarios de viviendas que de repente se quedaban en la calle. *Toda la vida ahorrando y de la noche a la mañana sin nada*. Sin embargo, a juicio del padre, se ha progresado en otros muchos aspectos. Entretanto, los frailes han logrado establecer contacto radiofónico con sus hermanos. El padre Jaime será quien nos acompañe pasado mañana a la mina en jeep. Durante la oración, recorro la mesa con la mirada, una mala costumbre de la que nunca he llegado a desprenderme. La voz española con acento holandés habla con Dios, todos los ojos se mantienen cerrados. ¿Qué les habrá sucedido a esos hombres

para malgastar su vida en este miserable nido de águilas?

Mientras nos acompaña a la puerta, el prior dice con una sonrisita algo sarcástica: *Si lo que usted busca son frailes progresistas, visite a los dominicos norteamericanos. Los encontrará cerca de la universidad. Son unos tipos extremadamente radicales. Dirigen un instituto, el Instituto Boliviano de Estudio y Acción Social.*

Decido acercarme esa misma tarde al instituto. El prior llevaba razón. Estos frailes son unos tipos radicales. No disponen de mucho tiempo para mí, otro señor del lejano oriente atraído por el olor de lo romántico que hay que atender. Un sacerdote vestido de seglar con el pelo cortado al rape me comunica, con un fuerte acento americano y comiéndose la mitad de las sílabas, que puedo entrevistarme brevemente con el director del instituto, el doctor Bracamonte.

¿Y qué más quiero?

Estudiantes de izquierdas, líderes.

Suena como si estuviera pidiendo una marca especial de caramelos de café con leche. El hombre se me queda mirando un instante. *La mayoría de ellos no está. Han acudido a Potosí, para las elecciones. Pero tal vez podamos organizar algo para usted.*

Me dedico a esperar. Tengo la sensación de estar en la sala de espera de un hospital. Sobre la mesa, una revista. Títulos de los artículos: «Control de natalidad. Pobres y ricos. El aborto. Dos revoluciones sociales. Los barrios marginales: una nueva clase de ciudadanos.»

Hace su entrada el doctor Bracamonte. La cara cansada y algo sombría. No dispone de mucho tiempo, pero habla pausadamente y en un tono didáctico. La misma historia de siempre. El 72 % de la población activa no llega a producir ni el 75 % de la alimentación necesaria. El 4 % de los obreros trabaja en la mina y en la industria petrolera, pero de ellos depende el 90 % de la exportación. Esto significa que hay que importar los alimentos que los campesinos no producen. Bolivia es un país vulnerable por la fluctuación de los precios del estaño. Cuando éstos bajan, se requiere la ayuda económica de Norteamérica. Apenas hay industria. Sería mucho mejor que la fundición del estaño se llevara a cabo en el propio país. *Pero nosotros, como instituto, no ofrecemos soluciones inmediatas. Queremos favorecer el desarrollo del país estudiando a fondo los problemas, realizando análisis de mercado, enseñando a la gente cómo funcionan las cosas, educando al pueblo. Ponemos nuestros conocimientos a disposición de un cambio social que llegará irremediamente, de la manera que sea. Pero, para que este cambio se produzca, hay que empezar por concienciar al pueblo. Si logramos que la gente sepa y comprenda lo que puede suceder, y, sobre todo, si logramos que asuman responsabilidades, habremos avanzado un buen trecho.*

¿Y la violencia?

*La violencia no es el único medio. Todavía no. La revolución que tome el poder en este país tendrá que vérselas con el mismo problema: un pueblo apático, que en su mayoría no habla español, que no se implica en nada, que vive al margen de la economía monetaria, y que es analfabeto. En definitiva, un pueblo que no participa. Ésa es la gente que tenemos que ganarnos. Cómo hacerlo...*

El doctor Bracamonte no completa la frase.

Entretanto ha entrado otra vez el sacerdote norteamericano sujetando en sus manos un par de mapas grandes, unos gruesos volúmenes de estudios ciclostilados –los resultados de investigaciones especializadas– y ensayos sobre diversos aspectos de la problemática boliviana. *If you care to read all that you'll know what we do. Estamos organizando el encuentro con sus estudiantes de izquierdas. Llámenos dentro de un par de días.* De repente me viene a la memoria lo que uno de los presentes en la barbacoa dijo sobre las revueltas de unas semanas atrás. *Qué pesados esos estudiantes. Cada noche montaban broncas y había que dar todo un rodeo para llegar a casa.*

Al día siguiente resulta que el padre Jaime está enfermo. El viaje a la mina queda aplazado. Alguien me ha concertado una cita con el vicepresidente. Meses después, cuando ya llevo tiempo en Holanda, recibo a través de terceros una carta en la que se me transmite el ruego de Su Excelencia de no mencionar su nombre en relación con lo que dijo durante la entrevista. Me estrujo los sesos intentando recordar qué es lo que dijo, y llego a la conclusión de que no dijo nada. Un hombre respetable enfundado en una americana de paño escocés. Fuera, el viento fresco procedente de las montañas mece las buganvillas. El vicepresidente se explaya sobre la gran unidad latina como solución a todos los problemas y otros cuantos bellos ideales tan lejanos que nadie se sentirá jamás en la obligación de mover un dedo por ellos. Apretón de manos, foto, y –ah, sí– qué cosas tan interesantes se publican en Holanda sobre el catolicismo. Eso fue todo.

Al día siguiente el padre Jaime sigue enfermo. Le hago una visita al mandatario de los Países Bajos (carecemos de embajador en Bolivia), que me promete hacer todo lo posible por concertar una entrevista con Barrientos, aunque lo ve difícil. Me pregunta si es cierto que entre la juventud intelectual europea, y sobre todo holandesa, existe un gran interés por Guevara y Debray. Le hablo de las traducciones de las obras de estos personajes, de sus pósters en las librerías, de la ópera que se representará sobre ellos en el Holland-Festival. El mandatario se muestra algo sorprendido, pero ignoro si es porque el diario matutino se está traduciendo en pósters de moda y en una ópera (¡una ópera!) o porque se ha dado cuenta de que su cargo posee más *glamour* de lo que se había imaginado.

¿Y qué opino yo? Todo lo que vivo en este país tiene un aire inverosímil. Echado en la cama, en tu habitación de madera del hotel, lees un artículo de Roth, el periodista inglés que fue detenido, golpeado, amenazado, interrogado y de nuevo golpeado, al mismo tiempo que Bustos y Debray. Lees que hay otra vez guerrilleros actuando en zonas en las que te está vedado entrar. «Pero están en este país.» Lees el diario desesperado de Guevara, su balance de cada mes, una historia de coraje, trivialidades, desgracias, barro, enfermedad, lluvia, calor, desconfianza. Y sucede en el trópico de *este* país. Lees lo que Guevara escribe acerca de Debray (el Francés, Danton) sabiendo que el escritor sigue

todavía preso en este mismo país en que andan Barrientos, Ovando y esos otros protagonistas, los indios. Y entonces sales a la calle y te adentras en el decorado de la obra, te dejas transportar, por unos pocos pesos, en coches norteamericanos desvencijados que te llevan del ministerio al instituto y de vuelta al ministerio, donde pasas infinitas horas esperando entrevistas y permisos que nunca llegan; ves a tres indios inmóviles, cual incas petrificados, mirando un escaparate lleno de máquinas de escribir; lees en una pared: «Queremos una universidad sin sectarismo político, apoyamos la lucha de ideas pero detestamos la cobardía, el odio, el crimen», y te preguntas qué querrán decir con eso; subes y bajas las calles empinadas en pos de la realidad mientras esperas a que el padre Jaime se ponga bien, pero no se pondrá bien. Conozco al director de una gran empresa holandesa que me cuenta que estuvo en la misma clase que Harry Mulisch, al que volvió a encontrarse durante su último permiso en Holanda. Mulisch le hizo saber en tono amable que «su multinacional, al igual que las demás, no duraría mucho en Latinoamérica». A modo de consuelo por este negro augurio, decido regalarle al empresario el libro de Mulisch<sup>22</sup> sobre Cuba. A cambio, él me regala un disco de flauta andina, una música maravillosa a la vez que triste, y, lo que es más importante, me presta por unos días un viejo Mercedes con un conductor indio para que me lleve a la mina en el interior del país y pueda visitar a los frailes, a quienes avisará por radio de nuestra llegada.

Al día siguiente partimos temprano. La carretera asfaltada acaba antes de las últimas casas de la ciudad. Polvo: marrón, amarillo, cortante, seco. En una pared: «Obreros al Poder». Llegamos al primer puesto de control, llamado *tranca*. Una barrera corta el paso. Camiones llenos de indios sumidos en el silencio que miran fijamente al vacío. Nos revisan todos los papeles, cuentan los que somos, anotan nuestros nombres y transmiten la información a la siguiente *tranca*. Una medida sencilla y eficaz. De esta manera nadie se pierde, y, de perderse alguien, saben quién es. Se levanta la barrera, nos internamos en zona montañosa. Delante de nosotros, los indios van sentados en la plataforma del camión japonés (casi todos los coches son japoneses, al igual que los neumáticos, el teléfono y el cultivo del arroz. ¿Por qué entonces se habla sólo de los norteamericanos? A la chita callando y de manera invisible, los japoneses han sabido salirse con la suya). Los indios van envueltos en una sólida nube de polvo que se hace más espesa cuando nos adelantan.

Será una excursión extraña y loca. Circulan muy pocos coches por la carretera de polvo. Vamos subiendo. Aquí y allá se ve gente inclinada bajo el peso de sus cargas. Dentro de una cueva, la eterna mujer india pintada de rojo. Y perros, por todas partes perros. Los perros más tristes y abandonados que he visto en mi vida. Sentados en la carretera, cubiertos por una capa de polvo, miran pasar nuestro coche o corren un trecho detrás de él. No se ve en los alrededores casa ni amo alguno a quien pudiesen pertenecer. Probablemente viven de lo que se les echa. Vemos decenas de ellos. Las montañas son imponentes, brutales, frías. En los campos crece una especie de papel, duro y seco, apenas más alto que una mano, entre el que se descubren aquí y allá unas figuras, lo que

indica que alguien se ha tomado la molestia de cultivar algo. Más adelante avistamos también llamas y alpacas como altivos obispos españoles camino de un enigmático concilio. El conductor del Mercedes, llamado Santiago, toma las curvas cerradas a toda velocidad y ríe cuando advierte que contenemos la respiración. Yo intento leer el periódico. Barrientos dice que los guerrilleros han vuelto a atacar; el ejército, en cambio, no sabe nada. Pregunto a Santiago qué opina de ello y mirándome por el retrovisor me contesta: *Eso lo dice Barrientos para sacarles plata a los norteamericanos*. Cerca de la cima de la montaña hay un cementerio de indios: muertos en el paisaje de la muerte. Me apeo del coche; el aire de fuera resulta repentinamente duro y frío. En la árida tierra se alzan unas tumbas hechas de piedras apiladas. Un poco de paja seca, ¿flores, tal vez? Nombres apenas legibles que el viento ha borrado para siempre. Gente que ha vivido abandonada en el país más abandonado de América. La cima está tachonada de montoncitos de piedras apiladas. *Da buena suerte*, dice Santiago, y me explica que la gente que pasa por aquí coloca una piedra encima de un montón o empieza uno nuevo. De modo que deposito una piedra sobre uno de los montoncitos. Santiago, de pie junto al coche, se echa a reír. Eddy fotografía el desierto que nos envuelve. La nieve que se ve en lo alto me deslumbra y respiro con dificultad. El lugar en que me encuentro es más elevado que las cimas más elevadas de Europa. Naturalmente, no puede faltar la imagen de Cristo, con sus sempiternos colores fúnebres, preparado para el salto. Iniciamos el descenso, de nuevo el polvo metiéndose en los ojos y en la boca. Al cabo de un rato, Santiago señala una fina pieza de madera. Un árbol. Más árboles. El verdor va en aumento. La temperatura sube. Hasta que, una hora después, sucede lo inimaginable: el mundo entero se ha sumido en un húmedo verdor sembrado de flores de delirantes colores, gruesas hojas, el olor a vaho del trópico. En este momento ya hemos pasado Unauavi (control de tránsito de todas las Yungas). Dos palos con publicidad norteamericana forman una barrera en la carretera, y, por lo demás, nada que recuerde el siglo XX excepto el propio control. Todo está extremadamente sucio: mujeres, niños, cacerolas, chabolas. La gente cocina en la calle con latas oxidadas. Entro en un lavabo público, pero me echa atrás una gruesa costra de estiércol humano. Y moscas, muchas moscas, cómo no. El hedor es indescriptible. En todos mis viajes me había tocado comer alguna vez en una pocilga de carretera. Aquí me resulta imposible. Un camión abarrotado de indios pasa de largo cubriéndolo todo con una capa de polvo. Le pregunto a Santiago por el contenido de las cacerolas. Papas, corazón, pollo. Pero yo no veo nada parecido a un pollo. Reemprendemos el viaje. Rostros que se han dado la vuelta para no ser fotografiados, bocas que han hablado de nosotros en quechua: esta tarde ha pasado por aquí Santiago con dos gringos. Nos adentramos en el valle cada vez más verde. A lo largo de la carretera se alza de cuando en cuando una cruz en el lugar donde ha tenido lugar un accidente mortal.



La mina se encuentra detrás de una puerta roja de varios metros de altura, en medio del paisaje. Un mundo en el interior del mundo. La puerta se abre ante nosotros y se cierra a nuestras espaldas. Raíles. Trenecitos. Un agujero en la pared de la montaña. Rostros indios bajo cascos de minero. Chabolas de madera y hojalata de un único espacio. La cantina. La tienda pública. (Los mineros, lo quieran o no, reciben gran parte de la paga en especie. El género lo pueden adquirir con bonos de la mina en la tienda de la mina. Hacen cola para entrar.)

Nos espera el padre, un brabanzón fornido vestido de seglar. En la solapa lleva una pequeña cruz. Tras comer algo y tomarnos unas cervezas, nos enseña el lugar. Pero ¿hay algo que enseñar? Si uno no ha visto nunca este tipo de viviendas, resulta difícil imaginárselas. Familias enteras comparten una especie de cobertizo, construido con sus propias manos, donde han de apañárselas como pueden. El padre nos precede y, de vez en cuando, nos permite echar un vistazo al interior de los habitáculos: dos hombres blancos viendo con sus propios ojos cómo viven los esclavos del siglo XX. Los niños le llaman *padrecito* y él les pasa la mano por la cabeza. Aquí y allá se detiene a charlar un poco con las mujeres sentadas delante de las cabañas. Me señala con el dedo el lugar donde la empresa minera está construyendo las casas nuevas. Fundiciones de hormigón. Entro en una de ellas. Constan de una única habitación. ¿Eso para toda una familia? Sí. La mina da un beneficio anual de un millón y medio de dólares. Nos encontramos a un hombre mayor, completamente borracho, que nos suelta todo un discurso. El padre se echa a reír y dice: *Éste ha bebido demasiada chicha. En eso son los mejores. Una fiesta no es una fiesta si no acaba todo el mundo como una cuba.* Le pregunto al padre cuánto tiempo hace que vive en este lugar. Mucho. *Antes éramos dos frailes, pero nos hemos quedado sin gente. Cada vez menos, ya sabe.* El único europeo aparte de él que hay por aquí es un ingeniero de minas inglés. Visitamos la lavandería de estaño. Máquinas, hombres con el torso desnudo que nos sonríen algo azorados. Un joven boliviano que habla bien inglés nos guía por el lugar como si fuéramos dos reinas Julianas. ¿Cuánto gana un minero? 300 pesos. Es un país pequeño. Todo lo que se ve es mina. Un mundo cerrado. Fuera todo parece verde e impenetrable. La escuela. Niños de blanco. El maestro se sienta tras el piano y los niños se ponen a bailar en corro lentamente y a

cantar con voces agudas y chillonas. Las caritas de rasgos orientales resplandecen encima de las batitas blancas, todas idénticas. Pero yo he visto las casas a las que estos críos tienen que volver después. Y, si llegan a acabar la escuela, ¿para qué les sirven los estudios en este lugar? Y, cuando son mayores, ¿dónde hacen los deberes? Se lo pregunto al padre y él me contesta con un movimiento de cabeza. Seguimos al joven cuesta arriba por un camino fangoso. Quiere enseñarnos su casa, de la que se siente muy orgulloso. La vivienda, sobria y algo oscura, contiene algunos muebles viejos. La enseña como si fuera un chalet de lujo. Sobre la mesa, un libro de Robert Adolfs: *El sepulcro de Dios*. Le pregunto si lo ha leído y me dice riendo que no. El libro era del hermano que antes vivía aquí con él; nada puede estar más lejos que el país de donde procede este libro. Bebemos cerveza. El padre se anima y yo me pongo triste. Hablamos de la mina, de los indios. ¿Habrá revolución? No lo sabe. *Tardará aún quinientos años*, dice el padre algo abatido, y esta vez no replico. ¿Qué voy a decirle yo a alguien que vive en el lugar del que habla todo el mundo? Le pregunto si se siente solo a menudo. *A veces*. No nos decidimos a marchar, como si irse fuera algo impropio. Pero Santiago viene a buscarnos y el padre envía saludos a sus hermanos de Chulumani. Partimos en coche, y ahí se queda él, en su mina Grace. Nos dice adiós con la mano durante un buen rato: un holandés algo metido en carnes que hubiera podido pasarse la vida vendiendo coches en un pueblo cualquiera de Holanda.



El resto del viaje será una carrera contra la oscuridad. Santiago, que interpreta el viaje como su particular esalon gigante, nos conduce a Chulumani a toda velocidad. Pasamos junto a una vegetación cada vez más tropical, empinadas paredes de montaña y un riachuelo de aguas turbulentas en el que los hombres más pacientes del mundo andan buscando minerales. El único hotel parece salido de una novela de espionaje. Tres individuos sin afeitado, de aspecto siniestro, recostados en sillas de mimbre, los pies reposando sobre la barandilla de la galería, nos miran sin mover un párpado. Nosotros les devolvemos la mirada fugazmente y le pedimos a Santiago que nos lleve directamente a los frailes. Al entrar en el claustro, me invade por un instante una terrible sensación de claustrofobia, pero la eternidad boliviana me ayudará a superarlo. Los frailes son un padre y un hermano, a quienes llamaré Marcelo y Juan. La noticia de nuestra llegada ha sobrevolado los Andes y Juan nos ha preparado una copiosa comida holandesa. Con su

amplio hábito parece un dibujo de Yrrah, pero con aire bondadoso. Lleva ya más de treinta años en Bolivia, de los cuales trece fueron seguidos, porque justo cuando le tocaba un permiso para volver a Holanda estalló la guerra. *En aquella época uno no recibía noticias de la familia. En cinco años sólo supe algo una vez. Mi hermana había escondido a un piloto norteamericano. A su partida ella le entregó una carta para mí.* Juan nos cuenta poca cosa más, bromea de cuando en cuando, fuma una pipa infinita, no para de moverse, y, tras comunicarnos que tiene que *ir a ver a sus niños*, desaparece. Marcelo nos aclara que en la planta de abajo tienen una sala de juegos donde cada noche Juan reúne al menos a treinta niños para realizar actividades como dibujar o jugar.



Más adelante Marcelo también se excusa. Va a dirigir unas palabras a la cooperativa por la radio local, una cooperativa agrícola que los padres, junto con los campesinos, intentan gestionar mejor para hacerla más productiva. *Lo más importante es que concedemos préstamos, y a un porcentaje de interés mínimo. De lo contrario, los campesinos caen en poder de usureros, de esos que en Europa ya no existen, verdaderas sanguijuelas. El asunto de los préstamos nos va muy bien, pero el otro gran objetivo, el que los campesinos contraten seguros voluntarios a muy bajo coste, de eso nada. No lo comprenden, les parece que es tirar el dinero. ¿Gastar dinero en una hipotética enfermedad futura? Fatalismo.* No hay manera de acabar con ello. Marcelo nos habla también de una enfermedad porcina en una de las minas. Los cerdos tuvieron que ser sacrificados porque el mal podía afectar a las personas. Pero los campesinos escondieron sus cerdos. *Nosotros les advertíamos: «Si no sacáis a los cerdos, se os morirán los hijos». Ellos, sin embargo, se mantenían firmes delante de la cama debajo de la cual escondían a sus cerdos y nos decían: «No, un niño se puede fabricar en cualquier momento, pero ¿cuándo volveremos a tener dinero para comprar un cerdo?».*

Marcelo se despide; ahí va ese holandés de cabello blanco a tratar de convencer a los indios de la utilidad de contratar un seguro en una aldea de la que nadie ha oído hablar.

Allí me quedo yo sin saber muy bien qué hacer. Ojeo un manual sobre teología moral, leo un tratado horrendo acerca de cómo pecar contra uno mismo y cómo no, siento la cadena de años de internado oprimiéndome la garganta, y finalmente salgo a la calle. En la placita bien arreglada, el sonido de un altavoz. Bajo la luz de neón azulada la gente escucha, o tal vez no. La voz sermoneante me sigue hasta el límite de la aldea, donde no hay más que silencio y el soplo de un viento impreciso en los árboles recortados contra el cielo nocturno. De vez en cuando el silencio queda interrumpido por el grito de un pájaro invisible que sueña un sueño de terror.

Más adelante, esa misma noche, vamos a ver a Juan, quien trata a sus niños con afecto y delicadeza. Mientras tanto Marcelo nos sirve una curiosa ginebra de ciruelas. Nos cuenta que suelen recorrer las zonas del interior del país en burro durante tres o cuatro semanas y que duermen en las cabañas de los indios, en el suelo. *Los insectos nos devoran. Mientras no viva uno una experiencia de este tipo, nada sabe de Bolivia.*

Juan entra en la casa.

–*Marcelo, Marcelo.*

–*Sí, Juan.*

–*Tenemos bebida gratis esta noche.*

Y, muy contento, extrae con las uñas el corcho del tapón de la botellita de limonada, donde se anuncia que le ha tocado una botella gratis. *Life in Chulumani.* Los insectos obligan a dormir con las ventanas cerradas. Hace calor. A la mañana siguiente nos despiertan unos gritos prehistóricos: «¡Hola, La Paz. Hola, La Paz. Aquí Chulumani!». En ese momento la realidad ofrece la imagen de una luz blanca en una habitación vacía llena de camas, una calle con un indio que carga sobre el hombro pieles de olecot, un patio interior umbroso con unas flores lilas muy largas y finas y un crío indio que me mira en silencio desde su cuna de mimbre. Antes de regresar a la Paz nos adentramos un poco más en el país hasta el final de la carretera, y llegamos a la finca abandonada de un latifundista. *Ése ya no tiene nada. No le queda más que este pedacito de tierra.* Me recuerda a Surinam. Una gran casa de campo de madera con galería, altos árboles de los que penden alargados nidos de pájaros, arbustos con pinchos y flores de color rojo sangre, el gorjeo y murmullo de pájaros e insectos, un calor trémulo sobre las colinas descendentes con sus bancales repletos de arbustos de coca. Nos comemos una naranja del árbol y nos despedimos. *Saluda de mi parte a La Paz. Sí. Y a Holanda. Sí.*

En nuestro camino de vuelta nos encontramos con un trozo de montaña desprendida. Han cortado la carretera, única vía de conexión con La Paz. Tardarán horas en abrir el paso. Unos camiones cargados de indios esperan a ambos lados del hueco que ha dejado la montaña. El sol, despiadado, rebota contra una paciencia infinita. La parada implica que esa misma noche hay que volver a subir el altiplano. Blanco, frío, solitario, vacío, aterrador. Más adelante, ya tarde, una vez pasada la cumbre, avistamos la luz de la ciudad de La Paz sumergida en su pozo y tenemos la sensación de haber llegado a casa.

Al día siguiente empiezo de nuevo a hacer antesala para entrevistar a Barrientos, una actividad desmoralizadora. Cerca de mí, un profeta algo paranoico que pasa las mismas

horas que yo esperando en las mismas salas de espera de paredes despintadas. El profeta se queda dormido, pero cada vez que oye pasos en el pasillo se despierta sobresaltado, arroja una cantidad infinita de colillas debajo de su silla y me observa con un gesto de profunda melancolía. De cuando en cuando hablamos con el doctor Solaris, jefe de prensa del Gabinete de la Presidencia, que siempre nos viene con el mismo cuento: que el presidente ha tenido que volar ese mismo día hacia tal o cual destino. Y eso es todo. Barrientos no para en La Paz, a no ser para declarar que los guerrilleros han vuelto a actuar en algún lugar lejano, asunto este que inspira jugosas viñetas humorísticas en la prensa. Entretanto, el presidente logra reforzar, con sus discursos y campañas, el apoyo que los campesinos le brindan generosamente. Me quejo de la situación ante Jaime Bailey, redactor jefe de *Presencia*. Su actitud abiertamente crítica hacia el régimen no le pone las cosas fáciles, *but, my friend*, dice como sólo los sudamericanos saben decir, *this is still Bolivia, so I will phone some people*, y el teléfono empieza a sonar detrás de unas puertas fortificadas, y, lo que es mejor aún, me promete que me abrirá la puerta más fortificada de todas, aquella detrás de la cual está preso el ex ministro de Asuntos Exteriores, Antonio Arguedas, el hombre que envió a Castro el diario de Guevara e hizo las más impresionantes revelaciones acerca de la CIA (y de sí mismo como empleado de ésta). Bailey se dedicará a difundir todo este asunto y ahora, mientras escribo, se está produciendo en La Paz una especie de orgía de confesiones. *Presencia* ha publicado las fotos de Félix Ramos y Eduardo Gonzales, agentes cubanos de la CIA, además de revelar todos los detalles acerca de su participación en el asesinato de Guevara. Rostros sombríos.

Esa noche me tomo con Bailey una cerveza en el Bierhalle alemán en compañía de muchachas bolivianas vestidas con *dirndltracht*<sup>23</sup>. Qué más puede desear uno. Bailey me habla de la desastrosa guerra del Chaco, una de esas contiendas inútiles y brutales que han proliferado como un cáncer en la historia del país. 60.000 muertos en una guerra por nada, hombres aniquilados por las balas, las serpientes, la malaria, la disentería. Sucedió en 1932. En las primeras filas combatían indios escasamente motivados, a menudo arrastrados al frente con cadenas. Un par de kilómetros atrás, generosamente provistos de alimentos, bebida y mujeres, luchaban los oficiales. Aquellos que, a pesar de estar en la retaguardia, tuvieron la mala suerte de perder la vida en combate están enterrados en el cementerio de La Paz. Allí pueden admirarse las imponentes tumbas de esos militares cargados de cruces que cayeron en la gloriosa guerra del Chaco, contienda esta que Bolivia perdió y que acabó siendo un semillero para la inflación y la agitación social. En 1936 estalla la revolución. David Toro expropia Standard Oil, lo que lleva a su destitución en 1937. El presidente que lo sucede, Germán Busch, amenaza con nacionalizar las minas y actúa contra lo que allí se denomina la Rosca, los barones del estaño: Patiño, Hochschild, Aramayo. Busch se suicida. Su tumba se encuentra en ese mismo cementerio: una especie de estación central de mármol, la exaltación de lo putrefacto. Su retrato preside el despacho de Barrientos. Ambiciones frustradas, luchas desiguales, el impotente tira y afloja de la historia de un país que sigue los intereses de

una minoría. El sucesor de Busch es Peñaranda, quien ofrecerá a Standard Oil un *settlement* de 1.500.000 dólares. A cambio le conceden un crédito para volver a poner en funcionamiento la línea de ferrocarril, cosa que hasta el día de hoy no ha sucedido. Además, recibirá ayuda económica para la construcción de carreteras, pero treinta y seis años después sigue sin haber una sola carretera asfaltada.

Y más adelante, en 1942, sucede algo tan doloroso que aún hoy sigue abierta la herida, una herida que no cicatrizará en lo que queda de siglo: el asesinato de 6.000 mineros en Catavi. Éstos se rebelan al fin contra las condiciones de trabajo infrahumanas a las que están sometidos, los sueldos de hambre y la perspectiva de una muerte precoz. Se rebelan al fin, e inmediatamente después serán acibillados a tiros: hombres, mujeres, niños. Lo mismo sucede, a menor escala, en 1967, bajo la presidencia de Barrientos. Peñaranda es sustituido por Villarroel, a quien Norteamérica tardará seis meses en reconocer. Dos años después Villarroel acaba sus días linchado y colgado de los pies de la famosa farola. Del caos emerge paulatinamente una figura: Víctor Paz Estenssoro, exiliado en Argentina. Sale elegido en 1951, pero la oposición se niega a reconocerlo; una nueva revuelta, sangre y balas, 3.000 muertos. Washington vacila, tarda tres meses en reconocerlo. Paz cumple sus promesas y nacionaliza las minas de estaño. La expropiación tiene lugar en Catavi, el escenario de la masacre del 42. Pero, mientras el precio mundial del estaño baja de 1,21 a 0,82 dólares (¿justificadamente?, ¿con maquinaciones?), suben, justificadamente, los sueldos en las minas nacionalizadas. Se inicia un nuevo ciclo del drama. Los técnicos extranjeros hacen lo de siempre: largarse del país. Pero Paz sigue adelante: expropia la tierra. Para Latinoamérica la verdadera revolución es esto: la reforma agraria. En La Paz todo el mundo habla del tema. Fueron ellos los primeros en llevar a cabo la reforma, no los cubanos. El problema es que una ley que convierte de sopetón a un esclavo de siglos en propietario no tiene ningún sentido si no va acompañada de una política global. La reforma agraria no significó más que la conversión del latifundismo en minifundismo, y los indios no ganaron gran cosa con ello. Antes, ellos cultivaban su pequeña parcela de tierra a la manera medieval y dejaban de cultivarla cuando tenían suficiente para comer. Y eso mismo hacen hoy día. De este modo un acto revolucionario se convirtió en un gesto moral cargado de entusiasmo pero vacío. Resultado: Bolivia se ve obligada a importar aún más alimentos que en el periodo anterior a la revolución. Y más de uno se ríe.

Abandonamos el Bierhalle. Steinhäger y otros olores alemanes se quedan atrás. Bailey me toma del brazo y dice: *You see, my friend, sometimes this country seems to destroy everybody...* Es un nido de serpientes. El caótico Villarroel intenta actuar en favor de los indios y los cholos del Altiplano, pero provocará la reacción de elementos de derechas que a la larga acabarán con él. Busch se entrega a la bebida y acaba suicidándose. Paz empieza muy bien: crea una milicia de mineros, abole la esclavitud (hasta entonces un terrateniente podía vender su tierra junto con sus peones) y concede el sufragio universal. Sin embargo, con el tiempo aparecen campos de concentración, se producen

misteriosas desapariciones de opositores, revueltas, huelgas, corrupción en las minas, y, tras un golpe de Estado de Barrientos, Paz acaba en el exilio.

Llegamos a las oficinas de su diario *Presencia*. Allí está él, en su despacho de madera descascarillada con olor a periódico, en medio de un caos de papeles, un hombre menudo con ojos de un azul intenso, declamando que lo primero que hay que hacer es sacar al pueblo de la miseria y procurar que tome conciencia política. Me muestra una publicación, titulada *Acción*, dirigida a los campesinos. Letras muy grandes, fotos muy claras. En la portada del número que me entrega se ve un indio hincado de rodillas, encima del cual hay escrito en grandes letras: «¡LEVÁNTATE!».

*No hay mayor vergüenza que la sumisión. Depender de la voluntad y de los intereses de otros, carecer de libertad. De todos los sistemas políticos, el colonialismo es el más inicuo, en cuanto que somete pueblos enteros a la voluntad de una minoría.*

Bailey señala con el dedo hacia dentro. *Éste es nuestro mayor éxito*: una carta semanal de la mina Siglo XX en la que los mineros expresan sus ideas al estilo minero con palabras sencillas. Procedemos a leerla: «Siempre que Bolivia solicita apoyo económico a Norteamérica, este país impone sus condiciones tal como hicieron en el pasado los españoles».

Me propone visitar el domingo un «proyecto» en el que él y otras personas, sobre todo estudiantes, colaboran con los vecinos de barriadas pobres en la construcción de casas, alcantarillas, letrinas, y todo lo que haga falta. *Nosotros no dirigimos nada. Las decisiones se toman hablando con la gente. Los vecinos de estos barrios hacen lo que no hace el Estado y, como lo construyen todo con sus propias manos, se sienten responsables de sus cosas. Y ese sentido de la responsabilidad hacia lo que no es de su propiedad exclusiva es algo que sienten por primera vez en la vida.*

Al día siguiente tendré la ocasión de verlo todo con mis propios ojos. Vienen a buscarme dos estudiantes para llevarme a un barrio de la periferia, ubicado a gran altura entre las colinas. Grupitos de hombres trajinan con palas y carretillas. Mis acompañantes me piden que espere un momento, pues van a preguntarle al capataz de obra indio si le parece bien que me quede a ver cómo trabajan. *Procuramos no imponer jamás nuestra voluntad y discutir antes con ellos cualquier iniciativa que venga de nuestra parte.*

Un rato después me hacen una seña de que puedo acompañarles. Subo lentamente la empinada cuesta. Viene a mi encuentro un hombre de unos cuarenta años y empieza a darme explicaciones de lo que están haciendo: construir una alcantarilla para unas letrinas. Trato de encontrar una palabra con la que describir la actitud de este hombre y no se me ocurre nada más que «parsimoniosa dignidad».

Los estudiantes cavan la tierra junto con los demás hombres. Una muchacha arrastra una pesada carretilla cargada de piedras. Los demás trabajadores se agrupan alrededor de la carretilla y me preguntan qué aspecto tiene Holanda. A la respuesta de «ni una montaña», estalla una carcajada general. Nos muestran los proyectos ya realizados y los que quedan pendientes. Ellos vuelven al trabajo y yo emprendo el camino de vuelta. Una vez abajo miro hacia atrás por última vez. Los trabajadores me dicen adiós con la mano. Yo les devuelvo el saludo preguntándome si no es mejor cavar una alcantarilla, una sola,

que escribir diez artículos.

¡Apoteosis! He conseguido la entrevista con Barrientos, y con los estudiantes, y, además, me colarán en la cárcel donde está Arguedas. Y todo ello en un solo día. Esta vez los soldaditos rojos nos abren paso, y nos adentramos en el terrario del *establishment* boliviano. En la sala de prensa cuelga un letrero que dice: «Busquemos los medios para el triunfo de la libertad de expresión en todo el mundo». Un funcionario me comunica: *Dispone usted de veinte minutos*. Nos vamos a la habitación de al lado. Fuera se oye música militar. El escudo de armas boliviano luce en todos los espejos. Suelo de parquet, techos dorados, columnas, señoras Jugendstil con pechos incipientes portando un ramillete de lámparas en el aire. Ajetreo de militares con guantes blancos y gafas de sol oscuras, nada se deja en manos de la imaginación. Dos coroneles nos invitan a que los acompañemos.

En una habitación decorada con oro, maderas nobles y banderas, ocupa su despacho Barrientos. Se pone en pie para recibirnos. No es un hombre grande pero sí fornido, el cabello cortado al rape, los ojos claros y la mirada alerta. Nos examina tal como nosotros le examinamos a él. Veintiún accidentes de avión ha sufrido el hombre, de los cuales diez graves. Ha sido víctima de diversos atentados, algunos de ellos, según dicen, organizados por él mismo. Ha realizado innumerables hazañas, como aterrizar de noche a oscuras en Cochabamba cuando necesitaba el apoyo de sus campesinos o, cuando las fuerzas armadas se quejaron del estado de los paracaídas, agarrar el primer paracaídas que tenía al alcance de la mano y tirarse del avión. Ejemplos todos ellos de un comportamiento machista que en ese continente está a la orden del día.

El presidente está sentado frente a la bandera boliviana. A su izquierda y derecha los retratos de Busch y Villarroel, presagios sombríos. Eddy empieza a dispararle fotos, lo que provoca el siguiente comentario del presidente: *Si usted fuera Castro, yo estaría muerto ahora mismo*.

De modo que Castro. *Él tiene su revolución, nosotros la nuestra. Que no intente importar la suya a nuestro país. ¿Quién dio la orden de asesinar a Guevara? Yo no. Pero lo cierto es que ese hombre era un intruso, un extranjero. Eso a nosotros no nos gusta. Guevara no hablaba el lenguaje de los campesinos y éstos no se fiaban de él.*



¿No van las cosas en Cuba, a pesar del bloqueo, relativamente mejor que aquí? *Nuestros problemas son más serios. Y, además, recuerde que a Castro lo mantienen los rusos. ¿De cuántos consejeros militares norteamericanos disponen las tropas de*

operaciones especiales? *De seis.* (De cuarenta, nos dirá el embajador norteamericano dos horas después.) ¿Se presentará usted de nuevo a las elecciones en el año 70? *No.* ¿Qué hará entonces? *Dirigir a los campesinos.*

A continuación el presidente nos hace toda una disertación acerca de lo que ya se ha conseguido y lo que falta por conseguir. ¿Por qué se entrega el país en cuerpo y alma al capital americano? Gran parte de la oposición rechaza esta política, ¿no es así? *Nosotros estamos abiertos a cualquier ayuda, a cualquier inversión; incluso de parte de los países del Este y de Rusia.* Eso es algo nuevo, le contesto, y él asiente. Luego sigue un elogio de las riquezas del país. *Somos un mendigo en una silla de oro.* Desarrollo, desarrollo. Una batalla contra el tiempo.

El ayudante empieza a hacer gestos con la mano. Le pregunto al presidente por su amigo Arguedas. Según la ley, es el congreso el encargado de juzgarlo. ¿Por qué entonces se le lleva ante un tribunal militar? *Eso no es de su competencia,* me responde el presidente. ¿Y Debray? *Debray está bien. Se le permite recibir visitas de su mujer, le dejan beber whisky, está bien.*

¿Y los Rangers? ¿Y eso qué es? Tropas de operaciones especiales, entrenadas por los norteamericanos, que dispararon contra los mineros en el año 67. *Provocados por los agitadores.* Son los que persiguen a los guerrilleros. *Ésos no se llaman Rangers. Es el Grupo de Defensa Nacional.* ¿Podría visitar el campamento secreto?

El ayudante, al oír mi petición, está a punto de sufrir un desmayo, pero el presidente me concede permiso. Un oficial de marina (¡no tienen mar en Bolivia!) irrumpe en la habitación. *Estos señores visitarán esta misma tarde el campamento del Grupo,* etc. El presidente se pone en pie, aparta su taza de té, se despide con un fuerte apretón de manos, y se acabó lo que se daba.

Capítulo siguiente. Un hombre nos cita en un café. Es el individuo que me va a ayudar a entrar en la cárcel donde está preso Arguedas. Le sigo por angostos callejones. El corazón me late con fuerza, será por la altura. Un patio grande. Grandes letras. DIC. La policía secreta. Mucha gente caminando de un lado a otro. Percibo inmediatamente quién es el tipo que viene a solicitar clemencia, quién el espía, quién el denunciante y quién el verdugo. Mi guía, temeroso, alza de vez en cuando la vista mientras enfilamos un pasillo de madera donde unos señores, en estado de duermevela, yacen indiferentes en unos bancos. El guía se dirige a una puerta. De repente, en el último momento, se interpone entre nosotros un tipo con traje blanco. Acto seguido, mi hombre ha desaparecido. ¿Qué he venido a hacer aquí? Entrevistar a Arguedas. Papeles, pasaporte, me lo retienen todo. Sala de espera. Horas y horas. Me devuelven los papeles y me dejan marchar. Únicamente el Ministerio del Interior puede conceder un permiso para entrar en la prisión. La comedia durará días, una competición que yo acabaré perdiendo. El ministerio me envía a la policía, la policía al ministerio, éste al tribunal, y finalmente al Tribunal Superior de Justicia. En ese momento hace ya tiempo que sé que no lograré ver a Arguedas, pero me mantengo en mis trece por tozudez y curiosidad. Al fin me llega una carta del juez superior en la que se me concede permiso para visitar al capitán Arguedas Mendieta en su celda, siempre y cuando el propio capitán esté de acuerdo. Vuelvo a la

cárcel, han pasado ya bastantes días desde la última vez que estuve allí. El capitán Arguedas no está de acuerdo. ¿Por qué no? La cabeza de piedra que tengo enfrente se asombra de mi estupidez. *Porque tiene que conceder demasiadas entrevistas*, me contesta riendo entre dientes. Pero yo sé que Arguedas lleva ya tres meses incomunicado.

La embajada norteamericana es otro mundo, un mundo de tipos industriosos. Jamás he sentido una sensación de imperio tan fuerte como cuando el *marine* –los ojos apenas visibles bajo su enorme gorra blanca, y todo él a su vez pequeño bajo la gigantesca bandera estadounidense– copia los datos de mi pasaporte.

El embajador se llama Raúl Castro, una broma del Departamento de Estado. Quien más bromea sobre el tema es el propio embajador. La conversación, bajo la mirada que Lyndon B. nos lanza desde la pared, será amena. Las mismas palabras de siempre resuenan como un eco por la habitación: desarrollo, libertad, Alianza, la enmienda Hickenlooper. Pero ¿cree usted que tiene sentido imponer, a cambio de la concesión de ayudas, unas condiciones que a la larga sólo benefician al donante? Será un diálogo de sordos. Señor holandés, mire usted a su alrededor y observe lo que sucede en el mundo. Japón hace lo mismo, Rusia hace lo mismo en Cuba. *Competition*.

De modo que los enanos tienen que intentar sobrevivir entre las rodillas de los gigantes. Los bolivianos exportan a bajos precios materias primas (estaño de Grace en barcos de Grace) que retornan al país en forma de productos caros. La industria apenas existe, ni siquiera disponen de altos hornos propios. El derecho del más fuerte sigue prevaleciendo, a pesar de los apasionados discursos –en un mundo en que todo el mundo opina– sobre la marcha solidaria hacia la conquista de la libertad del gran continente americano.

Se acabaron las palabras huecas, abandonamos el edificio. Junto al palacio presidencial espera el todoterreno que nos llevará por una carretera llena de baches a donde están los Rangers, en las afueras de la ciudad. Hemos llegado, hay que apearse. Control. Y entonces sucede algo que me dejará perplejo.

En una plaza de arena, doscientos hombres en uniforme de camuflaje, con las metralletas en posición de tiro, nos están esperando. Eddy logra al menos hacer unas fotos, pero yo me quedo de piedra. Un oficial, tocado con un sombrero australiano de esos con el ala levantada, nos saluda y nos presenta a las tropas. Me percató del color exageradamente celeste de mi traje. Los doscientos hombres con sus caras de rasgos mongoloides miran fijamente. Yo paso andando ante la tropa. Ni un movimiento. Me entran ganas de romper a llorar o de morirme de risa por lo extremadamente ridículo de la situación, pero en cuanto recuerdo que éstos son los hombres que han peinado Vallegrande metro a metro, se me quitan las ganas de todo. Eddy me dice: *Ojalá se movieran*. Y yo, con una autoridad absurda, pido que los hombres se muevan «para la foto». Se imparten órdenes a voces, los soldados doblan las rodillas, adelantan sus metralletas y, con la mirada fija en un punto, emprenden la persecución de un enemigo invisible. ¿Qué enemigo? ¿Inti Peredo, El Chino, Che Guevara? Eddy dice que ya tiene suficiente. El todoterreno viene a recogerlos; los oficiales, con los dientes tan blancos

como las camisetas que llevan, nos estrechan la mano. Nootboom y Posthuma de Boer han pasado revista a las tropas.

Esa noche, como si no nos bastara con lo vivido ese día, se presenta el primer estudiante. No quiere quedarse en el hotel, de modo que salimos a dar una vuelta por las calles oscuras. Un comunista pro-Pekín. A su juicio, Castro es un pequeño burgués que presta su apoyo a la gente equivocada en Latinoamérica y que está al servicio de Moscú. El estudiante, joven él, susurra y declama en una jerga estudiantil parisina, mientras la luna ilumina su rostro resplandeciente de entusiasmo. Finalmente me entrega una carta en una carpeta roja que Óscar Zamora dirige a Castro y que finaliza con estas palabras: «Sin duda continuará usted con sus intrigas y campañas de difamación...». Le pregunto al estudiante si no le parece que Castro y Guevara han hecho mucho por Latinoamérica, a lo que me contesta que no gran cosa. A su juicio, Guevara se ha equivocado y Castro apoya a los revisionistas, al partido oficial boliviano contrario a la revolución y al traidor Monje, *ese que pretende eternizar el sufrimiento de los oprimidos*.

¿Y él qué piensa hacer? Adentrarse en breve en las zonas del interior del país. Provocar revueltas en el campo, no en los lugares equivocados, como hizo el Che, y jamás con la ayuda de los traidores del partido comunista oficial. Y, tras pronunciar estas palabras, el estudiante se esfuma en la noche.

El segundo estudiante se expresa en un alemán lamentable y sin embargo se niega a hablar conmigo en español. Es un democristiano, seguidor de Camilo Torres, con pinta de pálido seminarista, a quien no le gusta el chileno Frei, *porque se ha vendido*. Este estudiante entrena con la guerrilla. Sube a menudo al Altiplano, donde vive durante días en las chozas de los indios, a los que quiere conocer bien, de modo que se emborracha con ellos y aprende el quechua (de otro modo, no tendría sentido). ¿De dónde sacan ustedes el dinero? *Lo robamos*. ¿Quiere usted colaborar con los comunistas? *Sí, mientras sea necesario*. ¿Y después? *Si los comunistas se niegan a seguirnos, al paredón*. ¿No cree que se está pasando un poco? *La revolución no permite sentimentalismos. De lo que se trata es de sacar a este país de la miseria y no de volver a convertirlo en un siervo, esta vez de Rusia o de China. El problema está en que Bolivia no es capaz de valerse por sí misma; sin la ayuda de otros países es imposible salir adelante después de una revolución. Toda América Latina debe sublevarse, juntos constituimos un gran poder. No podrán acabar con todos nosotros. Estamos dispuestos a sacrificar nuestras vidas, como hizo Torres, como hizo Guevara. Otros retomarán nuestra lucha*.

El segundo estudiante me deja el salto que he dado ese día. Barrientos, Arguedas, Rangers, Pekín, Torres. El torbellino de un continente que tira de una cadena. Una cadena que se ciñe más a medida que se debilitan los eslabones. Una cadena que nosotros, en nuestro tiempo, veremos romper.

El último día de nuestra estancia, H. nos acompaña al lago Titicaca. Será una impresionante excursión por el solitario altiplano. Pasamos delante de los misteriosos

templos del sol —esas piedras en forma humana debajo de las cuales morían hombres aplastados—, hasta alcanzar el último lugar fronterizo, las orillas frías y agrestes del lago azul grisáceo, de donde zarpa el barco hacia Perú. Un indio, recién salido de la prehistoria, se acerca a nosotros en su barca de junco trenzado. Un par de cochinitos negros comen en la arena fría y húmeda de la playa. Una mujer carga unos juncos largos y verdes sobre un asno que clama al cielo. El hombre amarra su barca. H. dispara contra unos patos y el disparo resuena por todas las montañas. Me acerco al pescador; resulta que no habla español. Nos quedamos callados el uno al lado del otro. Señalo con el dedo el sol y digo *sol*. El hombre se echa a reír, y señalando él también el sol, me dice: *Inte*. Esa palabra nos servirá para nombrarlo todo: la solitaria llanura, las míseras chozas, los cochinitos, la mujer, los patos que se precipitan hacia abajo, las montañas de Perú, el agua, la blanca nieve del Illimani. Saboreo esas extrañas palabras breves de la lengua que hablaron los incas. Al día siguiente, mientras viajo en avión de vuelta a casa y veo el sol iluminando la luna debajo de mí, me acuerdo del rostro del pescador y de cómo pronunciaba esa palabra: *Inte*. Esa misma noche, en Nueva York, durante una manifestación anti Wallace, un agente de la policía montada le hace un boquete al taxi que me lleva al hotel. De nuevo en casa. Sobre los estantes de Moscú, Washington, París, La Habana y Pekín sigue completándose el dossier sobre Bolivia, una historia de sangre, dinero y números mal hechos.

[1968-1969]

La de nieve que se ha derretido, ha caído y ha vuelto a derretirse en los Andes desde que visité Bolivia por última vez. Arguedas parece haberse evaporado. Lechín regresó. Bailey Gutiérrez, que tanto esfuerzo hizo por conseguirme una entrevista con Barrientos, fue nombrado ministro de Información y, posteriormente, cesado. El tristemente famoso comandante Plaza, responsable de haber reprimido brutalmente una revuelta minera bajo el régimen de Barrientos, fue abatido a tiros por el ELN, el ejército de liberación nacional. El seguidor del Che Guevara, Inti Peredo, cayó en manos del ejército y fue asesinado, al igual que su hermano Coco, catorce días antes de la caída de Guevara. El propio Barrientos perdió la vida al caerse su helicóptero. ¿Un accidente? ¿Un acto de sabotaje? Nadie lo sabe o nadie quiere decirlo. En un periódico leí que Barrientos llegó a ser un hombre muy popular, aunque no se especificaba entre quién era popular, pues es éste un concepto relativo. Con todo, no deja de ser cierto que algunos rasgos de su personalidad cosecharon la simpatía de los sudamericanos. Era un hombre que desconocía el miedo y que trataba de llamar la atención haciendo cosas extravagantes que, más que con las tareas del gobierno, tenían que ver con el personalismo. No soportaba estar sentado en un despacho, de modo que no cesaba de coger aviones para ir a ver a «sus» indios, cuya lengua sabía hablar, caso excepcional. Nunca se ha llegado a dilucidar del todo el papel que desempeñó en el envío del diario de Guevara a Castro. No está demostrado que interviniera personalmente en el asesinato del dirigente guerrillero

tras el encarcelamiento de éste. Muchos piensan que esa decisión procedió de otros cuarteles: los de su invisible dirigente gemelo, el general Ovando. Barrientos supo mantener su posición en La Paz, entre otras cosas, mediante la continua amenaza de sus campesinos armados, completamente entregados a él y que constituían o, mejor dicho, constituyen un poder real, a pesar de haberse quedado sin líder. Al igual que los presidentes Busch, que se suicidó, y Villarroel, que fue colgado de una farola en La Paz frente al palacio, tampoco Barrientos murió en la cama, algo que en Bolivia constituye más una regla que una excepción. Nombro a estos dos hombres precisamente porque vi sus retratos en el despacho de Barrientos, una especie de inspiración lúgubre que me impresionó. Ahora es él el que ha desaparecido de ese teatro patético que es Bolivia, un país en el que la historia y las circunstancias parecen más poderosas que los que manipulan su interior, un teatro en el que los protagonistas son movidos de un lado a otro por invisibles hilos creyéndose que actúan. Pensándolo mejor, me parece que ni siquiera es verdad que los hilos sean «invisibles».

Después de Barrientos, el duro, asomó a la escena Siles, el blando, pero fue desbancado por Ovando, quien optó finalmente por nacionalizar la empresa GULF, probablemente con el único objeto de asegurarse el sillón oficial. Pero, al poco tiempo, Ovando fue barrido por un golpe de Estado apoyado por los norteamericanos, cuyo resultado no fue el que éstos habían esperado: la presidencia la acabó ocupando el general de «izquierdas» Torres, que ahora se balancea en la cuerda floja progresivamente ensangrentada, de la que se han caído ya, a tiros o por voluntad propia, más de cien presidentes. Torres gobierna con el apoyo de los trabajadores, campesinos y estudiantes radicales. Lechín, un personaje casi mítico en la compleja leyenda boliviana, durante largos años líder de los mineros, es el presidente electo de la nueva asamblea popular, que además de nacionalizar las minas pretende socializarlas, unir a los pequeños campesinos en cooperativas, comunidades y granjas colectivas, y establecer una relación más estrecha con Cuba y China.

Todo ello no es suficiente para el ELN. El Ejército de Liberación Nacional quiere deponer a los generales y sustituir el ejército por una milicia revolucionaria. A. L. Constandse comenta en un artículo aparecido en el diario *Vrij Nederland* : «Es difícil saber hasta qué punto la asamblea popular piensa seguir en la dirección del ELN. Su objetivo inmediato es movilizar política y militarmente a las masas contra un golpe de Estado (pronorteamericano) fascista e imperialista. En las actuales circunstancias, semejante acción podría provocar una guerra civil y un nuevo Vietnam si los Estados Unidos se decidieran a intervenir».

Hace tres años concluí mi artículo con las siguientes palabras: «Sobre los estantes de Moscú, Washington, París, La Habana y Pekín sigue completándose el dossier sobre Bolivia, una historia de sangre, dinero y números mal hechos». Los números mal hechos ya los conocemos, la sangre ha corrido y el dinero desempeña su papel. La demanda de justicia, cada vez más apremiante, recibe respuestas diferentes por parte de tres países. En Chile, Allende lo intenta con un gobierno marxista y un parlamento democrático. En Perú, unos pocos generales nacionalistas exigen la repartición de la tierra y cooperativas

campesinas. Es un régimen con lados oscuros, aunque sus autoritarios militares nos parecen demócratas ilustrados en comparación con los de Paraguay o Brasil. Y luego está Bolivia, donde un militar ejerce el poder con una asamblea popular. Quién sabe hasta cuándo.

[Septiembre 1971]

## El sabor del destino

Me encuentro en la zona central del Museo de Antropología de México. En la zona central, lo que significa que llevo más de medio día en el museo. Contemplo un *tableau mort*, la maqueta en tamaño real, dibujada conforme a las proporciones de la muerte, de una exhumación. Desde una plataforma miro, a través de la luz filtrada, en el interior de una garganta de tierra. Al fondo veo unos esqueletos sobre la tierra que los cubría antes de que fueran, literalmente, *des-cubiertos*. Una tierra arenosa que con el paso del tiempo se ha mezclado con el polvo en que se han convertido los antiguos cuerpos. Resquebrajados cráneos de color pardo oscuro por cuyas grietas se ha salido la savia del pensamiento. Esqueletos desencajados, descolocados por algo aún más poderoso que la muerte: el tiempo. Posturas imposibles, una danza macabra que se ha venido abajo. Entre los cuerpos, vasijas.

Las vasijas han sobrevivido a la muerte y han conservado su identidad, su forma ha permanecido intacta, podría llevármelas a casa y usarlas. A su alrededor yacen derrotados aquellos que las fabricaron o las usaron, cual ordenadores destripados sin software. Contemplo en el interior de sus gargantas consumidas esa maliciosa mueca de la ausencia absoluta, la desfachatez de la muerte. «Tlatico», pone allí, «1300-800 antes de Cristo», y en ese instante, al ver estas cifras, comprendo lo desesperado de mi empresa. Estas cifras, la plataforma, la tribuna, la moderna estructura sobre la que me encuentro, como si mi época (1933-...) me otorgara una extraña superioridad, un patio de butacas en la sala del tiempo desde la que poder contemplar el pasado, como si yo fuera un ser invulnerable y no estuviera ya construyéndose una sala mucho mayor en la que alguien se detendrá a contemplarme a mí o a mi época. Llegado ese momento, yo ya no tendré nombre, como tampoco lo tienen esos huesos que asoman de la tierra cual trozos de madera. Al referirme a lo «desesperado» de mi empresa no hablo de una sensación ni sugiero un concepto de *vanitas*. Por el contrario, debo reconocer que la idea de la muerte empieza a resultarme reconfortante. No, a lo que me refiero es al tremendo cansancio que se ha apoderado de mí en este museo. Un cansancio ocasionado por los efectos del viaje, las impresiones y la altura de esta tierra, pero más aún por otra cosa: por el tiempo, el tiempo en forma de Historia.

Yo conocía las regiones de las que procedían los conquistadores, los áridos paisajes de Extremadura, con sus palacios abandonados de Cáceres y Trujillo; había leído las cartas que Cortés dirigió a su rey y el increíble relato de la conquista de Bernal Díaz, y había

visitado el Archivo de Indias en Sevilla. Sobre los aztecas y su terrorífico Estado totalitario –cuya única diferencia con un relato de ciencia-ficción es haber existido de verdad– había leído todo lo que mi mente podía soportar. Sin embargo aquí, en el Museo de Antropología, sentí el peso del propio tiempo, o al menos así lo experimenté. A lo mejor esa sensación se debía en realidad al peso de las cosas que veía a mi alrededor: las piedras talladas, el poder de los ídolos, las lápidas, los calendarios de basalto que designaban formas de tiempo tan diferentes de las mías.

Sólo un perro podría caminar por aquí sin inmutarse, pensé. Durante mi recorrido por el recinto me quedaba prendido cada dos por tres de algún objeto; intentaba descifrar signos, comprender imágenes, regresaba distraído a una sala que ya había visitado, consciente de que con ello recorría siglos de distancia, siglos de ida y siglos de vuelta, un tiempo pasado que se resiste, rebelde y difícilmente franqueable. Todo aquello había desaparecido conjuntamente, es más, esas civilizaciones se conquistaron, se exterminaron, se hundieron las unas a las otras, y de toda su grandeza ya no quedaban sino esas piedras ahora inútiles –con sus grabados traducidos o incomprensibles, sus cabezas de monstruo, sus bocas de animal– y los cuchillos con los que extraían los corazones. Cuchillos auténticos, corazones auténticos. Rastros de sangre ya no había, claro está, pero para imaginárnosla bastaba con leer la descripción que hizo Bernal Díaz de aquellos sacerdotes de melenas enmarañadas con los cabellos pegajosos por los coágulos de sangre. Los había visto en las ilustraciones de los códices, esos cuerpos inclinados hacia atrás en posturas imposibles con ese gran orificio en el pecho del que brotaba la sangre como de una fuente, la figura del sacerdote enarbolando el cuchillo sobre uno de esos millones de seres sin nombre.

En el catálogo, altamente instructivo, de la exposición de Bruselas sobre los aztecas, Wolfgang Haberland ofrece una visión algo indulgente de los sacrificios humanos. A su juicio, no pudieron ser tantas las personas sacrificadas. Con «tantas» se refiere a «tantas al mismo tiempo», porque los sacrificios humanos se realizaban a diario. El sol debía ser alimentado con sangre para que naciera de nuevo cada madrugada; como un mísero esqueleto, el astro esperaba en el sombrío reino de los muertos su nueva ración. En cierta ocasión, cuando Nezahualpilli se unió a Ahuizotl en una expedición de castigo por la sierra norte de Oaxaca, se le llegaron a ofrecer más de veinte mil seres humanos, aunque Haberland niega este hecho. Según sus cálculos, se puede sacrificar a un individuo cada dos minutos, lo que supone un máximo de treinta personas por hora. «De ser cierto que los sacrificios se realizaban desde la salida hasta la puesta del sol, es decir, doce horas al día, cabe deducir que diariamente se acababa con la vida de trescientas sesenta personas.» G. C. Vaillant, en un libro más antiguo (*The Aztecs of Mexico*), cuenta que los militares de más alto rango eran los que iniciaban, con coraje, los grandes sacrificios. Los prisioneros de guerra se hallaban alineados en dos filas, y los subordinados eran los encargados de terminar el trabajo.

La magnitud de las probabilidades humanas tal vez le conceda la razón a Haberland. Sin embargo, la comparación que hace éste para resaltar la barbarie de nuestra

civilización –las cazas de brujas y la condena a la hoguera de los herejes– me parece absurda, aunque sólo sea porque los motivos con que se justificaban los asesinatos entre los aztecas nada tienen que ver con los nuestros. *También* éstos eran actos de barbarie, por supuesto, mas de otra índole, y con ello no quiero decir que fueran peores sino diferentes. Los aztecas no mataban a sus congéneres a partir de un conflicto de ideas, sino a partir de la común asunción de una misma idea: que los sacrificios eran necesarios para evitar el fin del mundo. La víctima compartía esta misma creencia, lo que la convertía en la prolongación religiosa del sacerdote que la sacrificaba. Después de su muerte ascendía a Tonatihuilhuac, el paradisíaco cielo del dios Sol, situado en el este. Durante cuatro años, el muerto acompañaría al sol hasta su punto más alto, cantando y bailando, para después regresar a la tierra en forma de mariposa o colibrí. Por otra parte, como dar a luz un hijo se relacionaba con la actividad guerrera, la mujer que moría de parto también iba al paraíso.

Salgo afuera para tomarme algo en la terraza del museo y veo posarse una mariposa sobre una adelfa, e intento imaginarme qué sería para un niño de Tenochtitlan –la gran capital ubicada en el lugar donde ahora me encuentro– ver una mariposa volar por el aire y posarse a su lado sobre una flor. ¿Sería para él un guerrero muerto que ha acompañado ya al sol en cuatro ocasiones o una mariposa más entre tantas otras?

A juicio de Haberland, con esa visión exagerada de los sacrificios humanos pretendemos acallar nuestra mala conciencia por haber sido artífices de la destrucción de una civilización floreciente. Estoy tentado de darle la razón mientras contemplo la maqueta del Recinto Sagrado en el Lago. Pero no hay que olvidar que esa construcción sagrada es, al mismo tiempo, una manifestación de poder y de absolutismo; en medio de esas altísimas pirámides dispersas a lo largo y ancho del territorio, vivían en tiempos de Cortés veintitrés mil quinientas personas. Para aquella época, Tenochtitlan era una verdadera metrópoli. La vida en la ciudad estaba enteramente reglada: para las clases altas, vestir la ropa inadecuada podía acarrear la pena de muerte; todos los pueblos, hasta el extremo más lejano del territorio, estaban sometidos al poder central; nada, al parecer, se dejaba en manos del azar; todos los hilos estaban tensados hacia ese único soberano absoluto, Tlacatecutli, señor de señores, Tlatoani, el que habla bien. Él era la araña en la telaraña, el primero entre los aztecas, nombre colectivo de todos aquellos pueblos conquistados y anexionados por los mexicanos en su expedición de siglos.

Camino ahora entre los restos de su civilización, pero no de la suya únicamente, también de la de sus vecinos y antecesores: los mayas, los olmecas, los toltecas. Este museo es todo un universo, la valla de lo que alguna vez fue un mundo encerrado en sí mismo, un mundo que produce vértigo por su extrañeza. Dado que estoy aquí, en esta ciudad, en su territorio, procuro limitarme a los aztecas, pero ¿hasta qué punto puede uno comprender su mundo? Repito en voz baja los extraños nombres con los que designaban los años de su siglo de veinticinco años: 1 Conejo, 2 Caña, 3 Cuchillo de sílex... e intento imaginarme que esos nombres no evocaban a aquellas gentes más que lo que a mí me evoca el mes de enero, pero ¿cómo hacerlo? Entre mi persona y estas

palabras sencillas se interpone un velo de exotismo; veo un conejo y no un año, para mí todo esto es poesía, como también son poesía los nombres de los dioses y de los héroes míticos: Tezcatlipoca –el espejo humeante–, Quetzalcóatl –la serpiente emplumada–, Ometecuhtli –el doble señor–. Contemplo las imágenes torcidas, sin perspectiva, en paredes y códices, de esas criaturas con dientes y picos; los cuchillos de sus plumas, sus espadas, sus venenosas puntas salientes pueden herirte en cualquier parte del cuerpo. Una ira permanente parece dominar estas salas del museo, como si toda esta piedra, armada hasta los dientes, te mirara fijamente desde unos ojos sin pupilas desafiándote a descifrar el misterio de sus imágenes.

Pero a mí me está vedado el acceso a este mundo. Cuanto más leo sobre él, más impenetrable se me hace; debo apartarme de esos dioses iracundos y exigentes, ya no necesito sus favores, su lluvia, su fertilidad. En otros tiempos poblaron los pensamientos, ya insondables, de personas vivas, pero ahora yacen petrificados en su inutilidad, hambrientos de sus antiguos sacrificios, aunque también esto es fantasía. Es éste un mundo cerrado al que sólo puedo aproximarme con la imaginación, si bien me cuesta reconocer que en el pasado existiera una gente tan distinta de nosotros, gente que ha dejado estas piedras como testimonio de que la fantasía, la invención de nombres, dioses y sistemas no tiene fin. Inténtalo tú, figúrate que eres uno de esos espíritus del tamaño de una hormiga que vaga entre los templos de la plaza infinita, un ser sin nombre sólo porque desde esa distancia nadie puede verte la cara, ni el rango, ni la edad. Ni siquiera Hitler y Speer hubieran podido imaginar las dimensiones de esta plaza, aunque curiosamente ésta nos recuerde sobre todo a ellos dos: la ciudad en que el ser humano es una pieza, en la que el ser humano no es nada.

Cuando Cortés irrumpió a caballo en esta plaza acompañado de una pandilla de españoles malolientes, hacía ya siglos que los mexicanos habían emprendido su marcha hacia el poder. Vivían en la parte oeste de México, en un islote en medio de un lago. Algunos investigadores lo niegan, pero yo dejo que vivan en ese islote, aunque sólo sea porque éste constituye la imagen invertida de su posterior ciudad real. Una imagen que ellos mismos inventaron, su poema. Los mexicanos surcan las relucientes aguas rumbo a la costa (ignoran que están escribiendo su texto para los catálogos del museo; todavía no son aztecas, aún no han construido Tenochtitlan) y en una cueva en las montañas encuentran una imagen de Huitzilopochtli, el colibrí zurdo, que llevarán consigo como un Arca de la Alianza. Cada noche extraen la imagen de su envoltorio, le construyen una cabaña, la adoran y la alimentan, y ella les paga sus favores con consejos. Con cautela continúan hacia Chapultepec y se adentran en el cerro de los Saltamontes. Si se me permite mezclarme en todo esto, es ahí donde me encuentro yo ahora mismo. Grandes autobuses verdes anunciando «Chapultepec» circulan por el paseo de la Reforma entre nubes de gases negros y un ruido ensordecedor. En el parque llamado Chapultepec se alza el museo que conserva la memoria de los mexicanos. Me llama la atención que, aun siendo las sagas posteriores producto de la imaginación, la esencia de esta historia responde indudablemente a la *verdad*: sucedió aquí en este mismo lugar donde yo

contemplo su pasado convertido en piedra. Hay que reconocerles el mérito de haberlo logrado.



Toda una generación vivió aquí en paz pero, en cuanto empezaron a secuestrar a las mujeres de las tribus de los alrededores, se desataron los conflictos. Durante una expedición de castigo, el jefe Huitzilihuitl fue hecho prisionero y convertido en esclavo junto con otros muchos hombres de su tribu, mientras que el resto huyó a los islotes del lago. Huitzilopochtli seguía siendo venerado, pero había perdido tanto poder que los vencedores, los colhua, se burlaban de él y «le arrojaban innombrables desechos en el templo».

El resto de la historia de los aztecas se parece a la de todos los demás pueblos, en esto ha experimentado la humanidad una curiosa coincidencia. La estructura de los acontecimientos resulta ser la misma en cualquier parte del mundo: odios ancestrales, intereses, batallas, campañas, alianzas, traiciones, venganzas, conquistas, derrotas, matrimonios, sometimientos, uniones, desapariciones. Cuando Cortés desembarca en tierra mexicana, los aztecas ejercen el poder en Tenochtitlan. Han sujeto a impuestos a las tribus vecinas hasta la última mazorca, hasta la última pluma de águila; los diezmos que las tribus han de entregar están fijados en un determinado peso en plata, jade, oro y obsidiana. Pero sucede que el sometido de ayer es el enemigo de hoy; en los límites del reino, las tribus humilladas se preparan para prestar ayuda a esos aterradores extranjeros sobre enigmáticos caballos y exterminar así a los dominadores aztecas, sin saber que con ello están cavando su propia tumba.

¿Me he saltado algo? Las dinastías, los dominadores, las crónicas, la masa absoluta del tiempo transcurrido, todos los restos y los signos que me rodean, la suma de las vidas de esos millones de personas llamados aztecas. Puedo tocar las piedras con mis dedos, comparar los rostros tallados en piedra con los rostros de los vigilantes; frente a la maqueta del mercado puedo imaginarme el griterío, las voces y los olores de la mercancía; frente a las vasijas, las manos que las fabricaban; frente al oro, las mujeres que lo lucían; frente a las imágenes de los sacrificios humanos, el pensamiento insondable del sacerdote y la víctima; frente a los ídolos, un canto imposible de oír. El pasado me pertenece hasta donde sea capaz de soportarlo, no he hecho más que rozarlo con la imaginación. Cuando me doy la vuelta, veo a los dioses en actitud de espera sumidos en un profundo silencio, aguardando la siguiente alma que quiera perderse por este lugar.

Piedras, crónicas, hechos. ¿Qué concepción de la historia conviene aplicar a todo esto? El relato de los hechos puede leerse como puro destino. Los españoles que desembarcan en esta tierra descubren que el reino que ellos creían monolítico consta de dominadores y sometidos, y, haciendo uso de este conocimiento, emprenden la marcha hacia el centro del reino donde sospechaban que se encontraba «el rey de la tierra» del que ya había oído hablar Colón. La desconcertante intervención del azar, que una y otra vez hace el juego a los españoles, confirma la arbitrariedad de la historia. Si Cortés no se hubiera topado en Yucatán con Jerónimo de Aguilar, superviviente de un naufragio, y si el jefe de Tabasco no le hubiera regalado entonces una esclava que además del maya dominaba el náhuatl, quien le sirvió de intérprete –con la mediación de Aguilar, que hablaba tanto el español como el maya– y permitió a Cortés entender en poco tiempo cuál era la relación de fuerzas y con quiénes podía contar como aliados..., de no haber sucedido todo esto, ¿qué derroteros habría tomado la historia?

Preguntas sin respuesta, porque la historia ha tomado el derrotero que ha tomado, el que conocemos, mírese desde la perspectiva de los españoles o de los aztecas. El azar forma parte de todo ello y, si bien imprime el sabor del destino a todo lo que toca, también puede ser emplazado en una visión mecanicista, que no es lo mismo que determinista, de la historia. No está claro que los acontecimientos tuvieran que desarrollarse necesariamente de la manera en que lo hicieron, lo que sí está claro es que sucedió así. Un puñado de españoles conquistaron un imperio. No sé si a los demás les sucede lo mismo, pero a mí me embarga la emoción cuando leo los relatos de Bernal Díaz y Cortés. Y aunque los motivos de los aztecas –el temor a presenciar el fin del mundo cada vez que concluía un ciclo solar o los presagios sobre el regreso de Quetzalcóatl– no fueran de índole mecanicista, sí encajan en una visión mecanicista. Los aztecas fueron fáciles presas de los españoles gracias, precisamente, a estas creencias. En este sentido, claro está, el azar no existe. La navegación y la pasión por explorar nuevos mundos se implicaban mutuamente, y el hecho de que los españoles desembarcaran justo en ese preciso momento en la historia del imperio azteca es un hecho verdaderamente asombroso y, por la manera en que sucedió, dramático –conozco pocos relatos históricos tan fascinantes como el primer encuentro entre Cortés y Moctezuma (Montecuhzoma)–, y, sin embargo, todo ello tiene una explicación. Dos imperios existen simultáneamente a ambos lados del océano, y uno de los dos está técnicamente más desarrollado; el encuentro de ambos produce inevitablemente una especie de reacción química: el uno se disuelve en el otro, al menos ésa es la impresión que da. Cuando una superstición trata de imprimir su símbolo sobre el templo de otra superstición, oímos una carcajada de Schopenhauer, y nos resulta fácil imaginar cómo Hegel pudo incluir ese momento dialéctico en sus intenciones más excelsas. Y, sin embargo, permanece el asombro por el destino, pese a todo ciego, destino que encadena casualidades y acontecimientos lógicos hasta formar una sucesión de hechos a la postre ineludible, con todas sus consecuencias, apreciables hasta el día de hoy, para el continente latinoamericano.



Me acerco de nuevo a las imágenes. Coatlicue, diosa de la tierra y de la muerte. Alrededor de su cuello cortado lleva un collar de manos y corazones, sus pies son garras de águila. Tláloc, el dios de las lluvias, de cuya boca inhumana asoman siete bultos que parecen colmillos. Quetzalcóatl sacrificándose a sí mismo con el objeto de crear el Quinto Sol que evitará el fin del mundo. No muere en la cruz, pero poco le falta. Examino la piedra roja, el rostro preso en ella, tallado en anchas líneas, con la boca torcida en lo que parece un rictus de dolor. ¿Fue realmente así? Otros ojos, también humanos, miraron esta misma imagen, pero vieron otra cosa, algo que creyeron una verdad indiscutible. En física, el observador modifica lo observado; yo no modifico ni una molécula de la piedra y, sin embargo, la piedra pierde, debido a mi falta de fe, su naturaleza divina, con lo que en realidad sí resulta modificada. Entre mi persona de ahora y el hombre de entonces que talló esta piedra existe una distancia imposible de salvar, la distancia del significado. Tal vez sea esto lo que me produce este cansancio que siento desde que llegué aquí: el enfrentarme a un significado que conozco, sí, pero que ya no comparto, el abismo de lo mutable expresado en el material menos mutable que existe. Aquello que estaba destinado a ser eterno ha sido desenmascarado como una manifestación de lo temporal sometida a la coyuntura de la ideología dominante. Porque en ello reside la paradoja: lo que la piedra conserva es justamente lo que no se ha conservado, las creencias.

La noche ha empezado a caer cuando salgo afuera. La cabeza me da vueltas, sé que se debe a la altura. El tráfico circula a toda velocidad por la avenida del parque, que debería cruzar para poder tomar el autobús que va al hotel. Pero aún no me siento capaz. Doy un paseo entre los arbustos algodonosos, compro un periódico que pregona en grandes titulares toda suerte de desgracias, lo deposito en el suelo, polvoriento y herrumbroso, y a

continuación me echo encima de todas esas letras, un extranjero sobre la tierra de Chapultepec.

[1988]

## Teotihuacán, las pirámides del Sol y la Luna



Teotihuacán, la fuerza de esta palabra. Palabra que proviene de una lengua cuyo sistema ignoro, palabra que sobresale, entre el español que la envuelve, como un objeto puntiagudo en el que te enganchas. Las he visto en fotos, la «Pirámide del Sol», la «Pirámide de la Luna, la Calzada de los Muertos», y hoy iré a visitarlas. Delante del hotel espera el microbús, en su interior un grupo de gente seleccionada a conciencia por el destino. Mi amiga Aline Petterson, dos rusos, el conductor indio. Aline, de origen sueco aunque nacida aquí, escribe novelas y poesía en español. A propuesta del sindicato de escritores, mi amiga acompaña hoy a un dramaturgo ruso a las pirámides, y el ruso trae consigo a otro ruso, su perro guardián, intérprete, protector, o Dios sabe qué, un joven en pantalones tejanos con pinta de californiano. El dramaturgo no habla otro idioma que el ruso, cualquier cauta iniciativa de entablar conversación con él se estrella de inmediato. Es originario de alguna lejana república soviética, su obra no ha sido traducida, jamás llegaré a saber qué escribe. Su joven acompañante no para de cotorrear, que si glasnost, que si perestroika, cómo no, ahora todo está cambiando. Como yo me he criado durante la Guerra Fría, me da la impresión de que el joven ruso lleva a su sombrío compañero sujeto de una cuerda invisible, aunque ya sé que eso es una tontería. De vez en cuando, los dos cruzan unas cuantas palabras en ruso, unos sonidos que, en contraste con el español de Aline y el conductor, resultan densos y explosivos. La verdad es que muy locuaz no se muestra el dramaturgo, tal vez esté pensando en el tercer acto de un drama rural; por su ancha y triste cabeza debe de estar pasando una mujer con una cubeta de madera llena de mijo o de leche, a saber. Su mirada se pierde en los solitarios campos que bordean la ciudad, infinitas llanuras pedregosas y polvorientas por donde avanzan grupos de gente con los pies rodeados de nubecitas de color arenoso, una multitud alada que encarna la pobreza.

Cuando los intentos de entablar conversación –¿Chéjov, Pirandello, Pinter?– han

fracasado, nos rendimos todos al silencio, lo cual me reconforta. Fuera las favelas, *shantytowns*, los barrios de chabolas, caminos cuyas zanjas causadas por la lluvia se han secado, casas pegadas unas a otras hechas de nada: madera fina, plástico, hojalata, cinc, papel..., nada. En medio, niños y perros. El dramaturgo ruso mira todo esto impertérrito. *No*, contesta Aline a mi pregunta retórica, *esto no lo ve nunca el Presidente, él pasa por estos barrios volando*. El helicóptero como invento cosmético.

Poco antes de emprender la subida al terreno de las pirámides, veo un pequeño grupo de indios trajinando junto a un palo alto y fino. Nos apeamos del autobús y nos acercamos al palo. Me llama la atención la cantidad de colores que los indios lucen en su ropa. El lugar es silencioso. Los indios hablan una lengua que no entiendo. Uno de ellos se encarama a la farola, como un gato, velocísimo, y luego le siguen los demás. Ahora están todos arriba, un ovillo recortado contra el azul absoluto del cielo. Acto seguido se tiran de la farola sujetos a una cuerda, cuatro veces Ícaro, sus cabezas dirigidas al suelo, hasta que, con el impulso de sus cuerpos, forman un tiovivo que se ensancha y se reduce, las cuerdas alargándose hasta casi rozar el suelo, dando vueltas, quedándose fijas. Eso dura un buen rato, pero lo más impresionante es cómo se han lanzado antes: un vuelo de pájaro, extraño y silencioso, de unos cuerpos humanos enjaezados trazando círculos sobre la arena, recortados contra una lejana hilera de matorrales.

¿Ya se han marchado los turistas o aún están por llegar? En la Calzada de los Muertos reina el silencio. Un perro camina sobre su sombra, es la hora que llamamos mediodía. Intento encajar todo lo que veo en algún tipo de pensamiento, pero me resulta imposible. Una carcajada de los dioses, eso es lo que me viene a la mente, es como si algo se estuviera burlando del ridículo tamaño de mi persona. Está bien llamar a esto una calzada, pero en realidad no tiene sentido. Podrías sacar a pasear a un dinosaurio por este lugar. Es una vía de casi 4 kilómetros de longitud; la Pirámide del Sol es tan grande como la de Keops; todo tiene el color de la luz y de la oscuridad, ocre y gris. La Pirámide de la Luna, al fondo de la calzada, semeja una montaña escalonada. La rodea un territorio vasto y yermo; a lo lejos la abrazan montañas auténticas.



Me echo a caminar, acompañado del calor. El dramaturgo ruso no quiere escalar las pirámides. Yo me he alejado de los demás, quiero hacer esto solo. Las figuras humanas adquieren, en medio de estas magnitudes, una dimensión insignificante; también yo me he vuelto pequeño entre tanto gigante, lo cual se me hace más evidente aún al llegar al pie de la Pirámide del Sol. La escalinata parece no tener fin. Al hacer con mis manos una visera para protegerme del sol, descubro que hay gente arriba. Escalar hacia el sol, qué idea más rara. Ahora tengo gente a ambos lados, una muchacha mexicana que abre una sombrilla, y una japonesa de avanzada edad. ¿Subirá ella también la pirámide? Sus rasgos no difieren en mucho de los del indio que en ese momento me ofrece una pipa de obsidiana, todos pertenecen a la misma familia, sólo yo soy de otro mundo. Emprendo la subida intentando poner la mente en blanco. Al principio voy contando los escalones, hasta que advierto que me he liado. Después me transformo en una especie de máquina. Ya no sé qué hago, subo y subo, no quiero mirar abajo, la cabeza me da vueltas, estoy sin aliento, me agarro con las dos manos mientras mantengo la mirada fija en la áspera piedra que tengo frente a mí, piedra que algún día fue tallada por alguien y arrastrada hasta aquí arriba, Dios sabe cómo. No quiero pensar en esto ahora, tengo que seguir subiendo y nada más, pero me traiciona el rabillo del ojo desde el cual veo alejarse el árido mundo de abajo.

En la segunda vuelta a la pirámide, me topo con la señora japonesa, que está sentada en cuclillas mirando con cara de satisfacción. La sombrilla se balancea delante de mí. Tengo que irme de aquí, si no no conseguiré llegar en la vida. Sé que los escalones se vuelven ahora más empinados, más altos, me llegan casi hasta la rodilla. ¿Cómo salir luego de aquí? La parte superior de la pirámide tiene una forma extraña, un cono truncado, un espacio amplio. No veo razón alguna para no abrir mis alas y echarme a volar. No soy el único que siente esto. Ahí está una mujer americana, de cara al sol, los brazos levantados, en su rostro el gesto de alguien que bebe del cáliz de lo sublime. Menuda pinta. Al fin puedo mirar hacia abajo y medir la escala de este orden creado por los hombres, esa inmensa pista de aterrizaje en la que habitan los muertos, las montañas de piedra que han dejado atrás, la Casa de la Luna, el palacio de Quetzalcóatl, la serpiente emplumada, la vivienda de Tláloc, el dios de la lluvia. Las personas que andan por abajo han dejado de tener rostro y, por tanto, carecen de expresión, son sombras sin nombre, auténticos muertos. Estas ruinas, colosos de piedra durmiendo en la llanura, existían ya cuando los aztecas llegaron a este lugar. Los veo ascender la pirámide, al igual que yo ahora, como el que arrastra hacia arriba a un gran animal muerto temiendo que éste se despierte. Y aquí, desde esta altura, los aztecas vieron a sus amigos. Curioso lo que sucede con la gente de abajo. No sólo no se distinguen sus rostros, tampoco la ropa que llevan, no son más que *figuras* que la distancia ha teñido de negro; representan la especie, ya no el individuo. En ese momento uno mismo también se ve como especie, y le invade esa sensación de insecto de poder ser reproducido hasta el infinito, de ser, en fin, insignificante. Y de repente recuerdo algo que solía imaginar de niño: que cuando una de esas figuritas de abajo piensa lo hace partiendo de su *yo*, y que ellas me están viendo a mí como una minúscula marioneta indonesia, un objeto con flecos moviéndose en lo

alto de la pirámide.

Ahora quiero entregarme a la imposible idea de que la pirámide se construye en mi presencia, que asisto al día en que se pone la última piedra, las piedras superiores más nuevas que las inferiores, desgastadas ya por los años. Me produce vértigo saber con certeza que ese momento existió de verdad; fue en este valle donde aquellos hombres se dijeron los unos a los otros, en una lengua irrecuperable, que la pirámide estaba acabada, poniendo así punto final a una frase que tardaron siglos en escribir. Antes de Cristo ya vivían aquí unas dos mil personas. En el primer siglo de nuestra era se empieza a edificar y nace una ciudad; la construcción de las pirámides finalizó en el año 600. Nada era entonces como lo veo yo ahora: había pinturas policromas de las que no quedan sino restos que nos permiten intuir lo maravillosas y enigmáticas que eran, aunque tampoco esto acaba de ser del todo cierto, porque lo que para mí es enigmático para aquellas gentes formaba parte de la vida cotidiana. En realidad todo es falso; las sensaciones que suscitan las ruinas falsean la realidad de lo construido en su concepción originaria, esas pinturas ya desaparecidas son una mascarada de falsa austeridad, y, si aún están ahí, mi interpretación también es falsa. Lo póstumo, el atuendo de la doble máscara, a ambos lados el falseamiento que aportan los tiempos posteriores. Me encuentro en el lugar donde se erigían aquellos edificios, sí, pero los de antes ya no existen y los de ahora nunca existieron. He llegado tarde a la cita.

Desciendo. A medida que escalo la pirámide hacia atrás (no encuentro otra manera de expresarlo) la gente se torna más reconocible y yo recupero mi propia escala. He hecho esto antes, en Birmania, en Tailandia. La piedra por la que descendes nunca la sientes como muerta, y aunque no puedes abarcarlo todo con la vista, sabes que todo esto responde a una concepción del mundo. No son más que piedras y sin embargo en ellas late un alma, un alma inventada por la gente para interpretar el mundo y que, con el tiempo, ha fermentado.

La primera persona que veo abajo es el ruso. Su desenvuelto acompañante hace fotos a los indios. Al ver el ancho rostro del dramaturgo me pregunto qué cosas le pasan por la cabeza a una persona como él. Lo que está claro es que mi ejercicio de escalar la pirámide le ha parecido una estupidez. Tiene la cara tan colorada que parece que ha sido él quien ha hecho el esfuerzo y no yo. Pero no tengo tiempo para él. Ahora me toca la luna, sin falta. El polvo a mis pies es rojizo, me he convertido en Hermes. ¿Se realizaron aquí sacrificios humanos, como más adelante en Tenochtitlan? Debe de existir una relación entre la escala de estos edificios, el tamaño reducido de las personas —y por tanto, su insignificancia— y aquellos sacrificios. Un corazón depositado en el decimoquinto escalón no se ve.

—¿*Obsidiana, amigo?*

—*No, gracias.*

El vendedor se aleja, desaparece. Es curioso, de repente te salen al encuentro, desde un rincón o desde detrás de una columna, y te tienden las mercancías con una sonrisa. Tu «no» les da igual, después de tu «no» ellos desaparecen misteriosamente como si

emplearan un cálculo secreto, algo así como que los martes, a cada decimotercer «no», le sigue un «sí». No se les oye, te sonríen, y tú no tienes más remedio que devolverles la sonrisa. Sabes que antes de marcharte les comprarás algo. A veces están tumbados sobre un escalón, o silban y alguien les responde con otro silbido, son como pájaros, dicen cosas que no entiendo. Pájaros de verdad no veo por ningún lado.



Aline me adelanta cuando estamos a punto de llegar a la Luna.

–*Borges was here* –me dice, y yo lo interpreto como una broma.

–*Pero si no veía nada* –le contesto.

–*Yes, but he touched the stone, he touched it.*

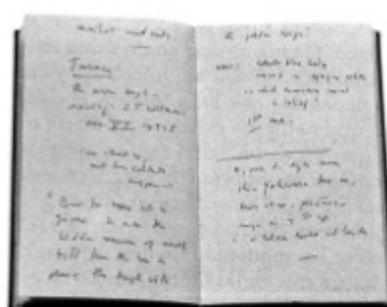
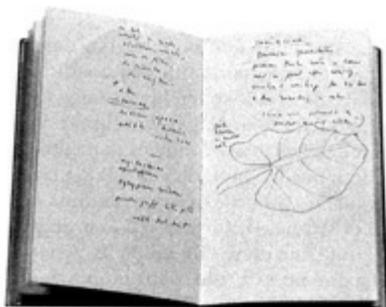
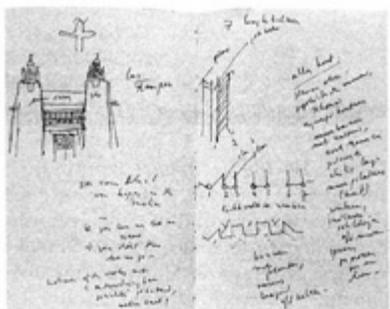
Toco la piedra y me imagino cuánto más intensa debe de ser esta sensación si eres ciego y una voz a tu lado te habla de la altura, te refiere el número de escalones y te hace palparlos.

Me encuentro ya en la primera plataforma de la luna. Veo humo en la lejanía, un pequeño árbol de humo que asciende al cielo en línea recta. *La primera plataforma de la luna es mayor que la del sol*, comenta alguien, y yo lo anoto, porque lo anoto todo. Yo soy el escribiente. Debería inventarme cosas, pero no, lo que hago es escribir lo que oigo.

Cerca de la cúspide, un cartel advierte: «No hay paso». No voy a poder andar por la luna. Desde el lugar en que me encuentro veo el palacio de Quetzal-Mariposa. ¿Qué significa todo esto? Hace muy poco me encontraba entre las paredes rojas rodeadas por su calendario caducado, la Era del Quinto Sol, el mundo nuevamente creado después de la destrucción y desaparición de los otros cuatro. El dios pájaro me devolvía la mirada, un ojo hueco, un ojo de obsidiana, nuevo y brillante, pero no me veía. No había nadie, podía seguir con mi dedo el contorno de su figura tallada, apresada en un rectángulo, las plumas de su atavío abiertas en abanico, sus garras, el pico, la geometría de sus ropas, los símbolos acuáticos, las gotas, las plantas. Deseaba de nuevo que ese espacio se llenara con la presencia del sacerdote o del rey que residía aquí entre los relieves y las pilastras con inscripciones, pero su presencia me excluiría a mí. La paradoja es demasiado pueril: si realmente pudiese presenciar lo que sucedía aquí en aquellos tiempos, yo no existiría aún. Sólo puedo imaginarme vagamente aquel mundo gracias a la vaina que ha permanecido. Es con lo único que puedo contar, vanos ejercicios en lo imposible. Puedo entender que uno no quiera acercarse a este lugar, pero, una vez aquí, no puedo entender que no le crucen por la cabeza los inevitables pensamientos.

[1988]

## Mi cuaderno de notas y un epílogo desde Gantheaume Point (la biblioteca de Borges)



A veces me lo imagino: alguien se adentra en mis cuadernos de notas que de repente dejan de ser de papel y adquieren la forma de un gigantesco y embrollado laberinto: corredores que se cruzan y que desembocan en plazas, completas o medias, callejuelas sin salida que sin embargo dan a una habitación con la puerta entornada, un descansillo a la mitad de unas escaleras desde donde se ven las ventanas de algo que podría ser una pequeña sala. Hay indicaciones contradictorias que contienen descripciones y señales parcialmente borradas escritas en diferentes lenguas; de cuando en cuando aparece una cifra, a la que no precede ni sigue ninguna otra; detrás de la mesa, bajo el letrero «Información», en una silla vacía, se descubre una nota que dice: «He salido un momento». El visitante sospecha que no está solo, pero no puede probarlo. Entra en una sala donde un rótulo le indica algo que a primera vista no entiende. Decide no dejarse confundir, trata de encontrar un interruptor de la luz, y, al no conseguirlo, se sienta e intenta adaptarse a la penumbra concentrando la vista en palabras independientes del texto. «Adoración», lee entonces, y luego: «gracias a la ténpera, María se transforma en otra persona, como una pintura china pintada sobre seda, tela fina. Una corona es izada hacia el grupo, las espaldas dobladas han dejado de ser anónimas». El visitante desearía poder penetrar más en este texto enigmático, pero sólo consigue ver la palabra

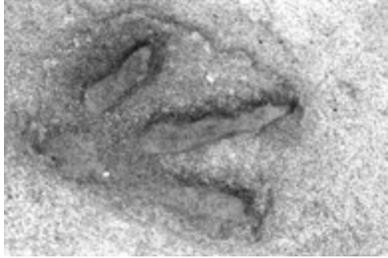
«indicación», subrayada tres veces. Eso no le sirve de mucho, de modo que abandona la sala y sale afuera. Pero ¿qué es afuera? El largo corredor en suave pendiente continúa en el exterior, sólo que ahora, después de la oscuridad de la sala, parece haber más luz. El visitante hasta puede leer las inscripciones de las otras salas: «Reading Circuit. San Clemente. Lo que un imbécil te cuenta. Hola, Libro. Spanish readings. Alfonso el Sabio, etc. Tokio-Kioto, junio 92, la hermana gemela. Historias sin. Berlín Urraca. Histoires, Granada, Toledo 91». El visitante regresa por el mismo corredor, descubre que en la sala por la que ha pasado antes cuelga un rótulo con la palabra «Bruegel», quiere volver a entrar, pero ahora sí que es demasiado oscuro. El visitante está deseando encontrar la salida, pero algo le dice que no se ponga nervioso, que seguro que todo esto es un mundo coherente con sus propias leyes, un código cerrado del que sólo necesita encontrar la clave. Pasa por delante de un ascensor y ve una luz encendida. ¡Tiene que haber alguien en este edificio! En cuanto se apaga la luz, aprieta el botón. El ascensor es antiguo, al parecer se usa mucho. Las indicaciones de las diferentes plantas tampoco se leen muy bien desde aquí, aunque está claro que la clasificación responde a un criterio geográfico, porque el visitante descifra París, Nueva York, Macao, Bolivia, Costa Rica. Por la cantidad de plantas, deduce que debe de encontrarse en un rascacielos, lo cual no advirtió al entrar, pero decide no inmutarse y bajar en Costa Rica. En esta planta hay más luz y, aunque el visitante tiene la sensación de que nadie ha estado aquí desde hace tiempo, cree percibir que, en su día, reinó aquí un cierto orden. Al entrar, lo primero que ve, esta vez con letra bien legible, son una serie de anotaciones: «Conversaciones junto a un muro del puerto. Las palmeras ondulan como banderas raídas. Una lenta sensualidad se ha apoderado de los cuerpos. El abogado y su mujer se balancean en las mecedoras de su pequeña galería. Un ibis en una blusa roja escudriña el mar. Una anciana negra pasa arrastrando los pies frente al Patrimonio Nacional de la Infancia. Funeraria Lam. Eduardo Sánchez. Una corona de flores de color rojo sangre». El visitante tiene la impresión de que estas palabras las ha comprendido mejor, aunque no sabría explicar por qué. Sabe que una funeraria tiene algo que ver con la muerte, y que ello concuerda con la corona de flores. Pero ¿quién es el abogado? Los caracteres chinos garabateados sobre la siguiente pared no le ayudan mucho a aclararse las ideas, como tampoco los nombres, escritos en letra infantil de trazo redondo, de Ricardo Ulloa Garay y Mauro Fernández, ni los nombres de flores con su significado entre paréntesis: *Citrus sinensis* (pila bautismal verde), *Capania glabrer* (mariposa diseñada por Erté). No, por mucho que lo intente, el visitante no se aclara, de modo que ha llegado el momento de que yo le guíe despacito hacia fuera, de que abandonemos este edificio en el que también yo me he perdido tantas veces. Me lo llevo a la planta décima de un banco en Santa Mónica donde este año tengo mi cuarto de trabajo, le muestro la vista que tengo desde aquí y el velo grisáceo que cubre a estas horas Los Ángeles, y luego le entrego una decena de cuadernillos, en cartón y encuadernados, con la viñeta de mi editor francés (Actes Sud) y le invito a sentarse a mi mesa. El visitante examina las inscripciones, hojea los cuadernos, observa la letra de hormiga y los dibujos de aficionado..., es hora de que le empiece a dar explicaciones. El visitante ha comprendido ya que el edificio laberíntico por donde ha deambulado

representa en realidad otra cosa. Es mi memoria escrita. Las inscripciones, misteriosas o no, en puertas y paredes del laberinto inventado se corresponden con lo que yo escribo en la cubierta de estos cuadernos que siempre llevo conmigo cuando estoy de viaje. Se trata de cuadernillos de notas, en el sentido más literal de la palabra; sin todo lo que contienen, sería incapaz de escribir mis relatos de viaje. Los cuadernos que el visitante está viendo encima de la mesa no son más que una pequeña parte de la colección. Contienen el recuerdo de algunos de mis viajes más antiguos, notas que no quise dejar en Amsterdam cuando me vine a California porque pensé que en algún momento me podrían ser útiles. El visitante abre uno de los cuadernillos y mueve la cabeza. «¿Y eres capaz de encontrar el camino en medio de este caos?», me pregunta poniendo el dedo en la llaga. Normalmente, recién llegado de un viaje, sí que me aclaro, pero luego todo se hace más complicado y más extraño. Porque estos cuadernos contienen mis pensamientos *in statu nascendi*, fragmentos de reflexiones que se adelantan las unas a las otras, asociaciones, inscripciones, formulaciones instantáneas, ideas, descripciones, en ocasiones escritas con tanta premura o en condiciones tan arduas (barcos, trenes) que resultan ilegibles o confusas. Sólo una mínima parte de todas esas notas va a parar a mis relatos, aunque todo lo demás sea también imprescindible para la escritura. Lo que hago es embalar todo lo que he visto y pensado y llevármelo a casa, donde permanecerá dormitando sobre esas páginas garabateadas hasta que me ponga a escribir. En estas palabras, en estas páginas, cobran vida un paisaje, una mujer, un ambiente, un olor: todas esas cosas que otros hubieran olvidado. Esto último es lo más alucinante. De los viajes sueles retener en la memoria algunos incidentes, recuerdas el ambiente general, crees saber lo que viviste, y tal vez sea así. Sin embargo, la memoria no empieza a fluir de veras hasta que repasas tus notas: de repente se hace de noche, ahí están el abogado y su mujer, dos mecedoras en una galería, la lenta noche tropical cae de nuevo sobre ti como un telón, has regresado a tu propia memoria. Según san Agustín, nada se pierde en el palacio de nuestra memoria. Ése es precisamente el gran truco mnemotécnico de la Antigüedad: los antiguos se imaginaban la memoria en términos espaciales y se paseaban de una sala a otra, tal como ha hecho mi visitante cuando le he dejado perderse por mis cuadernos de notas. Estamos poco adiestrados en la técnica de la memoria, tal vez porque disponemos de muchos recursos. Por ello tenemos, tengo yo, una memoria externa. Dos veces la he perdido, una vez en la isla de La Gomera, cuando me robaron la bolsa en que la guardaba; la segunda vez, en Buenos Aires, pero esta vez fue peor. Había acudido a visitar la Biblioteca Nacional de la que fue director Jorge Luis Borges. Recuerdo el sombrío despacho decimonónico del hombre para quien el mundo era una infinita Biblioteca de Babel, recuerdo también cómo pasé delante de todos aquellos anaqueles de libros anotando en mi cuaderno largas listas de títulos. No lograba encontrarle ningún sentido ni explicación al orden de colocación de los libros, y por ello quería saber el mayor número posible de títulos que estuvieran unos al lado de otros, porque, según la teoría de Borges, esta disposición expresa la esencia del universo como azar. Estaba yo encima del descansillo, subía y bajaba por escaleras de caracol de hierro fundido (¿eran en verdad escaleras de caracol? No sé, la memoria interior a veces me

engaña) y escribía con la furia de un tonto del pueblo. Debajo de mí, unos soldados embalaban los libros, vaciando anaquel por anaquel, para transportarlos al edificio de la nueva biblioteca; y yo vengo a llenar páginas y más páginas con los títulos más curiosos, más polvorientos, ahora ya para siempre irrecuperables. Tenía la sensación de estar escribiendo contra la corriente del tiempo, al día siguiente todos esos estantes estarían vacíos, quizás era yo la última persona que veía la biblioteca de Borges. Recuerdo aquel momento muy bien. Borges había ocupado mi atención desde 1960. Había leído las primeras ediciones de su obra en francés, en aquellos libritos amarillos de la Croix du Sud publicados por Roger Caillois. No creo que por aquel entonces yo fuera capaz de comprender a fondo sus textos, tal vez no tenía más que una sospecha de lo que se trataba: una serie infinita de mistificaciones que expresaba lo que él llamaba su *perplejidad*. La perplejidad ante el misterio y el milagro de un mundo gobernado por el azar o por una voluntad, imposible saber por cuál de los dos. Nos envolvían cosas y fenómenos que sólo podíamos nombrar con el lenguaje; más allá del lenguaje no lográbamos llegar. Los filósofos ideaban sistemas cerrados, los mitos y las revelaciones trataban de ofrecer respuesta a las preguntas de dónde venimos y adónde vamos, pero el misterio quedaba sin resolver. Sistemas, especulaciones, estructuras, exégesis racionales e irracionales, poéticas y oscuras..., todas las infinitas posibilidades de las veintiséis letras del alfabeto de echar una red de orden sobre la realidad con el fin de atraparla, aunque sólo fuera por un instante, estaban condenadas al fracaso. La perplejidad se mantenía, como reto, y acaso también como consuelo. A una realidad en esencia incognoscible cabría preguntarle por la probabilidad de que esa misma ordenación de veintiséis letras volviese a producir, una sola vez, la obra de Shakespeare. Un matemático diría que esta probabilidad es difícil de calcular pero que tiene que existir a la fuerza, habida cuenta de que la serie de probabilidades es inagotable. Posiblemente diría también que la pregunta no tiene mucho sentido. Esta historia sobre mis notas la escribí hace unos años, y en realidad no había razón alguna para añadirle nada nuevo, excepto que sigo acordándome de aquel día en que visité la biblioteca de Borges, pues no dejo de toparme con cosas, insignificantes o importantes, que hacen que sienta la proximidad de su espíritu, no tanto porque él tuviera la respuesta –lo cual contravendría su idea de perplejidad– como porque sabía formular la pregunta mucho mejor. En su Bestiario de seres imaginarios figuran viejos conocidos, como la Esfinge, el Fénix, el Grifo. Son criaturas que nunca han existido, y sin embargo, yo las he visto a menudo. A la orilla del Támesis, cerca del Hotel Savoy, se erige una maravillosa esfinge, y grifos abundan en los capiteles de las iglesias románicas que salpican el camino de Santiago. Pero ¿qué sucede con el dinosaurio llamado *Megalosauropus broomensis*?



Me encuentro ahora mismo, febrero del año 2000, en las proximidades de Broome, una localidad situada en el noroeste de Australia; para ser precisos, en Gantheaume Point. Ayer vi, durante la marea baja, tres huellas en las rocas de arenisca rojiza, una garra con tres dedos malignos, armas mortíferas, pues este dinosaurio era un animal depredador. Nadie lo ha visto nunca, ya que desapareció mucho antes del nacimiento del género humano. Su huella tiene al menos ciento cincuenta millones de años, no ha tenido nombre hasta largo tiempo después de su desaparición. Podría ser un invento de Borges perfectamente incluíble en su libro de seres imaginarios, pero no, porque su garra de tres dedos está dibujada en la roca, hecho que lo convierte en una criatura *real*, no imaginaria. Con todo, la satisfacción que el científico debió de experimentar al ponerle un nombre a ese animal que nadie había visto nunca no puede distar mucho del placer creativo que debió de sentir Borges al tejer sus fantasías, sus *Ficciones*, quimeras en las que la realidad es fecundada continuamente por la fantasía y en las que la fantasía se tiñe con la engañosa apariencia de la realidad, con lo que al final resulta imposible distinguir la una de la otra. Porque, de haber hombres que confunden a sus mujeres con un sombrero (Oliver Sacks), ¿por qué no iba a existir el trágico Funes que, en el relato de Borges «Funes el memorioso», era incapaz de olvidar? Todo se le quedaba grabado en la memoria: una nube que pasaba flotando, una sombra sobre la pared, una rama meciéndose en el aire... Tanta era la acumulación de recuerdos que Funes no lo pudo soportar y le sobrevino la muerte. *Dreamings*, así es como denominaban los aborígenes a los mitos históricos semisecretos que ellos idearon durante todos esos siglos en que este país les perteneció en solitario, relatos fantásticos sobre ancestrales criaturas acuáticas y celestes que, en un entorno no muy diferente del Buenos Aires intelectual del siglo XX, eran la expresión de una cosmogonía muy compleja transmitida durante largos siglos por la tradición oral, como los poemas épicos homéricos: una manera de crear con el lenguaje un mundo en el que las preguntas de dónde venimos y adónde vamos reciben una respuesta que permite vivir. *Dreamings*, ficciones, mitologías –escritas por un individuo o por un pueblo de antepasados anónimos– no son sino intentos de encontrar una respuesta a nuestra ininteligible presencia en un universo todavía vacío. ¿Acaso debemos llenar, conquistar este universo? ¿O tal vez el enigma que ha escrito nuestros nombres acabará por borrarlos juntamente con todo lo escrito, sin dejar rastro alguno?



Borges se ha mostrado en varias ocasiones interesado en el budismo. No tanto por su vertiente moral, creo yo, que desde mi punto de vista presenta una lamentable coincidencia con el cristianismo en su negación y rechazo del cuerpo, como por su trasfondo filosófico, en el que todo es apariencia, ilusión. Borges sabía muy bien, naturalmente, que todos esos divertimentos, por muy brillantes que fueran, no eliminarían la realidad, fuera ésta la que fuera. Pero también sabía que los misterios de esta realidad no se resuelven, que nuestra presencia no es sino un arañazo sobre una insondable inmensidad y que es una ilusión pretender más. La perplejidad como actitud vital o la *Gelassenheit* heideggeriana en el *Sein zum Tode* (ser-para-la-muerte), el mundo como juego, como intención, como ficción o como biblioteca sin fin en la que nuestro destino, personal o universal, está escrito en los libros, todo ello pertenecía al universo que el poeta había creado para sí mismo y que yo, en aquel último día de existencia de su biblioteca, creí reconocer en el caos de todos aquellos títulos arbitrariamente dispuestos sobre los anaqueles. Anoté centenares de ellos, intentando en vano descubrir una aparente coherencia. Con ello no hice sino aumentar el caos de mis notas, que llenan más de cien cuadernos elaborados durante más de cuarenta años de viajes y lecturas, cuadernos que deben de causar también una confusión babilónica en aquel que se adentre involuntariamente en ellos. Mientras los soldados (¡soldados nada menos!) bajaban las escaleras cargando cajas de libros, yo seguía tomando notas. Algo quería probar con esos títulos que a primera vista no tenían nada que ver los unos con los otros, tal vez un propósito diabólico de un orden para mí invisible, pero el poeta ciego acabó ganando la partida. Dos horas después, mi memoria exterior desapareció en uno de esos autobuses abarrotados de gente que circulan por Buenos Aires. Ahora era yo el ciego: ya no podía leer lo que yo mismo había escrito. Una de las salas del palacio había quedado sellada para siempre, y, por un momento, me pareció oír una risa sardónica detrás de sus puertas cerradas. Este relato nunca llegó a escribirse. De lo cual levanto acta.

Alguien presentará más adelante un catálogo de la antigua biblioteca donde se entreverá un orden, tal vez extraño pero lógico. Pero yo sé lo que vieron mis ojos. Y algún día alguien encontrará en un desván de Buenos Aires un viejo cuadernillo con notas apenas legibles que demostrará que llevo razón.

[1996; 2000]



## Hotel Nooteboom 1

Una historia sobre hoteles sólo puede escribirse en un hotel, claro está. Un hotel es un mundo cerrado, un territorio limitado, un *claustrum*, un lugar en el que uno se adentra voluntariamente. Los clientes no son visitantes casuales, son miembros de una orden. La habitación en que se alojan, sencilla u ostentosa, es su celda. En el instante en que cierran tras de sí la puerta de esa habitación y se encuentran *al otro lado* de la misma, se han retirado del mundo.

Conviene elegir con mucho cuidado el hotel en que se va a escribir sobre hoteles. Yo he elegido el Ritz de Barcelona, pero podría haber sido el Brown's de Londres, el Santa Luzia de Viana do Castelo, el Reid's de Madeira, el Hofman de Bandung o el Albergo Nazionale de Roma. Todos ellos tienen en común un olor a tiempos remotos que me resulta placentero. Grifos antiguos que no siempre funcionan; un portero que a uno le gustaría haber tenido de padre; colores que ya no se estilan; un exceso de espejos; la pintura aquí y allá descascarillada; finísimas grietas en la porcelana; alfombras desgastadas por cien mil zapatos ya desaparecidos; un ascensor que vacila un segundo, aunque decididamente, antes de optar por el espacio aéreo; la habitación que por su silencio excluye la idea de cualquier otra habitación.



La habitación en la que ahora me encuentro es de color verde claro y su número es el 523. A veces pienso que la suma de todos los números de las habitaciones de todos los hoteles en los que me he alojado a lo largo de mi vida contiene una información codificada acerca de mi destino y de mi naturaleza. Sin embargo, nunca llegaré a conocer esa cifra cabalística, que seguramente existe de verdad, porque no he apuntado los números. La incredulidad perjudica.

Para ser alguien que vive varios meses al año en hoteles, tengo una obsesión fatal: los incendios en hoteles me inspiran terror. No sé exactamente cuándo empezó esta fobia, la cuestión es que jamás he logrado borrar de la memoria unas imágenes televisivas de un hotel en Tokio que fue pasto de las llamas. Cuerpos que caían, gente que agitaba los brazos sin pretender saludar, cortinas que se abombaban, sábanas anudadas dirigiéndose al abismo, nubes de humo. Hace dos años me perdí, por un día, el espectacular incendio

del Hotel Corona de Aragón de Zaragoza. Se salvaron la viuda de Franco y unos cuantos oficiales que permanecieron en la piscina del tejado hasta la llegada de los helicópteros, pero hubo ochenta y un muertos. Las fotos del siniestro se publicaron en los diarios españoles y más de una vez poblaron mis pesadillas. Soy capaz de detectar en el periódico los incendios de hoteles con la misma facilidad con la que aquel que tiene miedo a volar detecta la noticia de una catástrofe aérea como confirmación racional de su inquietud. Sin embargo, las estadísticas relativas a accidentes aéreos son tranquilizadoras, no ocurre lo mismo cuando se trata de incendios en hoteles. De todos modos, no me lo tomo tan a pecho como un amigo mío que lleva siempre consigo una larga cuerda con nudos y un gancho de hierro. *Amor fati*.

La causa del incendio de Zaragoza fue una llama que saltó de la sartén en la que se freían los churros, un tipo de buñuelo alargado que los españoles suelen tomar en el desayuno. La idea de que mi vida pueda depender de semejante nimiedad me causa un profundo desasosiego, y por ello leo siempre las normas de seguridad antes de instalarme en un hotel. El reglamento para la prevención de incendios del Ritz es tranquilizador, aunque sólo sea por el hecho de estar escrito en catalán, lengua esta que no sé hablar pero sí leer. El reglamento tiene así un aire de palimpsesto, como una amonestación escrita en una lengua muerta, con lo que se tiene la impresión de que el hipotético incendio al que hace referencia tal vez haya tenido lugar en otros tiempos, pero no aquí ni ahora. Sea como fuere, su lectura ayuda a disipar mis temores. «Non perdeu la serenitat», dice. Al parecer, no sólo se espera de los clientes del Ritz que dispongan por naturaleza de semejante virtud, sino que además se les ruega que no la pierdan al percatarse de que se ha declarado un incendio. Estupendo. «No correu, ni crideu.» En silencio, con serenidad, me alejo de las llamas a paso lento. «Si es cala foc a la vostra roba, estireu-vos a terra i rodoleu.» El inglés es menos modesto en esto: en caso de prenderse la ropa, «stop, drop and roll». *Stop, drop, rock and roll*. «En cas de molt fum, gategeu.» Eso último me dio que pensar. ¿En caso de humo, *gategeu*? ¿Te piden que te pongas a gatear? Pues sí, señor, póngase a cuatro patas, *on all fours*. Lo que no te explican es cómo abrir la puerta en semejante postura, aunque tal vez lo que se pretende no es que abras la puerta, sino que esperes, en silencio y con serenidad, el irremediable fin. «Ecrivain fumé au Ritz.»

LES HOTELS SALAM E N° 004376  
AGADIS TABOUANT - SOULMINE  
M. NOTES.COM Garage  
Chambre N° 344365 DHG  
Total Service et Taxe compris  
Date 18-11-78

Existen peores lugares para morir, basta con mirar a tu alrededor. La alfombra tiene el color del hierro oxidado. A la izquierda de la cama se alza una enorme puerta blanca de armario con un espejo en el que puedes verte de la cabeza a los pies. La puerta del

armario se abre en dirección a la cama, de modo que uno puede verse acostado en toda su espléndida soledad o, si se terciara, en compañía de alguien, como *un tableau vivant erotique*. El Ritz permite que sean los clientes quienes decidan. Otra opción es no abrir la puerta del armario y ya está. Comoquiera que sea, la puerta esta me causa cierta inquietud. ¿Soy yo el perverso o aquel que en época eduardiana decidió que la puerta se abriera en dirección a la cama? Según mis cálculos, en esta habitación se habrán alojado, desde que fue construida, unas cincuenta mil personas. En términos estadísticos no cabe duda de que este espejo ha reflejado toda suerte de imágenes, y, sin embargo, permanece en silencio, como la tierra en la que muchos de los clientes del Ritz ya se han consumido.

La calefacción ha sido instalada por la casa Guitart. Consta de cuatro elementos, y calculo que es del año 1912. Probablemente repiquetea en invierno. El aire acondicionado es más reciente, aunque también tiene sus años. Al encenderlo zumba como un DC 3, luego se calma y se pone a imitar el distante jadeo de un barco de vapor transatlántico. En el duermevela me imagino navegando, pero ¿de dónde vengo y adónde voy?

La papelería, de plástico color bronce, es el primer anacronismo auténtico. No me gusta, de modo que no le echo nada dentro. En cambio, la cerradura y asas son de cobre. En el pasillo que conduce al cuarto de baño hay una pequeña puerta que me llega a la altura de los riñones. Cuando la abro, veo los intestinos del hotel, caños que borbotan, soplos y crujidos de los bajos fondos, y –excitante imagen– el rollo de papel higiénico de mi vecino de abajo. Miro la lámpara y me reafirmo en la idea de que escribir es más fácil que describir. Pende ésta de tres cuerdas sujetas a un objeto metálico de color rosa fijado en el techo, un objeto que no sabría cómo nombrar, una especie de jarrón boca abajo iluminado por dentro. Las tres cuerdas, por seguir llamándolas así, están sujetas a una cinta metálica con borlones, lacitos y otros ornamentos a todas luces absurdos. Y, sin embargo, este objeto fue inventado y, más aún, fue *diseñado* por alguien. ¿Quién pudo ser? Está muerto, de eso no cabe la menor duda. Murió anónimamente y pervive en una lámpara. Debajo de ésta cuelga una fruta estilizada, realmente curiosa, ubicada en el interior de un anillo de doce triangulitos (doce, sí, un hombre adulto, discípulo del *nouveau roman*, se ha puesto de pie para contarlos).



EASTERN & ORIENTAL HOTEL (1951) SDN BHD PENANG, MALAYSIA  
18 Farquhar St. Phone 8884 18 Telex: HOTEL E&O PENANG. FAX: 8880 84 8878

Bar, cama, balaustradas, baño. A la derecha de la cama, junto a la lamparita ovalada con el pie de cobre, el teléfono. Pálido, beige, plástico. Y ciego, porque no tiene números. Al cogerlo, traga saliva. A continuación sale de su interior un vago susurro oceánico y, con suerte, una voz española diciendo: «Dígame». ¿Dígame qué? Lo que en español es una expresión normal con la que suelen contestarse las llamadas, para mí representa la esencia de un hotel. Existen hoteles con o sin teléfono, claro está; unos en los que no se contesta a las llamadas y otros en los que el teléfono sencillamente no

funciona. Pero lo verdaderamente distintivo de la estancia en un hotel, su esencia, es esa relación entre tú y «ellos», es decir: tú puedes preguntar algo a los demás, pero «ellos» a ti no. Al otro lado de la línea telefónica hay agua, comida, mano de obra, conocimiento. A ninguno de esos seres invisibles que habitan al otro lado se le ocurrirá telefonarme y pedirme que le lustre los zapatos a fulano, que le lleve un whisky o un agua mineral a mengana, que consiga entradas para la ópera o que marque un número de teléfono de Atenas. A mí sí que me están permitidas todas esas cosas, es algo que yo he *comprado* al comprar el derecho de alojarme esa noche en la habitación 523. A veces esos seres invisibles se vengan de mí con una llamada a las cinco y media de la madrugada, llamada que yo mismo he solicitado para poder coger un inconcebible avión. En esos momentos, te invade el pánico en medio de la oscuridad del sueño, con la mano buscas a tientas el alarmante sonido, y la voz, no exenta de perfidia, de alguien que lleva despierto mucho más tiempo que tú anuncia: «¡Buenos días! ¡Son las cinco y media!». Pero puede ser peor. El dueño de esa animada voz se ha equivocado: el mensaje es correcto (son, en efecto, las cinco y media de la madrugada), sólo que no eras tú el destinatario.

Aparte de la gente en viaje de placer, ¿quién se aloja en los hoteles? Políticos, funcionarios, jugadores de ajedrez, *call-girls*, comerciantes, representantes, músicos, banqueros, periodistas. Hay muchas más categorías, pero éstas son las fundamentales. Por lo común, todos ellos tienen en común –valga la redundancia– que en casa no están solos y en el hotel, sí. Su soledad se resuelve con un periódico, un libro, bebidas alcohólicas, encuentros casuales o concertados... o no se resuelve. No recuerdo en cuántos hoteles me he alojado. El fotógrafo Eddy Posthuma de Boer, con quien he realizado numerosos viajes, suele tomar nota de todo: con quién, dónde, cuándo, el número de habitación. Cuando un periódico me pidió que creara un hotel inspirándome en todos los hoteles por los que he pasado o, mejor dicho, en lo que más me había gustado de los mismos, yo me resistí alegando que eso sería un ejercicio esnobista, porque imaginarse el hotel ideal significa omitir lo desagradable. Además, el engendro acabaría siendo más grande que Lelystad, pues téngase en cuenta que ya tengo cuarenta y ocho años, y llevo media vida viajando. Ningún problema, me contestó el periódico.



Entonces bajé las largas escaleras que conducen a mi borrosa memoria y resultó exactamente eso: borrosa. Un dédalo de habitaciones con números en las puertas, habitaciones tras cuyas ventanas nieva y yo estoy dentro en ropa de verano, balcones que no encajan en las fachadas, pasillos con rótulos ilegibles, vestíbulos con vistas a una llanura por un lado y por el otro a las montañas, amables camareros asiáticos a la orilla

de ríos helados, ascensores que llevan hasta el tejado..., caos. Para tener un trocito de cuerda a la que agarrarme en ese laberinto, le pedí a Posthuma de Boer que me confeccionara una lista de hoteles en los que habíamos estado juntos. Y ésta es la lista que me envió: Sucre Palace Hotel, La Paz – Grand Hotel Bamako, Malí – Motel Sevaré, Mopti – Terminus, Niamey, Níger – Los Almohades, Agadir – Hotel Salam, Taroudant – Hotel du Sud, Tinerhir – Hotel Mamounia, Marrakech – Hotel Boumian, Les Saintes Maries de la Mer – Hotel Jules César, Arles – Hotel Semíramis, Puerto de la Cruz – Hotel Mencey, Santa Cruz de Tenerife – Arrecife Gran Hotel, Arrecife, Lanzarote – Hotel Victoria, Madrid – Hotel Cruzeiro, Braganza –Atlantic Hotel, Banjul, Gambia – Apollo Hotel, Banjul, Gambia – Palmeras Playa, Tenerife – Hotel Mayantigo, Santa Cruz de la Palma – Pacific Hotel, Tokio – Royal Hotel, Osaka – Hagi Grand Hotel, Hagi – Traveller’s Inn Hotel, Anchorage, Alaska – Dai-Ichi Shimbasi Hotel, Tokio. Mientras copio a máquina todos estos nombres como una letanía de días perdidos, advierto de repente que la lista no es completa, pues ¿dónde están Lima, Brasilia, Salvador de Bahía? ¿Dónde el Copacabana de Río, el Tusculum de Berlín, el Michelet-Odéon de París? ¿Y el Eastern & Oriental de Penang, ese edificio bajo en Malaca, ahora sin nombre, donde visitamos las tumbas de nuestros antepasados muertos de la Compañía neerlandesa de las Indias Orientales? ¿Y aquel *on-hotel*, el Hyatt en Kuala Lumpur? ¿Y esas ridículas salas alargadas del Raffles de Singapur cuyos *kipah* en el techo esparcen el calor por el aire como si en el piso de arriba hubiera aviones de un motor encarados hacia abajo?

Bien, el hotel ideal: Hotel Nooteboom, avenida del Paraíso, 1, Shangri La, Última Thule, junto al restaurante Chez Dios. Tumbonas en los céspedes elíseos del jardín de Alá, hielo polar tintineando en las copas de néctar, budas bajo los sagrados árboles de pan, huríes con palomas rellenas sobre bandejas repujadas de Erté, y todo ello envuelto en un silencio galáctico. ¿Será algo así? Tal vez deba empezar al revés con lo que *no* quiero. No quiero los susurros del vecino, ni el rastro o los ruidos de las pasiones de otro, ni las habitaciones en las que alguien *probablemente* se ha suicidado, ni el instrumento de tortura de la *gutta cadendo* del grifo y la seguridad axiomática de que a continuación caerá otra gota y otra y otra... Todo eso es lo que *no* quiero. No quiero que llame a mi puerta a la hora equivocada la masajista de Bangkok preguntándome: «Sir, you speak me come?». No quiero la seducción del frigorífico, la mala cerveza y el buen whisky. No quiero el rugido del aspirador en el pasillo evocando la idea de *trabajo*. No quiero la luz matutina penetrando como un rayo láser en la provincia freudiana en la que permanezco todavía, porque para mí aún es de noche. No quiero esa típica conversación entre voces femeninas de mediana edad, en un dialecto extraído de *Finnegans wake*, burlándose de mí porque aún estoy en la cama. No quiero televisión. ¿No quieres televisión? ¿Y tú te consideras periodista? ¡No quieres televisión! Y todas esas noches en hoteles de Nevada o Arizona..., ¿SIN TELEVISIÓN? Soledad, silencio, meditación, sueño. Para eso pago yo.

¿Dónde empieza el territorio de un hotel? Aquí, en el Ritz, las aguas territoriales se extienden hasta donde alcanza la mirada del portero. Es un hombre apuesto y elegante, el traje color moka bien cortado, gorra nada alemana, chaleco, pajarita blanca. Su mirada, que recorre la Gran Vía y la calle Roger de Llúria, pesca taxis entre el tráfico. Los dioses menores necesitan para tal menester un pito. Los pitos pertenecen al mundo de los sombreros de copa, al Palmer House de Chicago, el Carlton Ritz de Montreal. A mí que no me den pitos ni disfraces, eso pertenece al mundo del fútbol. Antes prefiero una pensión. El portero auténtico hace señas, el portero *absoluto* mueve un párpado. Además, insisto, lo único que desea el viajero verdadero es dormir. Lo demás es *circumstance*, y lo que queda de ello es *pomp*. *Pomp* es aquello que sucede cuando la factura del hotel la paga otro. Usted, estimado lector, ha pagado este vestíbulo en el que ahora me encuentro, flanqueado por dos palmeras, bajo una Flora embreada de negro de la época de pastora de María Antonieta, con vistas a un césped de tejido persa en cuyos pulcros cuadros hay unas sillas de color granate de un Luis que nunca existió. Frágiles damas de avanzada edad cabecean en silencio.

Cierro mis ojos a todo esto y construyo mi hotel ideal en cinco estaciones y cuatro continentes. A este portero de aquí lo mantengo. Se asusta cuando vuelve la cabeza y mira hacia dentro, porque ve el vestíbulo del Royal Grove Hotel de Waikiki, Honolulu. El hotel lo regenta la familia Fong, cuyos miembros trabajan en la recepción o en una pequeña tienda de comestibles contigua donde venden latas de *corned-beef* que yo me preparo en mi hornillo de gas en la habitación 26. Paso por el vestíbulo, porque eso me da la sensación de llegar a casa por la noche. «Good evelin, mistel Nuhtbuhm.» Mi habitación procede de Bali, pero no es una habitación, es una cabaña en la tierra. Sin embargo, para llegar a ella subo una escalera, una escalera para pies españoles nobles (a veces los tengo), la escalera del Hotel de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela. ¿Me sigue usted? Hemos llegado arriba, nos envuelve una brisa gallega de viento otoñal, pero estamos al mismo tiempo en Bali, Lechian Beach Hotel, Kuta. Oigo fuera el geco y me siento feliz porque sé que trae suerte; hace calor, el *fan* es impulsado por carabaos, y a lo lejos oigo el estallido del gran rompiente. A medianoche me levanto de la cama y, como siempre, miro hacia fuera. No para ver dónde estoy sino para asegurarme de que el mundo existe, y por tanto yo también. La generación anterior de hoteles necesitaba para ello paredes llenas de espejos. Ya sé que todo esto parece muy raro, pero, por favor, no me abandonen: lo que vemos es Manhattan de noche y una parte del puerto de Nueva York con la estatua de la Libertad. Nos hallamos en la octava planta del Bossert Hotel de Brooklyn. Enfrente, el inexpugnable orden de batalla de los rascacielos iluminados. Absoluta quietud. Una visión del fin del mundo: la bomba de neutrones ha caído ya, pero los muertos olvidaron apagar las luces antes de morir. «En otros tiempos Nueva York fue una pequeña isla holandesa.» Toda la culpa es nuestra. Mamón vive aquí y en esas torres vacías ha escrito



su *memento mori*. Me tapo con las sábanas, espero el amanecer y bajo en el ascensor del Bristol de París, lo que prueba mi imperfección, porque se trata de un ascensor celestial, destinado únicamente a subir y alcanzar el lugar que uno ya nunca querrá abandonar. Pero yo ya he llegado abajo, abandono la *belle époque* y me interno en el olor tropical matutino del jardín del Hotel Village N’Gor de Dakar. De nuevo, el Atlántico, otro distinto, el mismo. La noche ha desaparecido en su veloz coche fúnebre dejando atrás unas lágrimas sobre las anchas hojas de las palmeras. En breve, el sol les asestará un profundo tajo con su cuchillo, pero yo ya no estaré aquí. Estoy desayunando en el gran comedor del Parador Nacional de la Concordia en Alcañiz. No hay nadie en el vestíbulo medieval del castillo amurallado. Es invierno, nieva en esta zona nórdica de España. Soy el único cliente y estoy sentado bajo la bandera de don Alonso de Aragón y de Foix. Café, churros, pastas. ¿Cómo anda mi monstruosa creación? Un gran vestíbulo que da a la sala de estar de la familia Fong, una habitación flotando a gran altura sobre las almenas, un ascensor que no lleva a ninguna parte. No soy yo quien tendría que haber diseñado este edificio, sino Barbieri, el gran arquitecto italiano, alguien que no escribe sino que construye. ¿Qué hago con el salón del Infante do Sagres de Oporto? ¿Dónde podrán mis clientes comer *Sachertorte*? ¿Dónde tomarán su última copita antes de acostarse si en su interior no cabe la cafetería del Hotel Amstel? Y, por cierto, ¿dónde está la fachada de mi hotel? Meditabundo mastico mi churro mientras oigo a lo lejos los gritos de mi maleta. Me dirijo hacia esas voces y llego al punto de partida, la habitación 523. Es una habitación alta, silenciosa, de color verde claro. Sobre la reluciente mesa me espera mi máquina de escribir, y juntamente nos ponemos a hacer lo que siempre hacemos en este tipo de espacios: escribir una historia para los demás.

[1981]

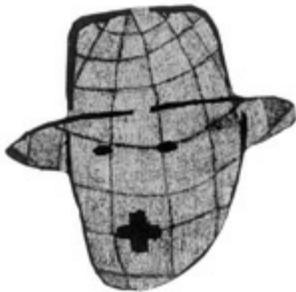
## Hotel Nootboom 2

Escribí esa historia hace veinte años, nada ha cambiado desde entonces. Sigo construyendo mi hotel, ese inexistente edificio que sólo existe en mi cabeza, el hotel del mundo próximo y lejano, de la ciudad y del silencio, del frío y del calor. Inexistentes ventanas con vistas a jardines y plazas de cemento, parques y desiertos. Las camas flotan, las paredes están hechas del material de los sueños, los teléfonos hablan únicamente entre sí. Las habitaciones son de aire, y en cada una de esas habitaciones he escrito libros, cartas, notas, historias sobre cosas y lugares que vi; sobre ciudades y poemas, sobre libros y exposiciones, sobre viajes y fotos. Acerca de mi modo de viajar – que inicié hace ya casi cincuenta años y que para mí ha tenido que ver siempre con la escritura, la lectura y, sobre todo, con la *vista*– dije algo en mi relato «En el ojo del huracán». En lo esencial, creo, no ha cambiado nada. La vida nómada me ha permitido, quizás, llegar a saber quién soy y quién no soy. Esta mañana, en el primer mes de enero de este siglo, leí una historia sobre una joven artista polaca residente en Amsterdam que trabaja en un proyecto que ella denomina *Desapego* y que consiste en dormir cada noche en un hotel diferente durante sesenta días, a modo de práctica de desapego, un ejercicio espiritual que hubiera hecho las delicias de Ignacio de Loyola. No sé si yo sería capaz de soportar el carácter intencionado de esta acción. Es cierto, sí, que me he pasado la vida haciendo algo semejante, pero lo mío ha sido casi sin querer, sencillamente por seguir mi estrella. Y, sin embargo, el proyecto de esta mujer me ha llegado al alma, como puede llegarte al alma un rostro en medio de una multitud anónima, una mirada que se prende a la tuya, alguien con quien te une algo esencial, aunque ello no alcance nunca a verbalizarse. Tal vez no debiera atribuirme el título honorífico de *nómada*, no soy un tuareg, no soy un peregrino medieval camino de Jerusalén o de Santiago, no soy un aborígen recorriendo el vacío infinito del desierto australiano, donde a los dos días moriría de hambre y de sed por no ser, como ellos, capaz de descubrir agua y alimentos bajo el rastro más oculto. La emoción que provoca este tipo de gente es difícil de expresar con palabras. El pastor español que durante la trashumancia recorre cuando cambia la estación largas distancias por cañadas medievales aún hoy existentes; los aborígenes perdidos que, repudiados por su tribu, apartados de su vida, son arrojados por el mar a la orilla de la ciudad como restos de un naufragio; la llegada de una caravana que tras semanas de viaje se adentra en el norte de Níger o Malí; la mirada en los ojos de una amiga italiana cuando, tras una caminata de más de cuarenta días, llega a la catedral

de Compostela..., todo esto tiene en común el concepto de distancia, y no me refiero únicamente a la distancia geométrica, sino también a esa otra, la relacionada con la lejanía y el adiós, con el desapego y el extrañamiento. En neerlandés, uno no sólo puede cubrir, mantener o crear distancia, sino también «hacer» distancia, lo que significa «renunciar». Normalmente se renuncia a la corona, pero a veces también a la certeza, a la seguridad, a la *stabilitas loci*. Este acto de renuncia suele ir acompañado de confusión, temor y duda. Hasta el viajero más versado puede sentir miedo de los ruidos que no conoce, lo mismo que ha de acostumbrarse a que cada silencio sea distinto. Un idioma incomprensible se percibe como una amenaza o una seducción, miradas que no logramos interpretar pueden causar insalvables malentendidos..., todo ello pertenece a la experiencia, vocablo que deriva de la misma raíz que *pirata* (*peiran* = aventurarse), aunque la relación semántica entre ambos términos es tan frágil que podríamos llegar a olvidarnos de que cada experiencia está ligada al movimiento.

La artista polaca pretende alojarse en sesenta hoteles en sesenta días, lo cual significa internarse sesenta veces en un espacio extraño, lo sé por experiencia propia. Las personas saben disimular sus emociones ante los demás y ante sí mismas, pero quien se haya fijado alguna vez en cómo un gato reconoce un espacio nuevo podrá comprender lo que sucede cuando uno entra en la habitación de un hotel. El espacio ha de ser conquistado, comoquiera que sea. La conquista requiere ciertas estrategias y rituales, aunque sólo sea por el simple hecho de que el viajero sabe –y, sobre todo, el viajero solitario, aunque no sea realmente consciente de ello– que va a entregarse, en un entorno extraño, a esa actividad humana tan vulnerable que es el sueño.

En mi absurda colección de papel de carta de hotel leo la poesía de todas esas camas, el Ang's Hotel de Brunei, el Tí Eithne de Inishmore, el Aggie Grey's Hotel de Samoa. El Port Vila de Vanuatu, donde subí hasta la elevada tumba de Stevenson, el Hotel Dateline de Nuku'alofa en Tonga, el reino insular del Pacífico donde el tiempo ficticio de este mundo se parte en dos y donde fue proclamado el nuevo milenio sin que el viejo hubiera muerto... Del papel de carta amarillento surge el canto monótono de todos esos nombres que registran mis movimientos pasados. En todas esas habitaciones cayó alguna vez la noche para mí; todas ellas han albergado mis sueños, olvidados y recordados, y ahora – junto con otros hoteles caídos en el anonimato de Birmania, Níger o Virginia– forman parte de ese otro hotel soñado donde hace frío y calor, donde oyes o no oyes las pasiones y sufrimientos de los vecinos, pero donde siempre recojo, como ahora, las palabras que al marcharme me llevo a casa.



¿Qué aspecto tienen los clientes de mi hotel? En realidad, no me lo había planteado nunca, tal vez porque en mi fantasía me encontraba siempre solo en aquel hotel inexistente. No fui consciente de ello hasta que un amigo mío, el pintor Max Neumann, con quien en 1993 hice el libro *Autorretrato de otro*, me regaló hace varios años el dibujo que figura en esta página. Él no me dijo que fuera un retrato mío, y tal vez no lo sea, pero

yo me reconocí en él inmediatamente. Ése era el aspecto que debía tener un cliente de mi hotel: el globo terrestre como rostro, los meridianos como arrugas y ese pequeño cierre en forma de cruz como una tirita sobre la boca, pues siempre quedan cosas pendientes que no puedes expresar, el misterio que todos los clientes del hotel llevan consigo y que los envuelve en los pasillos o en el ascensor –lugares estos donde los que no se conocen se ven forzados a unos breves instantes de intimidad que desconciertan a la mayoría de la gente–. Un amigo que vio el retrato exclamó: «¡Parece un herido de guerra!». Y llevaba razón, no sólo porque, en cierto sentido, toda persona que ha vivido una guerra es para siempre un herido de guerra, sino también porque la distancia que uno ha recorrido en el espacio y el tiempo desde aquella guerra se queda a veces grabada en la piel del rostro con una letra tan implacable que ya no la disimula ni un sombrero.

En cierta ocasión escribí en mi libro *Rituales*: «Era como si nadie, ni siquiera el papa, fuera capaz de esperar el fin de todos aquellos años amarillentos...». Por ello tal vez no sentí nada especial cuando llegó el fin del milenio. En realidad, el acontecimiento no me afectó hasta que, en las dos semanas últimas de aquel calamitoso siglo que también fue el mío, conocí a dos hombres que, en cierto sentido, supieron mantenerse apartados del mundanal ruido, unos hombres que habían vivido y vivían todavía en un entorno primitivo de piedras y miseria, entre gente para la que el *Seinsvergessenheit* (olvido del ser) del profeta de la Selva Negra aún carecía de sentido. ¿Cómo mantenerse apartado del mundo? En un convento de cartujos o en el anonimato de la urbe, no existen recetas para ello. También el viajero puede construir una celda a su alrededor. Pero esos dos hombres –en realidad sólo conocí a uno de ellos– se retiraron a una isla. El primero, Tim Robinson, vivió largo tiempo en Inishmore (la mayor de las islas Arán), frente a la costa occidental irlandesa, un pedazo de piedra sin apenas vegetación sobre la que rompe el Atlántico con toda la fuerza que ha reunido desde Terranova, con lo que aquello parece el fin del mundo. Más adelante hablaré de él y de su libro sobre esta isla, *Stones of Aran*, que consta de dos partes: «Peregrinación» y «Laberinto».

Borges nos describe en uno de sus relatos a un emperador que quería poseer un mapa de su imperio. Los cartógrafos pusieron manos a la obra, pero el emperador no quedó satisfecho con ninguno de los mapas que le presentaron. Consideraba que faltaban muchos detalles; no dejaba de descubrir lugares, caminos, colinas, arroyos que no figuraban en el mapa. Al final le presentaron uno del tamaño de su propio reino. Algo parecido ha hecho Tim Robinson, matemático y pintor, con Inishmore en su *Stones of Aran*. No conozco ningún libro que contenga una descripción tan fascinante, realizada metro a metro, de un territorio, de sus piedras, plantas, pájaros, leyendas, tradiciones y, sobre todo, de sus nombres, pues se trata de nombres en gaélico, una lengua que en esa isla parece también piedra. En Inishmore estuve durante las últimas semanas de este último año. Tuve la sensación de haber sido arrastrado hasta allí por la tormenta. El barco que cubre el trayecto entre el continente y la isla se alzaba de vez en cuando casi en vertical contra las lóbregas olas. Al fin, cuando la quilla tiraba hacia el fondo del mar, logramos ver, a través de una neblina de espuma y lluvia, los vagos contornos de la isla que se balanceaba a lo lejos como cubierta con un velo. Y entonces supe que cada una

de las formas que veía ante mis ojos poseía un nombre que designaba una realidad y que contaba una historia. La noche anterior, en una habitación que parecía flotar sobre el mar, había mantenido una larga conversación con el autor de *Stones of Aran*, un hombre que había elegido una vida opuesta a la mía. Él había permanecido siempre en un mismo lugar, un lugar como una cruda excepción, en una casa donde un saco sostenido por una piedra debía impedir la entrada del viento, donde no había más luz que la de una lámpara de carburo; en una isla en la que había que hacer el pan en casa, porque no se podía comprar, donde uno no lograba la aceptación de los demás hasta que cultivaba sus propias patatas en una tierra que uno mismo tenía que crear, como un dios esforzado, depositando capas de algas sobre el llano y pedregoso terreno y cubriéndolas con un poco de tierra que había que ir a buscar junto a las raíces de las plantas, duras y secas, que brotan entre las rocas.

¿Cómo fue ese hombre capaz de aguantar durante doce años una vida así?

Estudiando el gaélico para poder hablar con la gente. Y escribiendo un diario –ya en éxtasis, ya sumido en la más absoluta desesperación– del que nacieron sus dos libros. Y sin olvidar a Proust, las cuatro mil páginas de ese otro ermitaño que levantó su particular convento en el París mundano del fin de siglo, cuyas obras completas Tim Robinson leyó a su mujer página a página, primero en inglés, más tarde en francés. ¿Y ella qué? Ella estudió latín, leyó a Virgilio; luego italiano, Dante. La recompensa y el consuelo del silencio, una existencia arrancada del siglo, iniciada en su día como un desvío. «Un desvío que acabó convirtiéndose en mi vida.» Un hombre alto y enjuto, con un aire a caballo entre el de un oficial y el de un monje.

Un monje parecía también aquel otro hombre, mucho mayor, a quien no vi en realidad sino en una película, y además en tres pantallas a la vez.

Zurich, un hotel cuyas habitaciones tienen nombre de escritor. Muy apropiado para el último hotel del siglo, pensé. Me dieron la habitación Canetti. Su efigie estaba pintada encima de la cama y sus libros llenaban la habitación. Canetti no había elegido mi compañía pero yo me alegraba con la suya, y me puse a leer lo que escribió acerca de la muerte, demasiado temprana, de su padre y el dolor que le causó. También yo perdí a mi padre demasiado temprano, durante la guerra. Sentí como si Canetti me hubiera dirigido esas palabras a mí, lo cual de hecho es verdad: lo escrito siempre va dirigido al lector.

Yo había venido a Zurich a ver una exposición sobre *El oráculo*, pero la sala estaba cerrada, lo contrario a una profecía. No me quedaba pues más remedio que abandonar el siglo sin proverbios ni presagios. Por la nieve caminé hacia la Kunsthaus y entré en una pequeña sala donde se proyectaban simultáneamente en tres pantallas tres películas diferentes que eran una sola. *Three Windows. Hommage à Robert Lax*. De nuevo, una costa; de nuevo, un paisaje árido y desértico; de nuevo, piedras. De nuevo, un hombre de avanzada edad con aspecto de monje griego. El cabello blanco. El hombre da de comer a un gato, dibuja un círculo, construye una pared de piedras sueltas, camina y camina por un sendero pedregoso –un camino como el de Petrarca en el Mont Ventoux cuando el poeta no alcanzaba a ver la cumbre– y se interna en un infinito visible..., sí, algo sí es posible. En las otras pantallas, el mar, gris, todo gris, una película nebulosa. Al

principio, veo aquello sin dejarme llevar. Vislumbro un par de figuras en la salita y me siento en el suelo como los demás. Hay algo sagrado en el ambiente, lo cual no me gusta. Demasiada inquietud todavía en mí. No en los paisajes, no en el hombre de la pantalla. Pátmos se llama la isla y en ella escribió Juan las brutales y feroces palabras del Apocalipsis. El hombre de la pantalla escribe poco, dibuja. Un círculo. Eso me irrita. Luego un par de frases que van repitiéndose una y otra vez, como un mantra. Me pregunto por qué me irrita tanto ese círculo. Papel blanco, un rotulador, la forma más simple y básica, una mano de anciano trazando ese círculo que queda incompleto, como si lo imaginara por primera vez. Y, sin embargo, cuando me dispongo a ponerme en pie, me doy cuenta de que quiero quedarme sentado. No sé si al público presente en la sala le sucede lo mismo, lo cierto es que todo el mundo atiende en silencio. La voz se entrega a sus cavilaciones, como si no se dirigiera a nosotros, una voz suave pero imperativa. «Los sonidos van y vienen, pero el silencio permanece.» ¿Oí esto en aquel momento o lo leí posteriormente? Domina, eso sí, el silencio, un silencio oscuro. Siempre hay algo que se mueve, un instante de luz, un ruido fugaz, pero se detiene enseguida y no queda sino el oscuro silencio. Yo espero en la oscuridad, en la lluvia, no hay más ruido que el de la lluvia. Esperar, no esperar, no hacer nada salvo esperar. ¿Acaso se mueve la oscuridad? ¿Acaso se mueve el silencio? No, no se mueven, y yo tampoco. ¿Esperan algo? No sé...

Más tarde –una vez roto el hechizo, cuando ya sé que este hombre se llama Robert Lax, que tiene ochenta y cinco años, que en su día trabajó en un circo ambulante y que esta película la han realizado dos jóvenes alemanes, Werner Penzel y Nicolas Humberts– aún siento aquel silencio apoderándose lentamente de mí. Harold Bloom (*Cábala, poesía y crítica*) dice que el Talmud aconseja leer la Escritura cuando la luz cae de tal modo que la forma de tu rostro se dibuja sobre el texto. «Wenn das Licht so geneigt ist» dice en alemán, lo cual permite una interpretación tanto literal como figurada. La extrema simplicidad con que era trazado aquel círculo me causó una sensación de reconocimiento a la par que de irritación, porque esa simplicidad debe de ser merecida, y porque al parecer el anciano había hecho esto en su mísera habitación durante una larga vida, al igual que el hombre de Inishmore había escrito durante toda la vida el libro en el que el *lugar* de su vida había sido fijado para siempre en el tiempo y el espacio. Pero, en realidad, ¿qué había sucedido? Por un instante, en una pequeña sala oscura de Zurich, yo había reconocido en el guión de una película mi propio rostro, una forma, inacabada e imperfecta, de ese claro rostro de anciano que tenía frente a mí en la pantalla.

En el ojo del huracán de ese hombre reinaba infinitamente más paz que en el mío. A mí aún me quedaba un largo camino por recorrer. En cierta ocasión, tal vez cuarenta años atrás, en un hotel mugriento y anónimo al borde del Sahara en la frontera de Mauritania, me despertó el silencio al que se refería el anciano. Pero no fue el silencio, sino la angustia que había adoptado la forma del silencio, lo que me despertó. No sé cómo explicarlo, yo mismo me transformé, como un animal, en angustia. No sentía miedo de nada, porque me encontraba al límite. Recuerdo el suelo de adobe, el ruido de algo o alguien moviéndose y cómo salí afuera al encuentro del cielo oscuro y la resplandeciente quietud de todas las estrellas. Aquella noche ha quedado escrita en mí

con una palabra que ya no soy capaz de leer. A partir de aquel momento opté por una vida que hoy llamo la mía, la existencia del que escribe y describe en el mundo de las apariencias, pero ¿cuántas palabras hay que escribir para ser capaz de leer una *única* palabra?

[2000]

## Notas

- <sup>1</sup> Traducción de Josefina Vidal Morera.
- <sup>2</sup> Jorge Luis Borges, *El hacedor*(Museo).
- <sup>3</sup> El mayor fabricante de crema de cacahuets de Holanda. (*N. de la T.*)
- <sup>4</sup> United Nations Development Programme. (*N. de la T.*)
- <sup>5</sup> Compositor neerlandés, nacido en 1935. (*N. de la T.*)
- <sup>6</sup> Jacques Chaban-Delmas, nacido en 1915, fue primer ministro y presidente de la asamblea nacional gaullista.
- <sup>7</sup> Ciudad residencial neerlandesa en la provincia de Utrecht. (*N. de la T.*)
- <sup>8</sup> Simon Vestdijk, escritor neerlandés contemporáneo. (*N. de la T.*)
- <sup>9</sup> *Handelsblad y Parool son periódicos neerlandeses.* (*N. de la T.*)
- <sup>10</sup> Herman Haan (1914-1996 ), arqueólogo y arquitecto neerlandés. (*N. de la T.*)
- <sup>11</sup> Los *tellem*, antigua etnia de Malí. (*N. de la T.*)
- <sup>12</sup> Frederik van Eeden (1860-1932), escritor neerlandés. (*N. de la T.*)
- <sup>13</sup> Ciudad de provincias neerlandesa. (*N. de la T.*)
- <sup>14</sup> Jan Hanlo (1912-1969), poeta neerlandés.
- <sup>15</sup> Compañía aérea boliviana.
- <sup>16</sup> Jules Régis Debray, escritor, filósofo y ensayista francés.
- <sup>17</sup> General René Barrientos Ortuño, presidente de Bolivia en los años sesenta.
- <sup>18</sup> Ver capítulo 3. (*N. de la T.*)
- <sup>19</sup> Referencia a Amsterdam. Broodje van Kootje es un establecimiento popular de sándwiches junto a la Leidsestraat, céntrica calle comercial. (*N. de la T.*)
- <sup>20</sup> Famosa librería de Amsterdam, frecuentada en esa época por intelectuales de izquierdas. (*N. de la T.*)
- <sup>21</sup> Camilo Torres (1929-1966), sacerdote y guerrillero colombiano.
- <sup>22</sup> Harry Mulisch, *La palabra y la acción. Testimonios de la revolución cubana*, 1968.
- <sup>23</sup> Traje típico de Baviera. (*N. de la T.*)

## Créditos de las ilustraciones

© Uwe Dettmar, Frankfurt: págs. 187-189

© Max Neumann, Berlín: pág. 214

© Eddy Posthuma de Boer, Amsterdam: págs. 11, 22, 25, 32-34, 46, 47, 60, 82, 97-99, 127, 143, 145, 146, 155

© Simone Sassen, Amsterdam: págs. 177, 179, 183, 194, 195

© SMPK, Museum für Völkerkunde, Berlín: pág. 174

© Suhrkamp Verlag: págs. 18, 171

Todas las demás ilustraciones pertenecen al archivo personal del autor.

## Créditos

Títulos originales: *In het oog van de storm, Toen de wereld nogeen zotskap droeg, Eddy Posthuma de Boer, Lady Wright en Sir Jawara, Een bootreis op de Gambia, Maanland Mali, Langs de Sahara, Bitter Bolivia, De smaak van het noodlot, Teotihuacán, Pyramides van de Zon en de Maan, Mijn notitieboek en een nawoord uit Gantheaume Point, Nootboom's Hotel y Nootboom's Hotel II*

Edición en formato digital: marzo de 2014

En cubierta: Imagen de Volker Straeter, Agencia bdmdesign

© Cees Nootboom, 2002

© De la traducción, Isabel-Clara Lorda Vidal, 2002

© Ediciones Siruela, S. A., 2002, 2010, 2014

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid

Diseño de cubierta: Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-16120-26-0

Conversión a formato digital: El poeta (edición digital) S. L.

[www.siruela.com](http://www.siruela.com)

[www.elpoetaediciondigital.com](http://www.elpoetaediciondigital.com)

# Índice

Portadilla	2
HOTEL NÓMADA	4
En el ojo del huracán	5
Cuando el mundo aún llevaba un gorro de bufón	9
Eddy Posthuma de Boer	13
Lady Wright y Sir Jawara, una travesía en barco por Gambia	20
Malí, tierra lunar	39
En los confines del Sahara	64
Bolivia amarga	72
El sabor del destino	102
Teotihuacán, las pirámides del Sol y la Luna	110
Mi cuaderno de notas y un epílogo desde Gantheaume Point (la biblioteca de Borges)	116
Hotel Nootboom 1	123
Hotel Nootboom 2	130
Notas	136
Créditos ilustraciones	137
Créditos	138